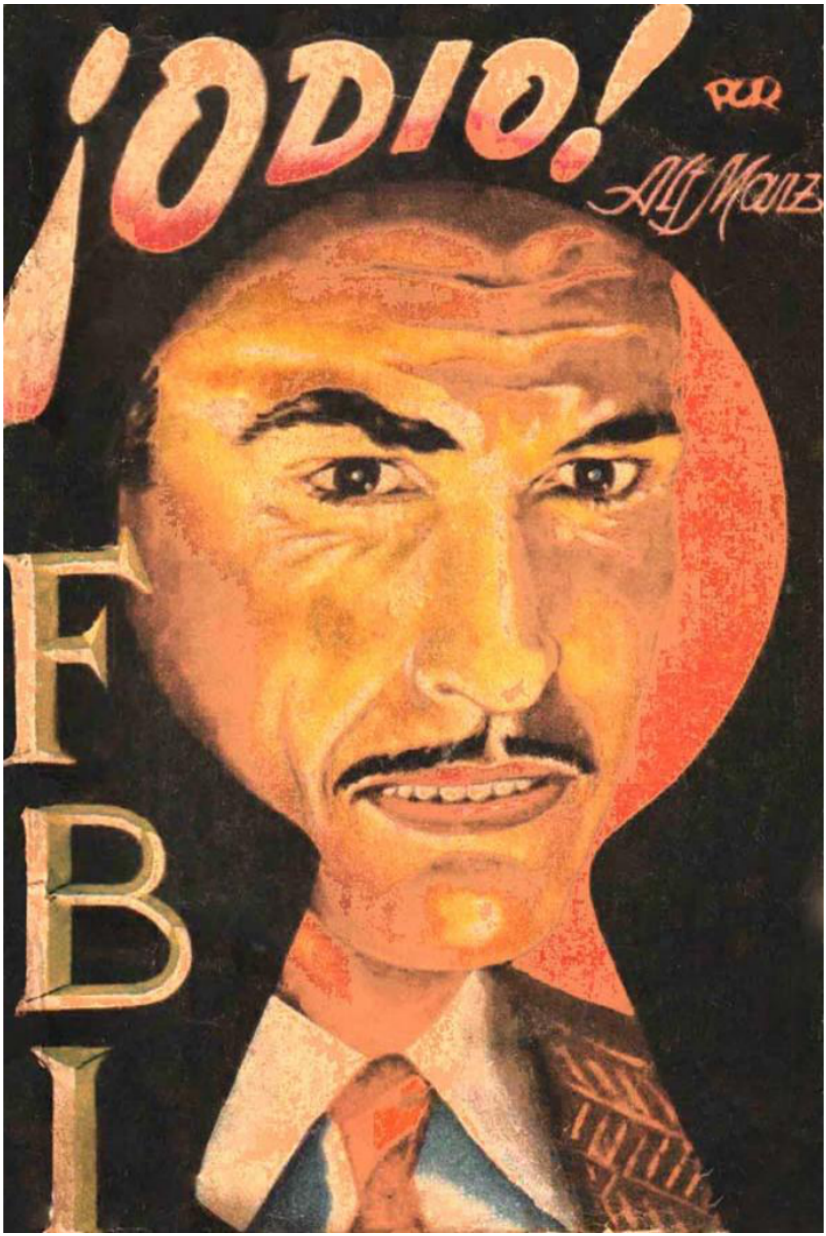

¡ODIO!
POR
ALF MOLIZ
FBI

Alf Manz

¡ODIO!

OBRAS
DE
ALF MANZ
PUBLICADAS POR

EDITORIAL ROLLAN

— : —

Colección EXTRAORDINARIA DEL OESTE

Núm. 1.—Tiger, el Solitario. (Agotado.)
» 2.—El Espía Fantasma. (Agotado.)
» 3.—Corazón de Puma.
» 26.—Eran dos amigos.
» 28.—El Tahur
» 30.—Yo fuí esclavo.

Selecciones NEVADA

Núm. 18.—Black, el Fugitivo.
» 21.—Caravana maldita

Selecciones LOTO

Núm. 5.—Tristeza de amor
» 7.—Amor en Hollywood.
» 10.—Lucha en el alma.

Colección F. B. I.

Núm. 1.—¡Culpable! (5.ª edición.)
» 2.—La hora gris. (4.ª edición.)
» 4.—El Cobarde. (3.ª edición.)
» 6.—Contra Scotland Yard. (2.ª edición.)
» 11.—Shanghai (2.ª edición.)
» 16.—Tánger (2.ª edición.)
» 20.—Terror en la Academia de Quantico.
» 23.—Destinos cruzados.
» 28.—Doctor X
» 33.—Entre rejas.
» 43.—Tinieblas
» 49.—La Maffia.

Ediciones Valenciana

SAN BERNARDO, 68. - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Números publicados:

Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (4.ª edic.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz (3.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter (2.ª edición.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz (2.ª edición.)
» 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
» 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
» 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
» 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
» 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
» 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy
» 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
» 28.—DOCTOR X, por Alf Manz
» 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
48.—
49.—LA MAFFIA, por Alf Manz.
50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John Martin.
53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
55.—EL GENIO DEL MAL, por A. Benet.
56.—HOMBRES ARMADOS, por Jak Brooklyn.
57.—PAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.
59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee.
60.—S. O. S., por Lewis Haroc.
61.—BILLETES MALDITOS, por Frank McFair.
62.—CAMINO DE PERDICION, por John Nebot.
63.—CAMARADAS ENEMIGOS, por Frank McFair.
64.—A LA DERIVA, por Alar Benet.

En preparación:

CITA DE MADRUGADA.

JUVENTUD AMERICANA:

Quien traiciona a la Patria, es como si vendiese a su propia madre.

(Entresacado de un discurso de *John Edgar Hoover*, Director del Federal Bureau of Investigation.)

I

UN HOMBRE ACOSADO

L hombre corría a grandes zancadas, flotándole al aire los faldones de la suelta gabardina. No presentó sus excusas a la dama con quien tropezó, y ella, tras recobrar el equilibrio, sólo pudo maldecir al individuo del que ya únicamente veía las amplias espaldas, camino del andén donde acababa de pitar estridentemente el tren subterráneo anunciando su salida.

Cuando el hombre llegó al andén, las puertas automáticas acababan de cerrarse y el convoy se ponía en marcha, sumergiéndose el coche de cabeza en las profundidades del túnel. A

costa de repartir empujones y codazos, y de oír interjecciones poco académicas, el hombre consiguió alcanzar la última unidad, en una carrera peligrosa al borde del andén. Debía de estar loco, pues comenzó a golpear con los puños los cristales de las puertas, solicitando entrada inútilmente. Los viajeros del interior gesticulaban con muecas expresivas por los estúpidos intentos; los del exterior, mezclaron risas y maldiciones.

Le cortó la carrera el muro que formaba la boca del túnel. Y allí quedó, jadeante, inmóvil, con los brazos caídos, mirando el ojo eléctrico que se alejaba y que parecía parpadear con guiños de burla. Burla cruel, a juzgar por el gesto de desesperación que se dibujaba en la maciza faz del joven. Gruesas gotas de sudor le caían de la frente, humedeciéndole las azuladas mejillas y deslizándose, otras, a ambos lados de la aplastada nariz.

Firme cual un bastión, los empellones de la gente y las protestas a causa de la interrupción del paso, no consiguieron conmoverlo siquiera. Hubo un individuo que osó enfrentársele, apostrofándolo. Tardó el joven en bajar la vista. Su mirada era la peculiar de la fiera acorralada; mirada asesina que unida a la deforme y musculosa mano que se levantó en ademán de golpear, hizo retroceder al protestante.

Luego, el joven, pasándose la bocamanga izquierda por la sudorosa frente, tornó a escrutar la boca opuesta del túnel. Todavía no se aproximaba otro tren. Una expresión de terror impregnó sus pupilas. Observó las dos entradas al andén, y respiró hondamente como si de su angustia hubiese desaparecido.

Sin dejar de lanzar ojeadas al frente y atrás, con movimientos nerviosos volvió sobre sus pasos, hasta situarse ante la vitrina iluminada de una fotografía, al socaire de una pareja de enamorados embebidos en su propia contemplación.

Semejaba un hormiguero humano aquella estación del «subway» neoyorquino. Era justamente la hora en que las innumerables oficinas de la «downtown» vomitaban miles de empleados cansados del trabajo del día y ansiosos de regresar a sus hogares. La luz fluorescente ponía livideces espectrales en los rostros. Y los escaparates y los rótulos de los establecimientos instalados en el subterráneo intensificaban el alumbrado.

El hombre de la nariz aplastada maniobró de forma cautelosa

para volver a ojear el túnel. Su mueca de decepción reveló que ningún tren se acercaba. Procedía a servirse de nuevo de la pareja de enamorados, como de biombo, cuando la visión de alguien aparecido en la distante entrada izquierda, le hizo palidecer. Pareció quedar magnetizado por dos individuos de gabardina y sombrero flexible, que empezaban a examinar las fisonomías de los viajeros y a entrar en las pequeñas tiendas.

Un miedo cerval dilataba las pupilas del joven. Doblando las rodillas, tal vez en el afán de que su cabeza no sobresaliese de las demás, dio media vuelta y se encaminó a la salida opuesta. A los pocos pasos, una mano invisible pareció detenerlo: otros dos hombres, también con gabardina de cinturón, hacían igual faena.

La expresión del joven indicó que se hallaba acorralado, acosado por aquellos cuatro tipos fornidos y de ademanes bruscos. Miró a su alrededor: caras risueñas o serias, pero todas ausentes de la tragedia ajena. Con la faz demudada por el terror, se irguió unas pulgadas. Las dos parejas temidas iban acercándose al punto medio del andén.

La vista del joven se fijó en el rótulo: allí se imprimían automáticamente discos. De dos zancadas, abrió la puerta de cristal prensado y pasó al interior.

Adosado al muro izquierdo de la pequeña estancia, se erigía un mueble de metal, de extraña forma. Recuadros con leyendas indicadores, tubos brillantes, ranuras de distintos tamaños y un micrófono, animaban su maciza construcción.

Fue acongojante la escena siguiente: de las manos nerviosas del acosado, resbaladiza la piel de sus dedos, escapó por dos veces una moneda. Al fin, consiguió introducirla en una ranura de longitud aproximada. Se escuchó un chasquido, luego el rozamiento del aparato interior, y una voz metálica, aconsejando:

—¡Atención! ¡Preparado! ¡Coja el micrófono! ¡Comience a hablar en cuanto se encienda la luz roja!

La voz parecía de ultratumba, por su impersonalidad y tono, y el joven se estremeció en un escalofrío. Le temblaba el pulso al recoger el micrófono unido a un grueso cordón forrado de seda.

Fueron unos segundos de espera angustiosa. Alternativamente, observaba con desesperación el aparato, como implorándole se diese prisa, y a la puerta, por donde no tardarían en aparecer sus perseguidores.

Se iluminó la bombilla roja, y se sintió un suave roce, de algo en movimiento giratorio, en las entrañas de la máquina.

El joven fué a hablar y no pudo. Tragó saliva… Apretó convulsivamente el «micro», junto a la boca, y las palabras no le salían… Y el invisible disco continuaba girando…

Después, de manera atropellada, tartamudeando, comenzó a hablar, con voz sibilante, de ser que agoniza:

«Oiga: Quienquiera que usted sea, si es honrado, escúcheme y lleve…»

Entre tanto, en el andén, las dos parejas proseguían el registro. Los cuatro llevaban la mano diestra escondida en el bolsillo derecho de la gabardina. Ahora se distinguían sus facciones acusadas, sus gestos provocativos, insultantes cuales si se considerasen dueños del «subway». Uno entró en el «*water*-closet»; otro, en el laboratorio fotográfico. Entre ambos establecimientos, quedaba solamente el dedicado a la impresión de discos para fonógrafo.

Los dos que quedaron en el andén, activaron sus pesquisas al oír cercano el ruido de un tren. La gente, cada vez más espesa, se arremolinó, preparándose al «asalto» de los vagones, en la lucha despiadada por conseguir un asiento.

Con el característico estrépito del rodar de las macizas ruedas y los resoplidos del aire comprimido puesto en libertad, llegó el convoy y se detuvo, empezando a abrirse las puertas.

En aquel momento, apareció el acosado. Sin fijarse en nadie, como loco, fué el primero en lanzarse contra la avalancha de viajeros que se apeaban. A golpes, pisoteando, y abriéndose paso con el impulso de su pecho, cual poderosa proa, fué aproximándose a las puertas. Los gritos arreciaron y las voces airadas atrajeron la atención general: los viajeros que esperaban, se quejaban de tal abuso; y los que descendían, temerosos de quedarse en el tren, luchaban a brazo partido contra el energúmeno.

—¡Ahí está! —gritó una voz, imponiéndose al barullo.

Con fuerzas centuplicadas, la desesperación como motor, el joven se lanzó adelante, aplastando materialmente a la gente. Los ayes, alaridos y maldiciones formaron un coro infernal.

El más corpulento de los perseguidores, empleando el puño izquierdo a modo de maza, salvajemente, consiguió abrir una brecha en la riada humana, y acercarse al acosado. Éste se agarraba

ya a una puerta, próximo a la meta que consideraba su salvación.

El perseguidor, viendo que la gente podía más que él, blasfemó de rabia y, entonces…

Con un gesto extraño en el semblante, se desplomó una mujer. La espalda del acosado quedó al descubierto. Y, súbitamente, él se tambaleó como sacudido por una coz invisible. Volvió la cabeza: furor en sus pupilas, crispación de dolor en sus labios resecos… Giró sobre sus talones, tal vez para hacer frente a su enemigo y atacarle con la decisión de la locura.

No pudo conseguirlo: dio una, sacudida violenta. Trató de apoyarse en hombros ajenos, más pareció perder estatura y la gente lo arrolló, zarandeándolo de un lado a otro.

La barahúnda rayó en pánico, en cuanto un viajero se notó las manos manchadas de sangre tibia. Los que observaron con estupor el rojo líquido, chillaron desconcertados, aterrorizados, deseosos de alejarse de allí a todo trance. Empujones, lamentos, pisotones, llamadas de auxilio, golpes…; la huida se hizo general, y a su amparo, los cuatro individuos de la gabardina retrocedieron, atropellando por doquier, y se dirigieron a una de las salidas. El más corpulento, con visible satisfacción en su bestial faz de boxeador, ocultó con el sombrero varios y pequeños orificios en el bolsillo derecho de su gabardina. Nadie había oído las detonaciones de su pistola con silenciador…

Media hora más tarde, en aquella misma estación del «subway» no se notaba la menor huella de la espantosa tragedia ocurrida, en la que una mujer y un hombre joven de nariz chafada y de manos musculosas y deformadas, habían perecido a balazos. Ni siquiera quedaba el menor vestigio de sangre en el pavimento del andén. Nuevas oleadas de viajeros ocupaban los huecos dejados por los que descendían. La vida continuaba su curso, inalterable, insensible, no echando de menos a dos personas que habían entrado violentamente en las regiones de la muerte.

Se encaminó la multitud a la salida, apretujados, lentamente —rebaño cansado— arrancó el tren, y otra vez el andén comenzó a poblarse. Entró una mujer cuarentona, de cabellera teñida de rubio, portando varios paquetes. Si su rostro presentaba síntomas de fatiga, en sus pupilas lucía un singular reflejo de vivaz contento.

Tras una mirada de contrariedad al último coche del tren en

movimiento, se puso a observar distraídamente la vitrina que encerraba artículos de bisutería. Luego, anduvo unos pasos, curioseó los rostros sonrientes de los fotografiados. Adelantó algo más, con la indiferencia de la persona que espera aburrida, y se halló frente a la puerta del establecimiento dedicado a la impresión automática de discos. Quedóse mirando el rótulo sobre el cristal prensado, pareció meditar y, al fin, penetró en el interior.

Depositando los paquetes en una mesita fija a una de las paredes y después de ponerse unos lentes sacados del bolso, fué leyendo las indicaciones. Introdujo en la ranura correspondiente la moneda requerida. Se oyó el chasquido y la voz metálica, advirtiendo:

—¡Atención! ¡Preparado! ¡Coja el micrófono!

¡Comience a hablar en cuanto se encienda la luz roja!

Apenas se hubo encendido la bombilla encarnada, la mujer, con el micrófono a la altura de la boca, dijo, emocionada:

—Hija mía: quiero que no olvides nunca este día de tu cumpleaños. El pasado, papá estaba con nosotros. Ahora, desde el cielo él nos desea que seamos felices… —La mujer no encontraba palabras que pronunciar. En un arranque, continuó, casi llorosa—: ¡Feliz cumpleaños, hija!… ¡Te quiero mucho, hija mía!…

Y los sollozos le impidieron aprovechar el resto de la impresión.

Cesó el ruido suave de alguna pieza de la máquina, y seguidamente se escuchó un deslizamiento, pronto interrumpido. La mujer, conteniendo las lágrimas, leyó un pequeño letrero, y de acuerdo con las instrucciones tiró de una palanca. Por una ranura vertical salió un disco pequeño que fué a caer en una red. De ella lo tomó la mujer, envolviéndolo con una de las fundas de papel que allí había apiladas al efecto.

Pasados los momentos de desfallecimiento sentimental, la mujer que, cargada de paquetes, abrió la puerta de un apartamento en una casa de humildes pretensiones, volvía a sonreír. En el modesto vestíbulo, antes de que siquiera tuviera tiempo de cerrar, le salió al encuentro una niña de bucles dorados y de expresión encantadora. Sus gritos de alborozo culminaron al saber que «todo aquello» eran regalos por su cumpleaños.

Juntas entraron en una habitación de estar. La niña quería dar fin a su curiosidad, pero su madre la llevó de la mano hasta la radiogramola situada en un rincón.

—Antes has de oír una cosa, «my *darling*».

—¿Qué música es, mamá? —preguntó impaciente la chiquilla, cuya edad no llegaría a los siete años.

—Ahora lo sabrás. Anda, ven; siéntate en mis rodillas. Es una sorpresa.

Se posó la acerada aguja en el disco. Un jadeo fatigoso prolongado, y luego la voz angustiada de un hombre:

«Oiga: quienquiera que usted sea, si es honrado, vaya a la Policía… ¡Es muy importante!… ¡Vienen a matarme!… Soy Sidney Parker… ¡Vienen a matarme!… Son los muchachos de Nicky Kirk… Él los envía… Si me matan, Nicky Kirk es el asesino…».

Cesaron las palabras, y, muy levemente, se escuchó el rumor de un tren acercándose.

Asombrada y asustada, la mujer permaneció unos instantes en suspenso. Reaccionando al comprobar que su hija también estaba extrañada, la envió a abrir los paquetes, y, a continuación, volvió a escuchar el disco, a volumen reducido. Una a una, fueron grabándosele en la mente aquellas palabras.

Ella sabía que lo más conveniente era permanecer al margen de los acontecimientos criminales de la ciudad. No ignoraba, por los diarios, las fechorías de las «bandas», y tampoco sus venganzas sangrientas. Sin embargo, la voz del hombre llamado Sidney Parker le martilleaba los tímpanos.

Recordaba ella haber leído algo sobre la opulencia en que vivía un tal Kirk; su retrato había aparecido en alguna revista de actualidades, junto a una muchacha de belleza exótica, elegantemente vestida… Sí, se acordaba; lo había visto no hacía mucho en el semanario «High Wold», en una fotografía sacada en el grandioso «*hall*» del Metropolitan Opera House. Se había fijado en la capa de armiño tan espléndida que cubría los hombros de la acompañante de Kirk.

Mientras su hija celebraba con muestras de júbilo cada uno de los regalos, ella se retorcía las manos, vacilaba, dudaba, no quería complicaciones de ninguna especie —bastantes le deparaba la lucha diaria por la existencia—; mas su concepto del deber de ciudadanía la incitaba a dar parte del hallazgo a las autoridades. No muy lejos de su casa quedaba la Jefatura Superior de la Policía Metropolitana, en Center Street. Pondría el disco en manos de la Policía, y nadie

tenía por qué enterarse de que ella había sido quien…

Decidida a seguir los dictados de su recta conciencia. Dijo a su hija:

—Espérame aquí. Volveré en seguida. Se me ha olvidado una cosa y…

—No, mamá; llévame contigo. Me va a dar miedo… Ese hombre decía que lo iban a matar… ¡Llévame contigo!… —suplicó la niña, abandonando los regalos.

Era indudable que su despejado cerebro infantil, presto en esa edad a captar los menores incidentes, había registrado casi fielmente las frases del asesinado Sidney Parker.

—Bueno, vendrás conmigo. Ven, que voy a pasarte el peine.

PADRE:

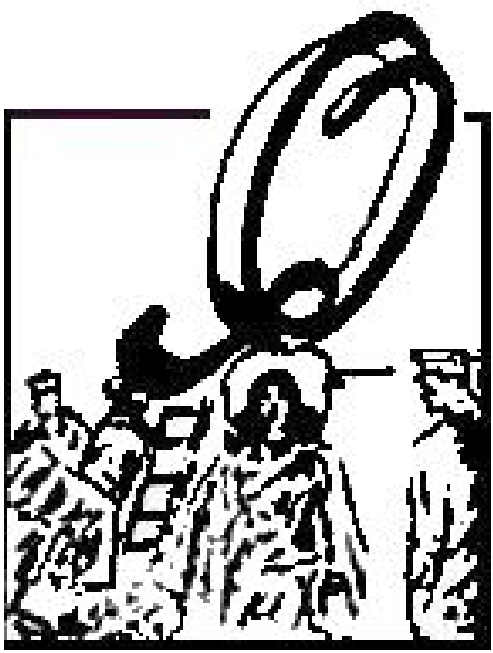
No consientas que tu hijo vea cuadernos propios para chicas.

COMPRALE

AVENTURAS DEL F. B. I

II

KEN MORGAN, INSPECTOR. ESPECIAL DEL F. B. I., Y JOHN BROWN, INSPECTOR DE LA DIVISIÓN DE HOMICIDIOS DE LA POLICÍA METROPOLITANA DE NUEVA YORK



UE, ¿me acompañas o no, cara fúnebre?

John Brown, sentado en el sillón basculante, apartó la mirada de los documentos extendidos sobre su mesa de despacho, y se quedó

contemplando al joven de rostro enjuto que vestía de «*smoking*» y se hallaba recostado en un alto fichero metálico.

—¡Vete al diablo! ¿Es que te gusta mortificarme? Demasiado sabes que esta noche me toca estar aquí de guardia. ¿Te crees que soy un «niño bonito» como tú? Sí, sí, ríete cuánto te plazca, pero la realidad es que no hay nadie con más suerte que tú.

Latía acritud en el acento del inspector John Brown al dirigirse a su amigo Morgan. Éste sin abandonar su sonrisa jovial, y después de dar una larga chupada al «Fátima», afirmo, a la vez que expulsaba el humo:

—Ya estás con las mismas de siempre, John. A todas horas quejándote de tu suerte. En primer lugar, cuando bajaba de mi despacho y pasé por delante de tu puerta, pensé que esta noche la tendrías libre y quise invitarte. En El Borracho [1] me esperan dos amiguitas de clase su-per-extra, y, según me han contado, el espectáculo presenta ejemplares femeninos dignos de admirar. Sigo comprobando que una lima es menos áspera que tú.

En el rostro relleno de John Brown apareció una expresión de rencor malamente disimulado. No era un hombre de aspecto atractivo. La grasa se le iba acumulando por falta de ejercicio diario y el cabello comenzaba a abandonar su redonda cabeza. Su gesto antipático aumentó de grados.

—¡Claro! Como a ti todo te sale bien, te resulta muy fácil ser más dulce que un flan. Ken Morgan por acá, Ken Morgan por allá, siempre Ken Morgan recibiendo invitaciones y monopolizando los sueños de las jovencitas casaderas de la buena sociedad. En tu puesto, también yo sería simpático a todos. ¡Naciste con suerte y te aprovechas de…!

—Basta por hoy, John —le interrumpió el del
F. B. I.,
irguiéndose y poniendo de relieve su apostura varonil—. ¡No sé cómo te aguanto siquiera! Desde pequeño estás quejándote de tu suerte. En contadas ocasiones te he visto sonreír y olvidar tus lamentaciones sobre tu «maldita suerte». ¿Qué más puedes pedirle a la vida? ¡Di! Has llegado a ser uno de los inspectores más renombrados de la División de Homicidios, ganas un buen sueldo, de sobra para un solterón como tú, y tienes inmediato el ascenso a comisario jefe inspector. A cualquiera que se le diga que un

mozalbete de la calle —los dos hemos robado manzanas de las fruterías más de una vez— se ha convertido en lo que tú eres hoy, no lo calificarla de «mala suerte». ¡Bah! ¡Te quejas por manía!

—Eso es cierto: pero ¿y tú? ¿No has subido más alto que yo? —inquirió Brown, cuyos dedos temblaban con la pluma estilográfica al aire, tratando de contener su envidia—. Si yo pertenecía al arroyo, tú también lo eras. ¿Es que me crees tan tonto como para convencerme de que tú no has subido más que yo? Sí, yo soy inspector de la Metropolitana, pero tú eres inspector especial del F. B. I.

A ti te aprobaron el ingreso en la Academia de Quántico, y a mí me suspendieron. Recordarás que me tocaron ejercicios más difíciles que a ti. Tuve que entrar en la Escuela de la Metropolitana si quería comer.

—Desorbitas siempre las cosas, John —manifestó Ken Morgan, con gesto apaciguador—. Tu carácter es el que te pierde. Debes corregirte, porque, de seguir así, tú mismo harás de tu vida un infierno.

—No varíes la cuestión y déjate de sermones, Ken. Sabes muy bien que digo la verdad. ¿Cómo voy a estar contento, si me comparo contigo? Tú estás aquí, al frente de la Sección de Nueva York, haces lo que te da la gana, entras y sales cuando quieres, no tienes guardias, nadie te manda, porque los de Washington están lejos, y, además, investigación que emprendes, asunto que arreglas.

—No querrás decir que triunfo solamente gracias a la suerte, ¿verdad? —preguntó Morgan, algo herido en su amor propio—. Cuando hay que trabajar, lo hago a conciencia.

—No te niego tus méritos, Ken; soy el primero en reconocerlos; pero ¿por qué yo fracaso a pesar de que también trabajo a conciencia? ¡No me digas, hombre; eres el as de la suerte! Ya sólo te falta que te cases con una rica heredera y para colmo, un pariente lejano te deje en su testamento un millón de dólares.

—Si el Destino me lo envía todo eso, ¿qué voy a hacerle? —comentó Morgan humorísticamente, encogiéndose de hombros e intentando debilitar la tensión de la escena.

Iba a argumentar algo más el inspector Brown, cuando se abrió una de las puertas del despacho, penetrando un policía uniformado.

—Con su permiso, Inspector. Ahí abajo hay una mujer que

cuenta una historia muy rara. Parece ser que se trata de un asesinato, y el sargento de guardia dice que convendría que usted hablase con ella.

—Que le tome declaración y la mande después a los mismos infiernos —estalló Brown, mandando despóticamente a su subordinado—. Estoy harto de todo esto y de vuestra incapacidad. Cobráis un bonito sueldo y resulta que no podéis resolver un asunto por vosotros mismos sin mi ayuda. ¡Anda, ve a traérmela!

Al retirarse, el ordenanza saludó al del

F. B. I.

con una mirada de simpatía, a hurtadillas del inspector Brown.

—Qué, Foy, ¿tuvo noticias de su hijo? —le preguntó Morgan, amablemente.

—Ayer recibimos carta, inspector. Está en primera línea, y asegura que ya ha hecho correr a más de cincuenta norcoreanos. Mi Joe está propuesto para la Medalla del Valor, señor —notificó el policía, muy orgulloso.

—Tienes un gran muchacho, Foy. De tal palo, tal astilla…

—Gracias, señor —y el policía salió más que satisfecho del despacho, lamentando mentalmente que el inspector Ken Morgan no fuese su jefe.

Brown comentó irónicamente:

—¿Tanto te interesa el hijo de un guardia, Ken?

—¡Hombre, pues sí me interesa! Foy es una excelente persona, y a todo padre le gusta que alaben a sus hijos. ¡Es muy humano!…

—¡Bah! ¡Ése es uno de tus muchos trucos para hacerte simpático!

—Hay ocasiones en las que te daría una buena paliza, John. ¡Eres insoportable!

—Inténtalo, si eso puede divertirte —aconsejó burlón, demasiado suavemente el de la Metropolitana—. Con un poco de suerte, yo tropezaría en algo, caería de espaldas y entonces tú aprovecharías…

El inspector especial Ken Morgan apretó las mandíbulas, y el cigarrillo quedó destrozado entre sus dedos. Luego, dirigiéndose hacia la puerta a grandes y elásticas zancadas, comunicó a su amigo, sin volver la cabeza:

—Me voy a El Borracho. S: continúo aquí, terminarás

poniéndome de mal humor, cernícalo. ¡Adiós, y ojalá no dispongas de un minuto de descanso en toda la noche!

—Oye, Ken, espera. ¡No te vayas disgustado! Dispénsame, es que estoy algo nervioso. Créeme que agradezco tu invitación, y de veras siento no poder acompañarte. Tú eliges bien las parejas, y es una lástima que esta maldita guardia me impida ir contigo. Mañana por la noche estaré libre, y seré yo el que invite.

Las palabras y el tono arrepentido de John Brown arrancaron una sonrisa del rostro del inspector Morgan, quien, levantando el brazo a guisa de saludo cordial, tiró del pomo con la otra mano. En su precipitación, al abrir tropezó con la niña de los bucles dorados que acompañaba a su madre, seguidas del policía Foy. La chiquilla se quejó del pisotón recibido, y el inspector se deshizo en excusas.

—Perdóname, guapa; ha sido sin querer. ¡Vamos, no llores! Las mujercitas bonitas como tú no lloran nunca, porque se ponen muy feas. ¿Te gustan los bombones? Toma, y cómprate los que quieras —y dirigiéndose a la mujer rubia, dijo—: Lo siento, señora. ¿Es su hija? Una linda muñeca. Perdónenme. Con su permiso.

Y dejó paso a madre e hija, alejándose él por la galería, en dirección al ascensor.

El inspector John Brown, adoptando una «pose» de persona muy absorta en su tarea, se limitó a decir a Foy, sin levantar la cabeza:

—Colóqueles unas sillas delante de mí, y espere ahí fuera.

Nerviosa, bastante asustada, la mujer daba vueltas en sus manos al disco y hacía señas a la chiquilla para que no se removiese tanto en el asiento.

Al fin, con una ojeada capaz de desconcertar a la persona más templada de nervios, John Brown preguntó secamente:

—Bien, señora. ¿De qué se trata? Procure ser breve y vaya al grano.

La interpelada narró cuanto le había sucedido en las últimas horas de la tarde. Y como prueba de sus aseveraciones, le tendió el disco. Durante el relato, algo embarullado y prolijo, el inspector de la Policía permaneció inmóvil, con la barbilla apoyada en la palma de la mano izquierda, asaeteando con su mirada glacial a la mujer.

Sin denotar impaciencia, se levantó y fué con el disco hacia la puerta que daba a otra habitación contigua, advirtiendo previamente:

—Voy a escuchar esto. Espéreme aquí, y trate de que su niña no curiosee demasiado.

El hombre que regresó al cabo de unos minutos de ausencia era otro muy distinto. Había desaparecido su apariencia de hombre impasible, y aunque tampoco mostraba signos de agitación, en sus pupilas de color acerado brillaba un reflejo de inquietud, y el labio inferior le temblaba ligeramente.

Colocando el disco sobre la carpeta de piel de la mesa, dijo, dando por terminada la entrevista:

—Ha hecho usted muy bien en venir a mí, señora. Váyase tranquila.

Poniéndose en pie y cogiendo de la mano a su hija, la mujer rogó:

—No quisiera figurar en…

—No, no se preocupe, señora: usted no aparecerá en ningún sitio, para nada. Es más, le recomiendo que no refiera lo sucedido a sus amistades o parientes. ¿Con quién vive usted? ¿Por qué no ha venido con su marido?

—Murió el año pasado, señor inspector. Vivimos solas mi hija y yo.

—Mucho mejor, entonces. Ya tengo apuntada su dirección. En todo caso yo sería el único que, confidencialmente, acudiría a molestarla. ¡Buenas noches, señora!

Pulsando uno de los botones blancos que se alineaban en un lado del tablero de la mesa, ordenó a Foy:

—Acompáñelas.

Apenas se hubo quedado a solas, pareció perder la lentitud característica de sus molimientos. Fué echando el cerrojo a cada una de las tres puertas que daban al despacho, y luego, sentándose en el sillón basculante, tomó el micro teléfono de su izquierda. Sin duda alguna el aparato no estaba en comunicación con la central de la Jefatura de Policía, pues en seguida marcó en la esfera de los distritos y en la de las cifras, sin hablar con intermediarios.

La conversación se desarrolló de la siguiente manera:

—Oiga: Dígale a Kirk que se ponga. De parte de J.
B. Urgente.

—Bien, si no está, que se ponga Burke. ¡Urgente!

Una pausa algo prolongada. El inspector de la Metropolitana

observaba atento cada una de las puertas, como si temiese alguna intromisión en sus asuntos privados, intromisión materialmente imposible —en su nerviosismo lo olvidaba—, puesto que los cerrojillos estaban echados.

Alguien debió ponerse al otro extremo del hilo telefónico porque John Brown notificó:

—¿Burke?… Oye: Soy J. B…, Sí… ¡Escucha!… Os la dais de listos, y, sin embargo, cometéis errores fatales: Nicky mandó matar a Sidney, vuestros hombres lo hicieron bien, pero no descubrieron la importante pista dejada por Sidney contra vosotros. En un establecimiento para la impresión de discos, en la estación de «subway» que tú sabes, Sidney, antes de morir, tuvo tiempo de grabar un disco, acusándoos. Por una casualidad, una mujer lo recogió, y ese disco ha venido a parar a mis manos. Por suerte yo estoy esta noche de guardia y…

—Sí, lo tengo aquí. Nadie lo ha oído. Es una prueba contundente contra Nicky. Yo lo guardaré.

—No, no. Me quedo con él. Dile a Nicky que prepare veinte grandes: es el precio de este nuevo favor. Ni un centavo menos.

—Esa mujer se llama Ethel Rogers es viuda y sólo vive con una niña, una hija suya. Viven en…

Y su voz, la voz de la traición infame que el inspector John Brown estaba cometiendo, se debilitó haciéndose ininteligibles sus palabras…

Aquella misma noche, en El Borracho, uno de los «*night-clubs*» más caros y más concurridos por celebridades de Nueva York, el inspector especial del «Federal Bureau of Investigation». Ken Morgan, se divertía en compañía de una pelirroja de nariz respingona y boca de gruesos labios, que no lo dejaba ni respirar siquiera. Otra pareja se hallaba también sentada a su mesa, y entre los cuatro atraían la atención general por sus risas y chistes dichos en voz alta, que hacían sonreír a los clientes cercanos. El «*champagne*» surtía sus perturbadores efectos y lo que a primera hora se hubiese considerado como una falta grave de etiqueta, a las dos de la mañana constituía una gracia por todos coreada.

Las notas de la orquesta y las canciones de las bellas vicetiples del «*show*» se diluían bajo el chaparrón de carcajadas, voces y gritos

femeninos. En Corea muchos norteamericanos estaban perdiendo la vida; en Nueva York, sus habitantes, los pudientes, se divertían a más y mejor. Tal vez los jóvenes aprovechando los días o semanas que les faltaban para ser incorporados a lilas.

Excitado por el alcohol y el «*sex-appeal*» de su amiga, Ken Morgan se mostraba feliz en sus ocurrencias, saludaba a conocidos con fuertes apretones de mano, y bailó en la pista un «boogie-woogie» que acabó con la resistencia física de su linda pareja.

Regresaban a su mesa, cuando uno de los «*maîtres*» se acercó ceremonioso, llevando en la mano un aparato telefónico portátil.

—Señor Morgan: Le llaman con urgencia, un amigo suyo.

—Traiga y conecte —indicó el inspector del
F. B. I.,
sonriente—. ¡Diga! ¿Quién es? ¿Soy Morgan? ¿Qué hay?

Una voz de hombre, juvenil, le comunicó por el hilo:

—Ken: Soy Ross. Acaba de notificarme la Metropolitana que Sidney Parker, uno de los hombres de Nicky Kirk, ha sido asesinado en una de las estaciones del «subway». Su cadáver está en el depósito. ¿No crees necesario echarle una ojeada? Sería conveniente comprobar su identidad y hacerle un ligero examen. Los de la Metropolitana ya sabes cómo son; amontonan los inconvenientes.

—Espérame, Ross. ¿Dónde estás?

—No, iré yo a recogerte ahí. Llevo el coche nuestro. ¿De acuerdo?

—«Okay, boy».

Cuando el inspector especial devolvió el teléfono al «maitre», había cambiado su expresión. En su semblante de rasgos viriles se acusaba un gesto sombrío.

—¿Alguna noticia mala, cariño? —le pregunta su acompañante, mimosa.

—Nada de importancia; mi esposa diciéndome ya es hora de retirarme a descansar.

—Pero si tú eres soltero —protestó la descocada joven—. Será otra cosa, porque, chico, has echado una cara de antipático que ni yo misma te reconozco.

—No hagas preguntas, Linda. Quédate por aquí si quieres; yo me marcho. Tengo que hacer una visita.

—Me voy contigo.

—Seguro estoy de que no te gustaría acompañarme a la visita que voy a hacer. Adiós, Linda; ya te llamaré un día de éstos.

—Ca, tú no me dejas colgada así porque sí. ¿Qué iba a pensar la gente? —Manifestó la joven, poniéndose en pie, para agarrarse muy decidida al brazo del inspector.

—¿Desde cuándo te importa lo que la gente piense de ti, Linda? —interrogó él irónico—. En cuanto a lo de dejarte colgada, por ahora no hay motivos para ahorcarte. Suéltame, Linda, que no puedo perder el tiempo.

—Eres el hombre más misterioso que he conocido en los días de mi vida. No irás a decirme que a estas horas de la madrugada vas a vender petróleo a tus clientes; es una materia muy inflamable.

—Cierto, nunca dijiste mayor verdad. Mi negocio no puede ser más inflamable y peligroso de lo que es. Escucha, Linda: cuando Morgan te diga que basta por hoy, hazle caso, y saldrás ganando.

El destello duro en los verdosos ojos del inspector del
F. B. I.,
sobresaltó a la joven, que se soltó de su brazo, dando un paso atrás.

—Bueno, bueno; no me mates.

—Lo haré si bailas con algún otro. Vete a tu camita, y mañana nos veremos. Sabes que hasta en sueños te veo y muchas veces me pregunto cómo no te resfriarás con tan poca ropa encima. ¡Adiós, Linda!

Seguidamente, con un breve saludo, se despidió de la otra pareja, y abonó al camarero el importe de lo consumido hasta entonces.

En la puerta del «*cabaret*» esperó la llegada de un «Packard» de color negro, cuya construcción revelaba el propósito de hurtar sus piezas vitales a las balas. Un joven de edad aproximada a los veintisiete años, casi imberbe, sacó un brazo por la ventanilla izquierda del «baquet», agitándolo en señal de llamada.

Ken Morgan rodeó el automóvil para tomar asiento a su lado.

—¡Aprisa, Ross; llévame a dónde esté!

El depósito de cadáveres donde yacía el cuerpo de Sídney Parker, resultaba extremadamente frío y hostil, con sus paredes desnudas, escaso alumbrado, y pasillos largos y lúgubres.

Resonaban tétricos los pasos sobre las baldosas del pavimento. Los dos servidores del

F. B. I.,
seguían al encargado de noche y penetraron en una de las grandes salas. Cinco hileras de mesas de mármol se ofrecían a la vista; se olía la presencia de la Muerte.

Veintitantas sábanas ocultaban otros tantos cadáveres pertenecientes a seres humanos muertos violentamente en las últimas horas. Mientras tanto, en lugares como El Borracho, los vivos proseguían saboreando febrilmente el pálpito de la vida, cerrando los ojos a la miseria y a la desgracia del prójimo.

El encargado del depósito apartó una de las sábanas, dejando al descubierto el cuerpo desnudo del joven Sidney Parker. Los orificios producidos por los proyectiles se destacaban en rojo sobre su piel. A través de los entreabiertos párpados, se le notaba una expresión de terror en sus ojos.

—¿Es él, Ross? —preguntó el inspector a su subordinado.

—Sí. Cuando intenté hacer amistad con ellos, conocí a éste. Era un boxeador profesional, y, por entonces, decían que Kirk esperaba algunos éxitos de él. No sé cuál será el motivo de su muerte. ¿Quién ordenaría el asesinato? ¿Kirk o algún rival suyo?

—Me temo que seguiremos sin descubrir nada positivo contra Kirk, si no lo tomamos en serio. Aguardemos a que la Metropolitana trabaje, y si fracasan, entraremos de lleno en la investigación.

—¿Por qué esperar? —interrogó Ross, enardecido ante la perspectiva de actuaciones peligrosas, arrastrado por el ardor de su juventud impetuosa.

—Un poco de calma, amigo. De momento, llama a los muchachos del Laboratorio y que obtengan fotografías y examinen las heridas. Trata de conseguir su ropa y rebusca hasta debajo de los forros. Yo voy a Center Street.

—Por allí no hay novedad alguna. Te llamé desde allí.

—No voy a nuestras oficinas, sino a ver a mi amigo John Brown. Estuve con él esta tarde, y no me explico cómo se le olvidó contarme esta muerte, sabiendo que me interesa todo lo relacionado con Nicky Kirk.

—¡Brown es el tío más odioso del mundo!

—¡Cuidado, Ross! ¿Qué forma es ésa de hablar de un jefe de la Policía? John es una buena persona, gran amigo mío, y no puedo consentirte que emplees esos términos cuando a él te refieras. Tiene

su carácter, como todos tenemos el nuestro. Ahora voy a verle, para solicitarle algunos datos. Está de guardia. Si ocurre algo, o descubrís algo de importancia, llámame allí o a mi casa.

—¡«Okay», inspector! —Manifestó el agente especial Ross, conociendo de sobra la rectitud de su jefe y su aversión a las murmuraciones.

En todos los buenos quioscos venden
AVENTURAS DEL F. B. I.
Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles

III

ASESINATO Y SECUESTRO

N el Cuerpo de Guardia de la Central de la Metropolitana, en Center Street, se tropezó Morgan con el policía Foy, al que preguntó si el inspector Brown estaba en su despacho.

—Acaba de echarse a dormir en la habitación de al lado, inspector; ha tenido trabajo hasta hace un rato. Esta noche parece que toda la gente maleante de la ciudad se ha puesto en acción. El último caso ha sido el de la mujer rubia, la madre de la niña con quienes usted se tropezó esta tarde, en el despacho del inspector, ¿recuerda?

—¡Ah, sí! ¿Qué le ha pasado?

—Hará algo más de media hora que apareció muerta en el Central Park, con dos balazos en la nuca.

—¿Es posible? Pero ¿quién era? ¿A qué vino aquí?

—No estoy enterado a fondo del asunto —repuso Foy, evasivo, temiendo revelar más de lo debido—. Recuerde que se entrevistó con el Inspector Brown. ¡Es una pena! La niña queda desamparada.

La llamada del sargento de guardia, que había oído parte de la conversación, calló a Foy, que se apresuró a retirarse con una disculpa. Pensativo, Morgan penetró en el despacho del inspector de la Policía. Su amistad particular con Brown le eximía de pedir permiso.

Halló a su amigo echado en una pequeña cama, sin desvestirse adormilado. En el cenicero había varias puntas de cigarrillos y una de ellas todavía humeaba.

—¡John! Vengo a hablar contigo —anunció Ken Morgan con firme voz.

—Estoy cansado. Déjame ahora en paz —se excusó el aludido, continuando tumbado en el lecho.

—Me interesa hacerlo ahora, John. No sé por qué motivo, esta tarde me ocultaste que Sidney Parker había muerto acribillado a balazos. Tú conocías mi interés por cuanto se relacione con la pandilla de Nicky Kirk. ¿Quién mató a Parker? ¿Qué han averiguado tus hombres?

El nombre de Kirk tuvo el poder de incorporar a Brown en la cama, aunque lo hizo de una manera deliberadamente lenta, tratando de disimular su temor interno.

—Nada de particular; la historia de siempre. Seguro que han sido enemigos de Kirk, o del propio Parker. Entre esa gente no se puede esperar otra cosa. En realidad, nos han hecho un favor. Parker era un boxeador metido a pistolero, y esta tarde lo «eliminaron» en el «subway». No hemos hallado todavía a los asesinos, pero estamos tras su pista. Descuida, que yo te comunicaré el resultado de las investigaciones.

—En eso confío, John. Cuanto se refiera a Nicky Kirk, me interesa mucho. Oye: ¿a qué vino la mujer de esta tarde, la que traía a una niña? Me he enterado de su muerte.

—¡Yo qué sé! —estalló iracundamente el inspector de la División

de Homicidios, poniendo los pies en el suelo—. ¿Crees que al minuto de ocurrir un asesinato, ya he descubierto al culpable?

—¿A qué vino ella? ¿Por qué tenía tanto interés en hablar contigo? —inquirió Ken Morgan, volviendo a la carga con la insistencia de un sabueso.

Tardó Brown unos instantes en responder. Bostezó escandalosamente, se pasó la mano por la cabellera y luego, mintió:

—Venía a hablarme de unos anónimos a ella dirigidos, amenazándola de muerte. Parece ser que su difunto marido no era una persona muy honrada, y los de su banda creían que ella poseía algún secreto perjudicial para ellos.

—Traía un disco de gramófono en la mano, ¿no? —recordó Ken.

—Sí —tuvo que admitir Brown por fuerza, mientras interiormente maldecía la devoradora curiosidad de su amigo, que estaba poniéndole en un aprieto. Su propósito era no hablar para nada, a nadie, del disco que conservaba en poder y que le valdría miles de dólares—. Me lo traía como prueba. Era un anónimo más, anunciándole que moriría. Cometí el error de considerarlo muy infantil, estúpido, y no la hice custodiar. ¿Concibes a un asesino enviando disquitos a su futura víctima? ¡Está visto que el mundo anda desquiciado!

—Te quedarías con el disco, ¡claro! ¿Dónde lo tienes? ¿Lo puedo oír?

Brown se acercó a la mesita para tomar un cigarrillo, en tanto volvía a bostezar.

—¿Con qué fin iba a quedármelo? Los
«G-Men»
—inició, irónico— no tenéis idea de lo que es tratar con histéricas e idiotas. Vosotros, los niños mimados, sólo os relacionáis con gente «gorda» y avispada; por eso hacéis gala de ser tan listos, pero nosotros, los pobres policías, hemos de escuchar estupideces capaces de atontar al más despierto. El disco se lo llevó. La despedí, consolándola y animándola a reírse de tales amenazas. Reconozco mi error, pero cualquiera es susceptible de cometer equivocaciones, ¿no? ¿O vosotros, los federales, no dais nunca un paso en falso?

La mordacidad de Brown irritaba sobre manera al inspector especial; la encontraba inadecuada en aquellos instantes que conversaban sobre una pobre mujer asesinada y una niña que había

quedado huérfana. Ken Morgan, que no sospechaba de la doble vida de su amigo, atribuía sus respuestas esquivas a la «honrilla profesional» y a su carácter frío. Gastó el último cartucho, sin mucha ilusión de conseguir algo positivo:

—¿Hay relación entre el asesinato de Sidney Parker y el de esa mujer?

—¡Te pasas de listo, Ken! —se burló el inspector de la División de Homicidios—. ¿Por qué no relacionas también el asesinato de un negro, la paliza a una muchacha de mal vivir, y el robo de una cartera? Eso, y más, ha ocurrido hoy mismo. Ahora comprendo la causa de que tú lograses entrar en el
F. B. I.:
¡eres una eminencia como investigador!

Realmente molesto por el tono zumbón y cáustico de su amigo, Ken prefirió marcharse antes de decir una palabra irreparable. Y en cuanto salió del despacho, el inspector Brown tomó el micro teléfono que le comunicaba con el Cuerpo de Guardia y ordenó al sargento:

—Si el inspector Morgan le hace preguntas sobre cualquier asunto, no responda. Dígale que su deber es callar.

—Y ¿si hace uso de su autoridad?…

—No puede hacerlo, sargento. Él no tiene nada que ver con nosotros, a no ser en casos excepcionales. Estos
«G-Men»
se consideran los amos y quieren meter las narices en todo y quitarnos los éxitos.

Cuando Ken Morgan intentó sonsacar hábilmente al sargento de guardia, encontró una barrera inexpugnable a sus interrogaciones. Adivinó la mano oculta del inspector Brown. Salía al «*hall*» y volvió a encontrarse con el policía Foy. Éste sentía tanta predilección por el inspector del
F. B. I.,
como aversión al de la Metropolitana. A la primera pregunta de Morgan, repuso en voz baja, y mirando a su alrededor, con aire de complicidad:

—Sí, era importante el asunto que traía a la mujer. Yo pude oír algo, al pasar a entregarle unos papeles al sargento. Nombró a Sidney Parker.

—Brown me ha dicho que traía un disco…

—Sí, también lo vi yo. Ella juraba que tenía importancia, pero el sargento no pudo oírlo, por falta de gramófono. Ese fué el motivo de que la enviase al despacho del inspector.

Y a continuación, Foy habló de la niña huérfana, notificando que estaba en su casa, guardada por un policía. Al requerimiento de Ken, le dio la dirección del domicilio de la mujer asesinada.

Salió el inspector especial a Center Street, y anduvo por la acera derecha, solitaria a aquellas horas de la madrugada, meditando en cuanto había logrado averiguar, que no era mucho, ciertamente. Estaba quejoso de los recelos profesionales de su amigo Brown, y, en parte, le disculpaba, por ser ley general entre los cuerpos de actividades similares, apartar a los otros del camino del triunfo, negándole datos y descubrimientos.

Desde hacía meses, el «Federal Bureau of Investigaron», por su Sección de Nueva York, tenía apuntado en su carpeta de investigaciones el nombre de Nicky Kirk. Un confidente, sin aducir pruebas, había revelado que una de las actividades ilegales del todopoderoso Kirk era facilitar, a cambio de exorbitantes cantidades de dinero, documentación falsa a los inmigrantes clandestinos que ansiaban afincarse en tierras norteamericanas. Otros asuntos de mayor urgencia, impidieron hasta entonces asediar al multimillonario Kirk, hombre introducido en la mejor sociedad, amparado bajo la profesión de financiero, si de profesión puede calificarse.

Sumido en estos pensamientos, inconscientemente se fué dirigiendo a la calle en la que había vivido Ernestine Walker, según la información de Foy.

Se detuvo ante la casa señalada, un edificio de cinco plantas nada más, de los que tienen alineados a la entrada una serie de botones eléctricos rotulados con las referencias de los distintos pisos y los nombres de sus moradores, siendo necesario llamar por tal medio al apartamento deseado, a fin de que desde arriba, y también eléctricamente, abriese la puerta de la calle, por la noche.

Eludió Morgan este método, temiendo un fracaso, y con la ganzúa graduable, de la que nunca se separaba, forzó la cerradura en un santiamén.

En la tercera planta se hallaba el apartamento de la difunta

Ernestine Walker, y a él llamó, apareciendo un guardia uniformado que no llegó a abrir del todo la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó, con la mano apoyada en la culata de la pistola.

—Inspector especial del
F. B. I.,
encargado de interrogar a la hija de la asesinada. ¡Déjeme pasar! —Y Ken metió por la rendija el brazo, enseñando su «carnet».

—Lo siento, inspector, pero tengo órdenes de no permitir la entrada a nadie.

—Órdenes del inspector Brown, ¿no? —afirmó Ken, desconcertando al policía—. Pues sepa que él mismo me ha autorizado para el interrogatorio, y por él sé que usted se hallaba aquí. Además, tenga presente que los del
F. B. I.,
tenemos autoridad para entrar donde nos convenga. ¿Lo ha oído bien?

El policía vaciló, no sabiendo qué determinación tomar, y no pudo impedir que Morgan lo echase a un lado, apoyándole la mano en el pecho muy suavemente, y pasase al interior del apartamento.

—¡Voy a llamar al inspector! —arguyó como única protesta el otro.

—Salúdele de mi parte —recomendó Ken, jovial, disfrutando de antemano al pensar en la rabia que la noticia produciría a su amigo.

Y mientras el policía entraba en la habitación de estar, donde se hallaba el aparato telefónico, el inspector del
F. B. I.,
registraba el apartamento hasta dar con la alcoba donde dormía plácidamente la niña de los bucles dorados, ignorante, la desgraciada, del violento fin de su madre.

Con singular mimo, Morgan acariciaba la tersa frente, pretendiendo despertarla. Y lo consiguió, en seguida, habiendo de reprimir el grito de susto de la chiquilla, alarmada al ver de repente a un desconocido. En su confusión no reconocía al hombre que le había dado una moneda para que comprase bombones.

—No te asustes, nena. ¿Te acuerdas de mí? ¿No te acuerdas de que esta tarde te di un pisotón en la casa de la Policía? ¿Te gustaron los bombones?

Tuvo que recordar la niña lo sucedido, pues incorporándose en el lecho de un brinco, se agarró a las solapas de la chaqueta de Ken, preguntándole:

—¿Dónde está mi mamá? Ese guardia me ha dicho que se había puesto mala y que estaba en el hospital. Y no ha querido llevarme con ella.

—Ese guardia ha mentido, pequeñas —mintió a su vez el inspector del
F. B. I.,
piadosamente, conmovido por el dolor que, antes o después, se causaría a la inocente criatura—. Tu mamá está con mi jefe, hablando con él, y no le pasa nada. Tanto es así, que ella me ha enviado a hacerte unas preguntas. Verás: Resulta que tu mamá ha perdido el disco de gramófono que tenía esta tarde. Y ella no se acuerda de lo que decía. ¿Lo recuerdas tú? Quiero saberlo para castigar a los hombres malos; si tú me ayudas, tendrás más bombones.

El tono amable de Morgan, y el contenido de sus palabras, tranquilizaron a la niña.

—Sí, yo lo oí… Pero… se me ha olvidado. Mamá me dijo después que no se lo contase a nadie.

—Ahora es ella quien te pide que me lo cuentes a mí. Es más, si me lo dices, yo mismo iré a traerte a tu mamá.

La chiquilla necesitó poco tiempo para pensar. Con la rapidez y la falta de entonación de un papagayo, dijo:

—Oiga: si es honrado, lleve este disco a la Policía. ¡Quieren matarme! Me llamo Parker. ¡Vienen a matarme! Y es…, es Nicky Kirk, el asesino —y haciendo una pausa, manifestó—: Yo no oí más. Sonaban las ruedas de un tren. Luego, mamá me mandó que abriese los regalos. Porque hoy es mi cumpleaños, ¿sabe usted?

—¿Cuántos cumples?

—Ocho, y me llamo Peggy Walker.

—Ya eres toda una mujercita. Escucha: ¿vino alguien a buscar a tu mamá? ¿Lo viste tú?

—Sí, estábamos cenando. Vinieron dos policías y le dijeron que tenía que acompañarlos. Yo quise ir con ella, pero uno me dio un empujón y me metió aquí.

—¿Cómo eran? ¿Te fijaste en sus caras?

—Llevaban gabardinas, y uno era muy alto y muy gordo; tenía una cara que daba miedo. Era muy feo.

—¿No oíste si se llamaban uno a otro? ¿Algún nombre?

La chiquilla no pudo responder por la irrupción del policía en la alcoba, malhumorado y vociferante:

—De parte del inspector Brown, que se ponga usted al aparato. Menuda regañina me ha echado.

—Dígale que se acueste, que ya es hora; contestó Ken, desenfadadamente.

Y entonces, el policía, temeroso de un arresto por parte de su superior inmediato, osó poner una mano en el hombro de Morgan, para separarlo de la cama e indicarle la salida. Nunca lo hubiera hecho. El joven se irguió cuan alto era, y enfrentándose al de la Metropolitana, clavándole la mirada de sus centelleantes ojos, le comunicó con voz dominante:

—¿Sabe que está hablando con Ken Morgan, inspector especial del «Federal Bureau of Investigation»? Retire esa mano, o tendré que cortársela.

—Sí, sí, señor; yo… es que… —tartamudeó el otro, que se veía colocado entre la espada y la pared—. Yo cumplía órdenes del inspector Brown…

Observando el enrojecimiento de la ancha faz del guardia, y lo blanco de su pelo, se contuvo el joven, limitándose a indicarle:

—Comunique a su jefe que ahora me pondré al aparato —y a continuación, despidiéndose de la chiquilla, que había presenciado asombrada toda la escena, le recomendó—: Vuélvete a acostar, hija, y duérmete. A tu mamá ya no le puede pasar nada.

Y casi con lágrimas en los ojos, por su mentira, que en el fondo era verdad, abandonó la alcoba. Y desahogó su rabia por el vil asesinato, hablándole a Brown como nunca lo hizo:

—Oye, John. ¡Estoy harto de ti y de tus majaderías! Pese a nuestra amistad, no olvides que si te cruzas en mi camino, empleando tus asquerosos trucos, habrás de sentirlo. Parece como si te molestase que yo intervenga en pro de la Justicia. Todo lo quieres hacer tú solo, y mi opinión es que no vales un comino. Eres un soberbio cretino, que te crees estar mandando a un batallón de esclavos. Sólo un idiota como tú, se comporta de tal manera, poniendo trabas a la labor de los demás.

Escuchó un rugido de furor al otro extremo del hilo telefónico. John Brown, de siempre dominado por su complejo de inferioridad, no perdonaría nunca aquellos insultos de su amigo, que venía a rematchar cruelmente su propia creencia. —¡Bestia!— profirió por último Morgan, cortándole la comunicación y dejándolo con su sarta de blasfemias, maldiciones y amenazas.

Encaminándose a la residencia donde se alojaba como huésped, en un «taxi», Morgan, pasado el momento de arrebato, lamentaba cuánto había ocurrido y pensó pedir excusas a su amigo. Le había ofendido a conciencia, eligiendo con premeditación su punto más vulnerable: el orgullo.

Cuando a la mañana siguiente, después de despertarse, entró la doncella portando la bandeja con el desayuno y los diarios más importantes, Morgan tomó uno al azar, dando una ojeada a las noticias de guerra en Corea. La vista se le fué a unos titulares de los sucesos ocurridos en la metrópoli durante el día anterior. Sobre las noticias que referían la muerte de Sidney Parker en el «subway», y la de Ernestine Walker, en el Central Park, destacaba el asesinato del policía, con arma blanca, que guardaba a la hija de la Walker. Morgan se estremeció al leer que la niña había desaparecido.

Con verdadera voracidad, olvidando el desayuno, se enteró del reportaje que se refería al rapto. En la noche pasada —relataba el «reporter»—, en el piso de Ernestine Walker había habido lucha, según las señales dejadas en paredes y muebles, y al amanecer, un vecino madrugador, encontrando abierta de par en par la puerta del apartamento, encontró el cadáver apuñalado del policía. Sin embargo, el periodista no relacionaba esto con el asesinato de Sidney Parker, que figuraba entre otros tantos delitos cometidos últimamente en la gran urbe.

Pero Ken Morgan si poseía ya datos para relacionarlos estrechamente, aunque seguía sin explicarse cómo el disco delator había llegado a poder de la Walker, mujer que, al parecer, no había tenido relaciones con Nicky Kirk.

«Si Brown fuese menos reservado…», pensó.

Y alargando el brazo, tomó el micro teléfono, situado a la cabecera de su cama, y obtuvo comunicación con el inspector de la División de Homicidios, con su domicilio particular. Tuvo que insistir para convencer a la sirviente. —Brown habitaba en un

«chalet»— de lo imperioso de la llamada.

A las primeras preguntas de Morgan, Brown, que había sido despertado, repuso con una palabrota malsonante, desagradable de transcribir, y colgó el aparato. Haciendo caso omiso de tal grosería, arrastrado por su interés respecto al asunto, volvió a llamar. Esta vez consiguió escuchar una frase decente de Brown, aunque mordaz como todas las suyas:

—Estoy durmiendo, y no quiero que se me moleste, ¿entiendes, sabihondo? Y te repito que te metas en tus asuntos, y no molestes a los demás. Lo de esa mujer y esa niña me compete a mí, a la Metropolitana, y a la Federal que la parta un rayo. Si eres tan listo, ¿por qué no lo descubres sin ayuda ajena? ¿O esperas a que la suerte te lo de todo masticado?

En esta ocasión fué Ken quien cortó, por no oír la risa hiriente del otro.

Ensimismado en sus pensamientos, buscando cabos sueltos que empalmar, dándole vueltas en la cabeza a cien ideas distintas, prefirió fumar a desayunar. Y en igual situación lo halló su subordinado, el agente especial Ross.

—¿Has leído los periódicos, Ross? ¿Sí? Pues escucha lo que he averiguado.

Conforme relataba sus descubrimientos, a intervalos, el joven agente especial lanzaba una maldición o un improperio al ausente Brown, y lo extraordinario era que, ahora, Morgan no se lo reprochaba.

—Ese carcamal de métodos anticuados no es capaz ni de capturar a un carterista principiante —comentó Ross, al final.

Sin hacerle caso, embebido en una idea ya fija en su mente, Ken le preguntó:

—¿Por qué fracasaste cuando intentaste hacerte amigo de los de Kirk? ¿No figurabas como forajido?

—Se olieron la tostada o no es ése el camino para llegar a ganar la confianza de Kirk. Conseguí entrevistarme con su lugarteniente, con Burke, un tipo de cuidado, más malo que una víbora, y hasta pareció concederme su confianza. Pero de la noche a la mañana, a Burke no lo volví a ver, y uno de sus hombres me dijo que «ahuecase el ala» si no quería toparme con una ráfaga de balas. El inspector anterior a ti me ordenó abandonase el asunto, pensando

que me habían descubierto y no conseguiría nada.

—¿Qué sitios suele frecuentar Kirk?

—Los más elegantes de Nueva York, siempre acompañado de una muchacha rubia, una perdida, hija de buena familia, que se encaprichó de él. En este momento no recuerdo su nombre. A Kirk se le ve poco, siempre escoltado, y en su palacio de Hunts Point suele dar reuniones fastuosas.

—Y Burke, ¿por dónde anda?

—A ése se le podía encontrar, ahora no sé, en él Great Gymnasium, al final de la calle Setenta Este. Yo estuve allá. Es un magnifico local y, efectivamente, se preparan boxeadores profesionales y «*amateurs*». Allí «se han hecho» excelentes púgiles que hoy tienen fama internacional. Parece ser que una de las aficiones de Kirk es el boxeo, y costea el gimnasio. En tiempos, en su juventud, creo que él despuntaba en el «*ring*».

—Si tuvieras que tratar nuevamente de acercarte a Kirk, ¿qué camino tomarías?

La pregunta desconcertó al joven agente, que se acarició el mentón, carente de barba.

—Pues…, pues no sé… Es cuestión de pensarlo y madurarlo.

—Yo lo tengo pensado y maduro. Si Kirk es un entusiasta del boxeo, he ahí el camino: presentarse como boxeador.

—Lo que tú mandes, Ken; pero, francamente, yo no me encuentro muy fuerte como púgil. Según tengo entendido, allí sólo admiten a pesos pesados.

—No, si no irás tú, Ross. Esta investigación la realizará personalmente el inspector Morgan —afirmó Ken, sonriente, poniendo los pies en el suelo.

Su subordinado, viéndole desnudos hombros y brazos, tuvo que reconocer que Morgan tenía facha de boxeador: sus músculos no eran redondos como bolas, sino alargados, de reflejos rápidos, los más propios para el boxeo. Su contextura era atlética, y por la envergadura, a más de uno tiraría a la lona por fuera de la cuenta.

«No obstante —pensó Ross—, una cosa era haber aprendido a boxear en la Academia de Quántico y otra muy diferente era enfrentarse a profesionales del "*ring*". Y así se lo hizo saber a su superior. La respuesta fué tajante»:

—Donde no lleguen las manos ha de llegar el cerebro.

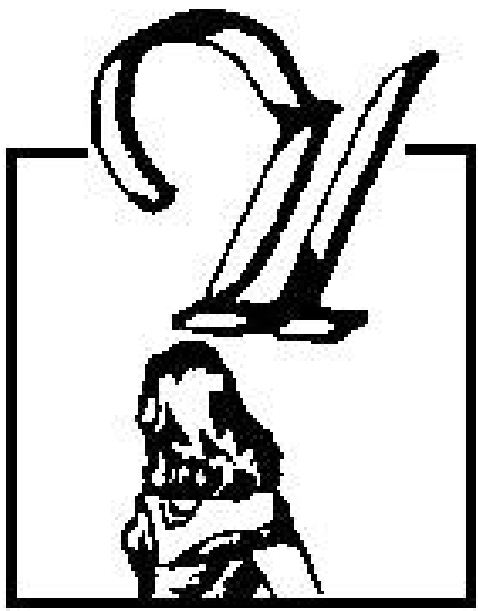
CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN

AVENTURAS DEL F. B. I.

IV

LA PRIMERA LUCHA EN EL «*RING*» DEL GYMNASIUM



N Ken Morgan muy distinto del Morgan elegante y apuesto, caminaba en la fría mañana por la acera derecha de la Setenta Este.

Su traje —adquirido en una ropavejería— le estaba estrecho, tenía los puños y los bajos de los pantalones deshilachados; la camisa, entreabierta, no había visto el jabón desde que la confeccionaron, y la corbata brillaba por su ausencia. Una barba de tres días convertía a Ken en un vagabundo derrotado.

Encogido, con el cuello de la americana subido, las manos metidas en los bolsillos, arrastrando unos viejos y remendados zapatones, y con el deslustrado sombrero calado hasta las cejas, hacían irreconocible al inspector especial del
F. B. I.

Se detuvo ante el escaparate de una pastelería, fingiendo extasiarse frente al «dulce panorama»; en realidad, observaba a hurtadillas la puerta del Great Gymnasium, cuyo rótulo campeaba en la fachada de un edificio de tres plantas.

Unos golpes en el hombro, que lo electrizaron, y una voz:

—¡Lárgate de aquí o tendrás que vértelas en la Comisaría! ¡Arreando!

Era un policía uniformado, sin duda receloso de hallar en su barriada a un tipo de tan miserable vestimenta.

—Ahora mismo, señor guardia. Voy aquí al lado —murmuró, apocado, el inspector del
F. B. I.,
quién se acordó de su amigo John Brown; mucho habría divertido a éste encontrárselo encerrado en un calabozo y acusado de maleante.

Excepto Ross, ninguno de los agentes especiales sabría la causa de la súbita desaparición de su jefe; menos aún el irritable y envidioso inspector de la División de Homicidios. Morgan, a propósito, no llevaba encima arma alguna, y tampoco credenciales de su calidad de servidor del Federal Bureau of Investigaron.

Bajo la mirada inquisitiva del policía, franqueó el umbral del gimnasio, hallándose en un corto pasillo, con una puerta al fondo, y sendas a los lados. En la de la izquierda, un letrero polvoriento indicaba que era la «Oficina». Llamó con tiento, y al oír el permiso de entrada, abrió, pasando al interior.

La «Oficina» no era otra cosa que un cuartucho sin ventilación —en plena mañana necesitaban la luz eléctrica—, sin más muebles que una mesa desvencijada, un sillón, tres sillas con telarañas por entre las patas, otra mesita y una máquina de escribir. Eso sí, las paredes aparecían cubiertas de fotografías de los más famosos boxeadores, dedicadas muchas de ellas al Great Gymnasium, no dejando un espacio libre.

Un hombre corpulento, casi un gigante, estaba arrellanado en el sillón, situado detrás de la mesa, y su cigarro habano hacía

irrespirable la atmósfera.

Simulando su «papel» de hombre a la deriva, Morgan se quedó ante él, mirándolo humildemente, dándole vueltas en las manos al pringoso sombrero.

—¿Qué quieres? —le preguntó el otro, con un vozarrón tormentoso.

Morgan no repuso. Se fijaba en el gigante, en su faz maciza, de nariz aplastada y de orejas descomunales.

—¿Eres sordo o mudo? ¡Habla!

Dando tímidamente un paso adelante, con voz vacilante, Ken expuso:

—Verá usted… Es que yo quisiera entrenarme en este gimnasio, si pudiera ser.

—¿Tú? —preguntó el hombretón, extrañado, y con gesto divertido, observando el aspecto desastroso del recién llegado, que parecía menos robusto de lo que en realidad era, pues se mantenía con el pecho hundido y los hombros hacia adelante—. ¿Con qué vas a pagar la cuota? ¿O te crees que aquí admitimos a cualquier desharrapado, a no ser que tenga buenas condiciones de púgil y el día de mañana de cuartos?

—Yo…, yo… Verá usted… Yo me encuentro ahora en mala situación, vamos, que no tengo dinero, pero en mi pueblo, antes de lo que me pasó últimamente, boxeé como aficionado y todos decían que tenía facultades y que podría ser algo en el «*ring*».

—¡Ah! —exclamó el del veguero, echándose hacia atrás y riendo a carcajadas—. ¡Un «*amateur*» de pueblo! Y claro, tú te piensas que en Nueva York somos de mantequilla, ¿no? Y, además, que somos tontos, ¿no? ¿Tienes billetes?

—No, señor. Ni un centavo, pero pronto los ganaré, si usted me da una oportunidad. ¿Qué trabajo le cuesta a usted dejarme entrenar?

—Mí «*ring*» es para mis gorilas, muchacho, y no para un andrajoso. Así que ya estás largándote de aquí, si no quieres que te rompa el perfil de tu linda nariz. Por ahí hay muchas maletas que descargar. ¡Lárgate!

—¡Hombre: deme usted una oportunidad de demostrarle lo que valgo! —insistió Morgan, temiendo tener que considerar fallido aquel camino de introducirse en la banda de Nicky Kirk—. ¿Qué de

malo puede haber en que usted me permita subir al «*ring*» y me enfrente con uno de los suyos?

Iba a explotar de cólera el sanguíneo individuo, mas de pronto cambió de expresión y dijo, poniéndose en pie y casi rozando con la cabeza la alta lámpara empolvada:

—¡Eso no está mal! Voy a darte la oportunidad —y había un brillo maligno en sus ojillos de simio, al decirlo—. Pero te advierto que si no tienes dinero para comprarte árnica, aquí no te la vamos a dar gratis. Baldado y todo, tendrás que barrerme el gimnasio. ¡Sígueme!

Salieron al pasillo y por la puerta del fondo penetraron en un corredor, al que daban las puertas abiertas de varios cuartos, en los que se veían el botiquín de urgencia, los guardarropas y las duchas. Al final estaba el gimnasio. Una amplia sala circular, con el «*ring*» elevado en el centro, y alrededor, y en distintas gradas, filas de sillas. Allí debían celebrarse encuentros públicos de poca categoría. En los rincones, «*punching*-balls» sacudidos por enormes puños de boxeadores entrenándose, cuerdas de saltar, espalderas, lonas por los suelos y otros aparatos propios para el fortalecimiento de los músculos.

Con el tono del capitán de barco que anunciaba a la tripulación el ingreso del nuevo grumete, el gigante voceó:

—¡Eh, muchachos! Aquí viene este «pájaro» a entrenarse, y quiere pelear con uno de vosotros. Parece ser que en su pueblo, su mamá y su novia le dijeron que tenía buenos puños. Como no trae ni un centavo hemos hecho un contrato. Si pierde el encuentro tendrá que fregarnos los suelos.

De todos los puntos del local se acercaron individuos de exagerada musculatura, con calzones cortos y camiseta sin mangas; unos, calzando guantes; otro, con las manos vendadas, y uno de ellos mordiendo un bocadillo, que sostenía en la mano derecha.

Fingiendo hambre, Morgan aparentaba no fijarse en los rostros canallescos de aquellos gorilas del deporte, cuyas facciones revelaban a primera vista que no solamente eran púgiles, sino algo más, castigado por la ley. Sus cuerpos olían a sudor y sus respiraciones fatigosas enrarecían el ambiente. Morgan clavaba la vista en el bocadillo de jamón.

—¡Pobre muchacho! ¡Tiene hambre! —afirmó el capitán de

aquella «*troupe*», empleando un tono compasivo, pero convulsionándose toda su humanidad a causa de la hilaridad que no intentaba contener.

Los demás se echaron a reír, y uno de ellos, de rostro cubierto de costurones, comentó, arrancando carcajadas de sus compañeros:

—El pobrecito es tan tonto que no tiene valor ni para quitarle un panecillo a una vieja.

Morgan sujetaba sus nervios para no descubrirse. Estaba sufriendo más de lo que él había imaginado, pero su misión era fingir, sacrificar hasta su orgullo, con tal de ponerse en la buena pista que le conduciría a la captura de Nicky Kirk, con pruebas suficientes de sus delitos ignorados.

—¿Boxeo o no? —preguntó, mansamente.

—Sí, hijo; si —afirmó el gigante—. Ahora mismito. Si te entercas en meterte en la boca del lobo, allá tú. A ver, Barden —señalando a un tipo de regular corpulencia, que tenía enguantados los puños—, sube con él.

A la vista de todos, Morgan tuvo que desnudarse. Conforme se iba quitando la rota y mugrienta ropa, estallaba una explosión de risas y comentarios que querían ser jocosos. Él aparentaba sentir una vergüenza enorme por el deplorable estado de su vestimenta.

A ninguno de los gorilas les extrañó ver que el desconocido poseía un cuerpo bien desarrollado; ya habían oído decir al «capitán» del gimnasio que había luchado en su pueblo. Músculos, cualquiera podía tenerlos; lo difícil era poseer condiciones de púgil, y saber las artimañas, trucos y contragolpes que ellos conocían, después de muchos años de pelear en los «*rings*».

Equipado con unos calzones agujereados, para mayor escarnio, los guantes y unas botas destrozadas, Ken Morgan subió al «*ring*» y se apoyó en las cuerdas del rincón de la izquierda. En tales condiciones de inferioridad, por luchar en un ambiente totalmente hostil, no le resultaría fácil vencer a su contrincante, que se pavoneaba en el centro de la lona, saboreando por anticipado la paliza que a mansalva iba a dar al pueblerino.

Con hombres mucho más fuertes se había enfrentado el inspector especial en la Academia de Quántico[2], hasta con profesionales; mas, no obstante, pensaba, y con razón, que un entrenamiento en la Escuela no era de igual dureza que en un

encuentro con el gorila que le había tocado en suerte. Emplearía todas sus marrullerías, sin reparar en las reglas del juego, a conciencia de que nadie le llamaría la atención o se lo impedirla.

El hombre del puro subió también, a hacer de árbitro, y gritó, como si en las sillas de las gradas hubiese cientos de personas:

—¡Encuentro a un solo «*round*»!

Dio una palmada y se echó a un lado.

Morgan estaba decidido a triunfar. Consideraba necesario vencer rotundamente, para así impresionar a la canalla que le rodeaba y conseguir ser inscrito en la lista del gimnasio. Temía dejarse llevar por tal deseo y descubrirse a destiempo. Se propuso ser cauto, aparentar miedo, en espera del momento oportuno.

Sin saber de dónde le llegaba, un puño se le clavó en la carótida, y estuvo a punto de caer allí mismo. Tambaleándose, retrocedió hasta sentir las cuerdas en la espalda y se cubrió instintivamente, salvándose así de la serie de golpes cortos que el otro le incrustaba no muy científicamente, deseando, sin duda, eliminar en seguida a su rival, para así acrecentar su prestigio de púgil entre sus camaradas.

Reaccionando, sacudiendo la cabeza como si tuviera el cabello empapado en agua, Morgan deslizó su antebrazo izquierdo entre los brazos de Garden y logró machacarle la aplastada nariz, haciéndole retirarse.

Intentó perseguirlo, aprovechar la ocasión, más su contrincante, haciendo gala de agilidad, escurría el cuerpo, bailaba sobre la lona, hurtaba las partes vitales a los golpes, y descargaba como rayos sus puños.

Morgan, con las mandíbulas apretadas, se repetía incesantemente: «¡He de vencer! ¡He de vencer!», y se acordaba de la mujer asesinada y de la niña huérfana y desaparecida.

Alcanzó a Barden con una izquierda al estómago y esquivó a tiempo la cabeza, haciéndole fallar. Con una acometividad de toro bravo, Morgan, olvidándose de sus propósitos de cautela, descargó una lluvia de golpes sobre Barden, logrando arrinconarlo, y le lanzó un izquierdazo a la mandíbula, que hizo poner al otro los ojos en blanco.

Reaccionó éste con dos derechas a la cabeza del inspector, que creyó sentir un terremoto en su cerebro, a pesar de que solamente le

rozó el guante contrario. De nuevo logró clavar un izquierdazo en el estómago del profesional, y a continuación, al agacharse el otro, le sacudió en la cara. Lucharon en un cuerpo a cuerpo rabioso y destructor.

Mientras tanto, los boxeadores, abajo del «*ring*», los contemplaban, jaleando a su camarada, porque empezaban a darse cuenta de que el «pueblerino» tenía sangre en las venas y dinamita en los puños.

Barden, algo amedrentado, utilizó decididamente cuantas artimañas conocía, y a partir de aquel momento, la mayor parte de los puñetazos de Morgan se perdían en el aire. Nunca encontraba a su rival. Sufrió dos golpes de revés, y uno en el bajo vientre que volvieron a conmoverlo de pies a cabeza. La respiración era entrecortada, los pulmones no podían soportar tal «tren» y los músculos de las piernas le flaqueaban. La vida que llevaba en Nueva York, aunque fuese investigando casos, no era lo suficientemente activa para mantener incansables los miembros.

En un descuido, engañado por unas fintas de su contrincante, recibió un gancho al mentón, y se arrodilló en la lona, en un «known-down» que podía convertirse en «knock-out» si le faltaban las fuerzas para levantarse.

Al fin, haciendo acopio de energías, logró erguirse, medio atontado, y levantó los pesados guantes.

Ante el bullicio general, rehuía el «clinch» que el otro buscaba, retrocediendo, huyendo, con el fin de reanimarse.

De nuevo se enfrentó a Barden, esquivó un derechazo a la cabeza, golpe preferido de su rival, y al enderezarse, introdujo velozmente su brazo izquierdo e incrustó un «upper-cut» terrible.

Barden vaciló, se le vieron fláccidos los músculos y anulada la respiración, y otro izquierdazo a la mandíbula lo noqueó definitivamente, tendiéndolo cuan largo era sobre la lona, abierto de piernas, boca arriba, como muerto.

Se produjo un silencio general ante la rotunda victoria del «*amateur*» pueblerino. Barden tenía fama entre sus compañeros de luchador experimentado y valiente, y el caso innegable era que yacía inconsciente en el «*ring*», necesitando auxilio.

El gigante del veguero, bastante sorprendido y admirado, a la vez, se aproximó al joven, y masculló:

—No está mal, muchachos. Las cosas como sean. ¡No está mal del todo! Te falta agilidad, tardas veintiocho años en devolver el golpe, pero tienes una izquierda de primera categoría. Anda abajo, a ducharte, y después hablaremos despacio.

Su victoria inicial en la campaña emprendida tuvo la virtud de animar al inspector. Sentía una fuerza interior incontenible, y hasta creyó escuchar que una voz misteriosa le profetizaba el triunfo final.

Saltó del «*ring*» por sus propios medios, aunque empapado el cuerpo en sudor, y al pasar junto al individuo del bocadillo de jamón, que con la emocionante pelea se había olvidado de comer, se lo arrebató de un manotazo, llevándoselo a la boca con toda naturalidad. Su gesto produjo cierto buen efecto entre los «gorilas» que lo rodeaban. Más de uno pensó que el «*amateur*» sería de cuidado en cuanto se quitase el hambre que llevaba encima.

Entró en una cabina de duchas y el agua fría le revigorizó los cansados músculos, devolviéndole el optimismo por completo. El primer paso estaba dado, y no en falso.

Después de secarse, desnudo como se hallaba, salió al guardarropa, y con gran sorpresa, observó que las prendas suyas habían desaparecido misteriosamente. Oyó unas risas apenas sofocadas y volvió la cabeza: taponando la puerta, los boxeadores contemplaban burlones su infructuosa búsqueda.

Intervino el tipo del puro, aconsejando al más corpulento de los púgiles, cuya faz bestial reía estúpidamente:

—Dale su ropa, Karl, y dejaos ya de bromas. El muchacho se ha portado bien y no hay porqué mortificarlo.

—No se la doy hasta que él mismo me la quite —afirmó, rotundo, el aludido—. Que no se piense que por haber noqueado a Barden, conmigo va a hacer igual. No hay mal ninguno en que nos divirtamos viéndolo como lo echó su madre al mundo. ¡Parece una gallina peluda!

Ken Morgan atravesó la estancia, acercándose a la puerta. Con excesiva mansedumbre solicitó del «mastodonte», que mantenía su ropa a la espalda:

—¿Por qué no me la das, hombre? ¿Te he hecho yo a ti algo?

—De rodillas me la has de pedir —manifestó el otro, gloriándose de su predominio sobre el pueblerino.

—De rodillas, ¿verdad? —repitió Morgan, plañidero—. Pero tú estarás más bajo que yo.

Y uniendo la acción a la palabra descargó todo el peso de su cuerpo en el brazo derecho, con un giro de cintura, y le largó un directo a la mandíbula que lo tiró de espaldas sobre el grupo de sus compañeros. El «mastodonte» se derrumbó con el estrépito de una fortaleza a la que se ha hecho explotar una carga de dinamita en sus cimientos.

Cuando imperturbable, Morgan se agachaba a recoger su ropa, los otros, deseosos de vengar a sus camadas vencidos, se le echaron encima por sorpresa y valiéndose de su superioridad numérica. Se formó un remolino de brazos y piernas.

—¡Quietos todos! ¡Quietos, bestias! —tronó una voz desconocida.

La orden se cumplió a raja tabla. Los púgiles se apartaron del caído Morgan, que todavía estaba indemne, y se quedaron mirando al recién llegado. El inspector del
F. B. I.,
se incorporó y también observó al individuo capaz de domar a aquellos brutos desalmados. Se fijó en su corta estatura, en su extrema delgadez, en su faz de granuja astuto, y notó el buen corte de su traje azul eléctrico y los brillantes, que formaban una estrella en el centro de su alfiler de corbata.

El gigantesco hombre del habano rompió el silencio, notificando respetuoso, y quitándose el cigarro de la boca:

—No me hicieron caso, Burke. Con éstos hay que emplear el látigo.

El corazón de Morgan latió apresurado. ¡Por fin tenía en su presencia al lugarteniente del todopoderoso Nick Kirk! Y grande debía ser su ascendencia en la banda, pues con su cuerpo enteco se imponía a los robustos boxeadores. Lo más impresionante de su rostro era la mirada zorruna que parecía analizar todo y desconfiar de todos. Le oyó preguntar, en tono áspero:

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién es ése y por qué está desnudo?

El individuo del veguero alejó a los púgiles a puñetazos y maldiciones, y luego, en voz baja, se puso a hablar al oído de Burke, para lo que tenía que agacharse muchísimo, formando una pareja realmente cómica.

Entre tanto, Morgan, aparentando ignorar la categoría de Burke, terminó de arrancar su traje de las garras del yacente Karl.

Iba a ponerse los pantalones, aún con el tórax desnudo, cuando Burke se le aproximó y dio una vuelta a su alrededor, examinándolo igual que antiguamente los plantadores de algodón examinaban al esclavo puesto a la venta. En uno de sus movimientos, Morgan llegó a descubrirle entre la chaqueta y el pecho, una correa: Burke llevaba un arma de fuego en la sobaquera.

—¿Cómo te llamas?

—Ahora me llamo Carrigan —mintió Morgan, recalcando la palabra «ahora».

—Entonces, Carrigan, termina de vestirte y pásate en seguida por la oficina. Y cuidado con comprometer a los muchachos; aquí no admito bravucones.

A toda prisa se puso Ken el miserable traje, se calzó y, saltando por encima del aún inconsciente Karl, se encaminó a la oficina.

Burke, sentado en el billón, fumaba un cigarrillo egipcio; a su lado, en pie, en la actitud servil del lacayo para su señor, el individuo del puro hizo una señal de inteligencia a Morgan, como queriéndole indicar que no llevase la contraria al mandamás. Éste observó con un gesto de desaprobación la haraposa vestimenta del «pueblerino» y su crecida barba.

—No me extraña que los «gorilas» se metiesen contigo. Tienes la facha más ridícula que he visto en mi vida.

—Y ¿qué quiere que yo le haga, señor? Desde ayer no he comido…

—¿Y sin comer en tantas horas has sido capaz de derribar a Barden y a Karl? ¡Increíble! ¡Una casualidad! —exclamó Burke, moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¡Bueno! Siéntate en esa silla y cuéntame. ¿Cuál es tu verdadero nombre, y de dónde vienes, y qué has hecho en tu vida? Si quieres quedarte aquí, hemos de hacer tu ficha.

Simulando una sinceridad absoluta, Morgan afirmó llamarse Peter Blackfield, nacido en Houston, de Texas, obrero en una refinería de petróleo, aficionado al boxeo y expresidiario, por haber tenido la «ocurrencia» de atracar a mano armada a uno de los pagadores de la refinería.

No le importaba a Ken dar tales datos falsos, pues antes de

determinarse a ingresar en la banda, mediante sus ficheros, los del F. B. I.,
había elegido dicho nombre e historial de la realidad, con la única diferencia de que el verdadero Peter Blackfield estaba encarcelado en Washington, a responder de un delito posterior. Si Kirk se molestaba en telegrafiar a la ciudad de Houston, desde allí le confirmarían la historia; sería muy difícil que le remitiesen una fotografía del legítimo Blackfield.

—¿Por qué has cambiado de nombre, llamándote Carrigan ahora, si ya has cumplido la condena?

—Salí en libertad provisional. Me molestaba soportar la visita de inspección, y un buen día me largué de Houston, con una documentación falsa a nombre de Carrigan, que pagué con lo robado a un tendero.

—¿A ver esa documentación?

También Morgan llevaba preparado esto, y entregó los papeles a Burke, quien los examinó de una ojeada, y se los devolvió al momento, satisfecho al parecer.

—¿Por qué viniste a Nueva York?

—¿Dónde mejor? Aquí hay gente de todas clases, y mucha.

—¿Cómo se te ocurrió venir al Great Gymnasium? —prosiguió el lugarteniente de Kirk, receloso y desconfiado cien por cien.

—Estando en la cárcel conocí a Goldsmith, uno que en tiempos luchó aquí, según me contó. Fuimos amigos, hasta el día en que intentó fugarse y murió a manos de los vigilantes.

Efectivamente, Goldsmith había sido un secuaz de Kirk, y era cierta aquella historia. Morgan la sabía por Ross. Convencido, Burke se limitó ya a preguntar:

—¿Dónde vives?

—En ningún sitio —repuso el joven—. Hice el viaje de polizón, saltando de un tren a otro, y con este «pelaje», ¿dónde quiere usted que me admitiesen, sin dinero? Llevo dos días en Nueva York, dando vueltas, huyendo de la «bofia», «estudiando el terreno». He dormido en los jardines, mientras me han dejado.

Dirigiéndose al del habano, Burke le ordenó:

—Encárgate de buscarle una pensión decente y de que se haga unos trajes. Que se entrene a fondo y págale doscientos dólares semanales.

Y a continuación, echándose mano al bolsillo, sacó un rollo de billetes de a cien, de los cuales entregó media docena a Morgan.

—Toma y arréglate. Y no olvides que yo deseo lealtad. Al que se desmanda, no nos limitamos a ponerlo de patas en la calle. Lo hacemos, pero llenándole de plomo la barriga. A obedecer y a entrenarse. Tienes condiciones, parece ser que tu mano izquierda es dura, y has de sacrificarte durante una temporada. Nada de mujeres ni de alcohol. Desde este instante, tú nos perteneces.

A partir de entonces, el inspector especial Ken Morgan, bajo el falso apellido de Carrigan, se entrenó a fondo y fué aprendiendo infinidad de recursos en el «*ring*». Durante más de quince días llevó una vida trabajosa, levantándose temprano por las mañanas, yéndose a los parques cercanos a correr, para hacer pulmones y piernas. Luego, el gimnasio, a comer, y después de una siesta, al gimnasio otra vez.

Su lentitud de movimientos le fué desapareciendo y en sus combates de entrenamiento con los «gorilas» aprendió muchas tretas, aparte de que no quedaba mal del todo. Joe, el tipo que nunca dejaba de sostener un cigarro habano entre los dientes, le aconsejaba y lo guardaba de la envidia de los otros, que veían en el «pueblerino» una firme promesa dentro del «*ring*».

En su afán de conocer a Nicky Kirk cuanto antes, Morgan no salía del gimnasio; a todas horas estaba allí, ejercitándose; pero Kirk nunca aparecía. En este tiempo se enteró, por conversaciones oídas a los demás púgiles, de la organización de la banda. En realidad, Kirk sostenía el gimnasio para mantener agrupados y en forma a gente esforzada y amante de la violencia, sin atraer la atención de la Policía. En alguna ocasión, Ken oyó frases parecidas a la siguiente: «Esta noche he de hacer un trabajillo con Burke. Es arriesgada la cosa, pero me ha prometido quinientos».

Por los periódicos, Ken sabía que la muerte de Sidney Parker seguía en el misterio e igualmente el asesinato de Ernestine Walker y la desaparición de su hija Peggy. Los diarios protestaban de la ineficacia de la Policía Metropolitana, pero ésta parecía ignorar tales críticas. Y Ken sí sabía ya quién era el asesino de Parker, porque éste había formado parte del cuadro de boxeadores del Great Gymnasium. El asesino era Karl, el púgil a quien él noqueó

por haberle gastado la broma de esconderle la ropa el día de su llegada al gimnasio. Lo había averiguado al oír una frase escapada a otro de los «gorilas». Morgan pensó que el castigo de Karl podía esperar, con tal de «cazar» antes al cerebro que mandó el asesinato.

Sin embargo, de los verdugos de la Walker y de su hija no había descubierto nada, ni él osó preguntar. Estaba seguro de que se hallaba en cuarentena, vigilado por todos hasta en sus menores movimientos, y, sin duda, Kirk ya habría pedido informes a la ciudad de Houston. Temiendo cometer un error, Ken no había comunicado en este período con sus hombres del
F. B. I.;
ni siquiera con Ross.

Al finalizar la tercera semana, un viernes, el voluminoso Joe le avisó que al día siguiente, por la noche, lo enfrentaría públicamente a un negro, peso pesado, en un combate «telonero».

—Y así te irás haciendo al público, Carrigan. Ya has aprendido los secretos del boxeo, y creo que resistirás cuatro «*rounds*» a buen tren. Pórtate valiente, porque Kirk vendrá; él nunca falta cuando hay velada los sábados.

Para disimular su gozo por la ansiada noticia, Morgan preguntó:

—¿Qué tal pega ese negro?

—No vale gran cosa, pero no te confíes. En su «club», el negro tiene buen cartel. Una cosa te recomiendo: no emplees marrullerías. Al «boss» le enfada sobre manera ver que sus hombres tienen que recurrir a los trucos. Por eso, ninguno de esta gente ha conseguido hacerse íntimo del jefe. Aquí donde me ves, bien situado como estoy, hecho un burgués, se lo debo al «boss», porque él nunca me vio emplear artimañas.

Y llegó la noche del sábado. La sala del Great Gymnasium comenzó a llenarse de invitados —gente de la mejor sociedad neoyorquina—, y Joe se desvivía de un lado para otro, atendiendo a todo. Con su rudeza, era el único que poseía alguna cualidad buena entre los secuaces de Kirk.

Faltaban cinco minutos para comenzar la velada y Ken ya estaba con los guantes puestos, atisbando la sala a través de la rendija de una puerta de los vestuarios. En primera fila quedaban sin ocupar cinco sillas. Observó que los espectadores situados detrás y a ambos flancos del hueco, tenían más aspecto de pistoleros que de «gente

bien», a pesar de sus elegantes trajes.

Tuvo que echarse a un lado, dejando paso al corpulento Joe, que le anunció, nervioso:

—¡Acaba de llegar el jefe!

La curiosidad de Morgan aumentó de grados. Vio entrar por la puerta principal a dos jóvenes, una rubia y morena la otra, y en medio, un hombre de elevada estatura, esbelto, con el cabello plateado, de rasgos firmes, acusados, que saludaba a izquierda y derecha con una sonrisa atractiva. Sus ademanes, al dialogar con Joe, eran correctos, medidos, no desentonando de la pulcritud de su vestimenta. ¡Sin lugar a dudas, aquel hombre era Nicky Kirk! Tres individuos de anchas espaldas y con la diestra sepultada en el bolsillo de la americana, seguían al grupo.

Ken Morgan reconoció lo equivocado de sus suposiciones: él se figuraba, no sabía la causa de tal creencia, que Kirk sería un asno cargado de oro. Y, en apariencia, podía confundírsele con cualquier miembro de la «élite» neoyorquina.

Se apagaron las luces de la sala, encendiéndose los dos focos que iluminaban intensa y únicamente el tablado del «*ring*».

La hora del combate había llegado, y Morgan sintió que el pulso se le aceleraba. Mentalmente, y en servicio de la justicia, rogó a Dios que le diese una poca suerte de la que John Brown le echaba en cara.

Siguiendo a Joe, recorrió el paso entre las sillas, y subió al «*ring*». Su saludo al público no fué correspondido; no sonó ni un aplauso. Nadie hacía caso de un desconocido «telonero». Se fué a su rincón.

Por el contrario, algunos silbidos[3] se oyeron cuando el contrincante de Morgan, un negro delgado y de cabeza pelada, levantó los brazos, cogidas sus manos. Aquello no empezaba bien del todo. Joe le animó por lo bajo, diciéndole:

—No hagas caso. Aquí no se viene a cosechar aplausos, sino a tender al otro a la lona. Cuenta conmigo, porque yo arbitraré.

Por vez primera, a Morgan le resultó simpático Joe.

Hechas las presentaciones de los púgiles, sonó el «gong», iniciándose el primer «*round*».

Empezaron amagándose, con ambos puños. El negro conectó una izquierda floja a la cara de Ken y éste envió un fuerte derechazo al

ágil negro, alcanzándolo en el cuello. El negro hurtó el cuerpo a una nueva acometida de su contrincante, y los dos continuaron bailando en el centro del cuadrilátero.

Todo el interés de Morgan radicaba en distraer al otro con su derecha, mientras tenía dispuesta su potente izquierda, para asestarle un golpe fulminante y definitivo, mas el otro mantenía su guardia cerrada.

Ken avanzaba, lanzando una serie de demoledores derechazos, que en su mayor parte se estrellaban inofensivamente contra los guantes del contrario. Y éste retrocedía hasta que, con un admirable juego de piernas, salvó el acorralamiento y logró alcanzar con un directo la cara de Morgan.

Entraron en un cuerpo a cuerpo agotador, en el que el negro parecía llevar la mejor parte. Se creció erróneamente, atacó, descuidando la guardia y aquello fué su perdición. La constante amenaza que suponía la izquierda de Morgan se abatió sobre su mandíbula, haciéndole rodar por la lona. Joe contó diez y todavía el negro seguía sin incorporarse.

Hubo murmullos y risas entre el público, sin dar gran importancia al triunfo de Morgan, por considerar de poca categoría un «match» en el que uno de los boxeadores había caído «K. O.» antes de terminar el primer «*round*». Estas manifestaciones pusieron rabioso al inspector del
F. B. I.,
que se contuvo para no retarlos, en un punible acto de soberbia.

—¡Bien, muchacho! —le animó el gigantesco Joe, que había disfrutado con el combate, pues él se consideraba también vencedor, como preparador que había sido—. ¡El jefe te ha mirado con interés! ¡En otra velada te daré mejor oportunidad!

Apeándose del «*ring*», Morgan, envuelto en la bata, se encaminó a la cabina de duchas. No era para estar ufano, mas tampoco había motivos de desilusión. Su triunfo fué rápido y definitivo.

Mientras se vestía apresuradamente, con ánimo de observar desde lejos a Nicky Kirk y a sus guardaespaldas, oía los gritos, silbidos y pataleo del público, que, pese a su educación, al formar una masa se convertía en «canaille», dando rienda suelta a sus pasiones.

Salía el inspector de los vestuarios, cuando vio a Joe y a Burke

conversando acaloradamente. Con disimulo, aprovechando que en el descanso siempre había alboroto en las cabinas, por la entrara de unos y otros, consiguió aproximarse a ellos. Una frase de Burke le hizo saber lo que ocurría:

—¿Qué quieres que yo le haga? El muy idiota se dejó cazar y lo ha pagado caro. Mandé que lo tiraran al río.

—Y ¿qué hago yo ahora, sin Karl? ¡Él estaba anunciado para el combate de fondo! Su contrario es un peso pesado de primera categoría, y ninguno de los nuestros querrá enfrentarse a él. La gente me importa un bledo, pero Kirk se va a poner hecho una fiera.

—Yo le hablaré y tendrá que comprenderlo —propuso Burke.

—Tú eres el responsable, por haberlo enviado justamente esta noche a un asunto de esa especie. Pero el caso es que el jefe me exigirá que busque un arreglo, ya le conoces. Quién pagará los vidrios rotos seré yo. ¡Vaya una maldita casualidad! El muy bestia ha ido a morirse cuando más falta me hacía.

—Puesto que los muchachos que están libres esta noche también andan por ahí, habla con ellos, a ver si convences a alguno. ¿Qué importa que el otro le sacuda? El caso es rellenar la velada —aconsejó Burke, también preocupado.

En aquel instante sonó el «gong», prólogo del tercer encuentro, y Karl estaba anunciado para el cuarto. Joe aprovechó la llamada para descargar la responsabilidad en Burke:

—Yo voy al «*ring*». Trata tú con ellos, a ver si convences a alguno. A ti te harán más caso.

En efecto, Burke comenzó por reunir a los «gorilas» que estaban libres aquella noche, y les expuso la situación, diciendo que Karl había sufrido un «accidente». La respuesta fueron evasivas, gestos hoscos y pretextos para no enfrentarse al rival de Karl, un gigante de origen alemán que nunca había sido vencido y tenía fama de ganar siempre por «knock-out».

—Sólo se trata de rellenar la velada —afirmaba Burke una y otra vez—. ¿Es que sois unos cobardes? En otras ocasiones os jugáis la pellica, ¿por qué aquí no?

—Una cosa es «dar un golpe», bien armados, y otra perder categoría en un combate desigual, que desde el principio se sabe perdido —manifestó uno de los púgiles.

—Os daré mil dólares —insistió el lugarteniente de Kirk—.

Aunque perdáis.

Entonces, arrastrado por una idea repentina, Ken Morgan se acercó al grupo, encarándose con Burke:

—Yo acepto esos mil dólares, con la condición de que si gano recibiré cinco mil.

La primera sorpresa de sus compañeros de gimnasio se trocó en burlas. Por anticipado le auguraban la derrota más estrepitosa. Burke también lo creía, pero su fin era que el cuarto encuentro se realizase. ¿Qué le importaba que el «pueblerino» perdiese o resultara medio muerto a fuerza de puñetazos?

—Hecho, Carrigan. Mil, pase lo que pase, y cinco mil más si ganas. ¡Ya puedes ir quitándote esa ropa!

Todos achacaron aquella decisión del «tejano» a su afán por ganar dinero; ninguno podía adivinar que su objetivo era deslumbrar, si le era posible, al inasequible «boss».

El ánimo de Joe se deprimió, al enterarse por Burke de que el suplente de Karl seria el novato Carrigan. El segundo y tercer encuentros habían sido ganados por los representantes del «club» rival. Era cierto que Carrigan ganó el primero, más su victoria no fué difícil, dada la poca categoría del negro.

Sin embargo, Joe agradeció el rasgo de valentía del «tejano», y lo anunció en alta voz, después de reclamar silencio:

—Señoras y caballeros: por falta de comparecencia del boxeador Karl, representante del Great Gymnasium, nos vemos obligados a sustituirlo por Carrigan, el valeroso ganador del primer encuentro. Esperamos de todos ustedes benevolencia y admiración para este luchador capaz de sostener dos combates en la misma velada.

Gritos de júbilo por parte del público, que se proponía divertirse en vez de emocionarse; y una conversación en tono quedo entre Kirk y su lugarteniente, explicándole éste seguramente cuánto había sucedido.

Burlándose, sin duda alguna, el público recibió con ensordecedores silbidos al supuesto Carrigan, aclamándolo como si ya fuese campeón. El único que se mantenía extremadamente serio en la sala, era el propio Nicky Kirk, a quien humillaban tales mofas a uno de sus hombres.

Los «reporters» gráficos, que en el primer encuentro no se habían molestado siquiera en tirar unas fotografías al desconocido

Carrigan, ahora asaltaron el «*ring*» y comenzaron a disparar sus cámaras sobre él.

Temiendo Morgan que al aparecer su retrato en los periódicos, alguien lo reconociese como inspector del
F. B. I.,
dijo a Joe en un aparte:

—Oye: me tienes que hacer un favor. Ya sabes que yo ando perseguido por la «bofia». Recuerda que no me sometí a las reglas de la libertad condicional. Si alguien me identifica como Blackfield, estoy perdido. Es necesario romper cuantas placas me están tirando.

—¡Eso es imposible! ¿Quién es capaz de meterse con la Prensa? ¡Ni pensarlo!

—Entonces, no cuentes conmigo —y Morgan levantó una pierna para saltar abajo, por encima de las cuerdas.

—¡No me pierdas, Carrigan! Espera, hombre. Llamaré a Burke.

Desde el «*ring*», aguantando las muestras de impaciencia del público, junto al gigantesco alemán con el que se enfrentaría, el inspector observó la maniobra de Burke. Le vio acercarse a Nicky, y hablarle al oído. El jefe escuchaba con gesto grave, y luego le vio mover los labios durante escaso tiempo. Morgan temió que hubiese dado una negativa, porque entonces se hallaría ante un dilema.

Burke regresó y le dijo en tono quedo:

—Nicky te promete que esa gente no saldrá de aquí esta noche, con una fotografía tuya. Me ha dado orden de que prepare a unos cuantos muchachos y les rompan las máquinas sin causar alboroto, en cuanto salgan de aquí o se descuiden un instante.

—¿Me puedo fiar de esa palabra?

Los ladinos ojos de Burke relampaguearon, al aseverar:

—Si algo bueno tiene el «boss», es que siempre cumple su palabra, y ahora la ha dado.

—¡«Okay»!

Al escuchar esta exclamación, Joe se preparó a dar comienzo al combate, y hasta tuvo la «bondad» de aconsejar a Morgan:

—Acude al cuerpo a cuerpo: sus brazos son muy largos. Las cejas las tiene muy «blandas».

Y el primer «*round*» comenzó, enfrentándose los dos luchadores. Empezaron tanteándose con ambas manos. El alemán sonreía satisfecho y solamente la ética deportiva le prohibía mofarse

verbalmente de su contrincante. Su seriedad se inició al comprobar que su puño no encontraba el cuerpo del enemigo, pues Morgan prefería el estilo escurridizo, justamente aprendido durante su entrenamiento en el gimnasio.

El alemán falló un «jab» de izquierda, y por el contrario, recibió un zurdazo en el ojo del mismo lado. Una derecha se clavó en el estómago del falso Carrigan, quien volvió a entrar de izquierda al ojo de su rival.

La pelea iba arreciando, y el público empezaba a interesarse por el resultado, al ver que el suplente sabía manejar los brazos y las piernas.

El alemán conectó un derechazo a la cara de Morgan, que replicó con un «jab» de izquierda al ojo ya castigado y seguidamente lo lanzó contra las cuerdas aplicándole una serie al cuerpo; pero valientemente, el otro, demostrando una resistencia de roca, contraatacó, consiguiendo hacer retroceder a Morgan, que encajó malamente un gancho a la mandíbula, sintiendo un aturdimiento peligroso.

Braceó desconcertadamente y su contrario aprovechó el desfallecimiento para largarle un «up-per-cut», fallando por suerte gracias a un movimiento esquivo de Morgan, que buscaba en la retirada unos instantes de respiro. Al alejarse, logró machacar de nuevo el ojo izquierdo del otro. Éste, acusando los dolorosos efectos, pareció enfurecerse y valiéndose de su gran envergadura, descargó un chaparrón de puñetazos sobre Morgan.

Del apuro salió el del

F. B. I.,

con una sacudida voluntaria de espaldas en las cuerdas y pasando como una exhalación junto al otro. Daba la impresión del perro y el gato persiguiéndose.

Reuniendo fuerzas, y dispuesto a caer con honor, Morgan entró en «clinch», llevando ventaja, hasta que la campana del «gong» anunció el final del primer «*round*».

Aunque los jueces dieron al alemán como ganador del asalto, el público aclamó a Morgan al sentarse en su rincón. Las simpatías se habían volcado hacia él, sentimiento gregario muy general en semejantes espectáculos; lo consideraban de menor valía, y simpatizaban con su debilidad.

Quedó sorprendido el joven, al acercársele Burke y oírle decir:

—Me envía Nicky para prometerte diez mil dólares si ganas este «match».

Filosóficamente, el inspector se encogió de hombros, respondiendo:

—¡Bueno! Dile que haré cuanto pueda, si ese bárbaro me deja con vida.

Finalizó el descanso, y se dio principio al segundo «*round*».

El alemán se acercó sonriente, con aires de superioridad y golpeó con la izquierda un guante de Morgan, para seguidamente tirarle un gancho a la mandíbula con la otra mano, que falló por menos de media pulgada. El joven sintió la corriente de aire y tuvo hasta su parte de miedo. Un golpe así y las vértebras cervicales se le harían astillas, al rebotarle la nuca en el cuello.

Nuevamente se amagaron, buscando su punto flaco, y el alemán empezó a tirarle demoledores «*swings*» que por fortuna no alcanzaban al del

F. B. I.,

por seguir manteniendo su ágil juego de piernas, causando admiración en los espectadores, que comprendían su táctica, la única razonable.

Arteramente, desesperado, el alemán dio un salto y se le echó encima, como si en vez de boxeo se tratase de lucha libre. El cuerpo a cuerpo se impuso, pero en este terreno también Morgan lograba defenderse. Su resistencia y acometividad, ambas actitudes, debieron ofuscar a su rival, que, suciamente, aprovechó estar tan juntos para incrustarle un golpe bajo.

Morgan creyó que la lona se levantaba para recibir su cuerpo, tal fué su desfallecimiento. No quería arrodillarse, pero no le quedó otro remedio, pues el dolor le aflojaba los músculos de las piernas. Rodó por el cuadrilátero, aunque sin perder el conocimiento, mientras su contrincante permanecía en postura agresiva, esperando a que se levantase un poco, con el fin de darle el puñetazo de gracia.

Joe, en sus funciones de árbitros, se dispuso a descalificarlo por golpe bajo, y el público comenzó a patalear estruendosamente, tomando partido por el derribado.

No queriendo perder de tal manera, con un esfuerzo

sobrehumano, Morgan se arrastró hasta el rincón, en cuclillas, gritando a Joe:

—¡No lo descalifiques! ¡No! ¡A ése lo mato yo!

En realidad, ni él mismo sabía lo que decía, dado su estado de atontamiento, pero impidió que Joe solicitase la descalificación del alemán.

Agarrándose a las cuerdas, aspirando el aire a bocanadas, el del F. B. I.,
se recobró en parte y volvió hacia el centro del «*ring*». El otro, engreído, se lanzó en tromba, a arrollarlo de una vez. Esquivándolo, moviéndose de acá para allá, bailando sobre la lona, hurtando la cabeza a los guantes, contrarios, Morgan pudo rehacerse, y, entonces, un brillo diamantino, el mismo que conocían sus agentes especiales cuando tuvieron que atacar a los forajidos a sangre y a fuego, reflejaban sus pupilas.

De una zancada adelante, se acercó al alemán, y con un derechazo le castigó la tetilla izquierda, lanzándole luego un zurdazo al amoratado ojo. Este último, turbia su visión, falló un «upper-cut», y a continuación tuvo que retroceder bajo el aluvión de golpes que le caía en cabeza y cuello en
«uno-dos»
incontables. Aturdido, el alemán retrocedía, cubriéndose de mala forma, no sabiendo si resguardar la cara o el estómago.

Estaba en pie, pero las cuerdas eran su apoyo. Y entonces, la izquierda, la potente y destructora izquierda de Ken Morgan, entró en acción, y el puño pareció arrancar crujidos del mentón del alemán. Cayó éste al suelo, de bruces, jadeando como una locomotora subiendo una pendiente.

El público silbaba, atronando los oídos: tan grande era su entusiasmo. Joe comenzó a contar a grito pelado, levantando simultáneamente el brazo derecho:

—¡Uno…, dos…, tres…, cuatro…, cinco!…

El alemán, hombre de una resistencia de hierro, empezó a levantarse lentamente, consiguiendo hacerlo sobre una rodilla, mientras su cabeza colgaba desmadejada, como si tuviera roto el cuello.

—¡Seis…, siete…, ocho…, nueve!… —El alemán hizo un esfuerzo último, perdió el equilibrio y se desplomó hacia atrás,

quedándose inmóvil, y Joe vociferó triunfalmente—: ¡Diez! ¡«Out»!

El entusiasmo era irrefrenable. Burke saltó al «*ring*» y abrazó a Morgan, que sintió repugnancia por su contacto, no olvidando que era un criminal.

La sala pareció venirse abajo, al levantar Joe el brazo del vencedor. Y este último observó que Kirk aplaudía a rabiar, como asimismo sus dos acompañantes femeninos. Mentalmente, dio gracias a Dios por la «suerte» que había tenido. Estaba cumplida la otra etapa de la carrera que le llevaría a la victoria verdadera o a la muerte.

Un cuarto de hora más tarde, acabándose de duchar, asomó la cabeza de Burke, notificándole gozoso:

—De parte del jefe, mañana domingo te espera en su casa, a las siete. Has de ir con traje de etiqueta. Seguramente será para pagarte los diez grandes. Yo iré a recogerte a tu pensión, con un coche, hacia las seis y media. Está preparado.

—De acuerdo —manifestó Morgan, frotándose con la toalla—. Pero esos diez no tienen nada que ver con tus seis.

—¿Qué estás diciendo, muchacho?

—Que lo del jefe es distinto de lo tuyo. Eran mil si me metía en el fregado y cinco mil más si ganaba. ¡Prepara los seis!

—Lo del jefe es… —arguyó Burke, irritado.

Pero sabiéndose irrebatible por todo lo sucedido, Morgan le cortó la frase, insistiendo:

—Me prometiste seis con tal de salvar tu responsabilidad ante el jefe. La has salvado, luego paga. Si no, tendré que contárselo a él, y ya veremos lo que determina…

—Bueno, bueno; no te vayas a montar demasiado. El lunes mismo te los daré. Hay que esperar a que abran los Bancos.

—El lunes te espero con la «pasta», Burke. No lo olvides.

Aquel dinero maldito, Morgan no lo quería para él. Es que se acordaba de la viuda del policía asesinado en el apartamento de Ernestine Walker…

NIÑO:

¿SABES QUIEN ES **BILL BOY?**

BILL BOY es hijo de un «gangster» protegido de un valeroso Agente Especial del **F. B. I.**

BILL BOY es un muchacho valiente, ejemplo de la juventud.

Conócelo en

AVENTURAS DEL F. B. I.

V

EN LA GUARIDA DEL «LOBO»

NDUDABLEMENTE, palacio era, y de leyenda oriental, la mansión que «míster» Nicholas Kirk poseía en Hunts Point, a orillas del East River.

Esparcían un resplandor multicolor las bombillas ocultas en la enramada del bien cuidado jardín, y deslumbraban las artísticas arañas de cristal y bronce, de los fastuosos salones donde sólo existían mármoles, dorados, cristal, tapices y brocados, dispuesto con el gusto de un sibarita en el arte de la decoración.

Burke acompañaba al supuesto Carrigan, y el primero llevó a Morgan a presencia de Kirk, en el saludo protocolario a los dueños

de la casa, dueños porque a su lado, en actitud de reina de esplendorosa belleza, la joven rubia recibía a los invitados a la cena.

—Aquí tiene usted al héroe del día, señor Kirk —manifestó su lugarteniente, halagador.

Morgan estrechó una mano dura, no ablandada por la vida de disipación. Fué un apretón firme, de hombres viriles. Y, no obstante, el aspecto general del «boss» no era de hombre musculoso ni dedicado a los deportes rudos. Delgado, de buena contextura, su cuerpo no revelaba bajo el «*smoking*» una exageración de hombros. El cabello plateado y el bigote entrecano, le conferían algo muy atractivo para las mujeres, porque su cutis era terso, y sus ojos azules, de un azul marino, irradiaban una especie de franqueza que estaba muy lejos de corresponder al alma de su dueño. Al sonreír, una doble hilera de dientes largos y blancos, lobunos, junto con la afilada nariz, constituían los únicos índices del hombre de presa.

Sonaba metálicamente su voz al saludar:

—No puede imaginarse la satisfacción que experimenté anoche por su victoria, señor Carrigan. Ya hablaremos de ello más despacio, después de la cena, y también de mi deuda. Una promesa se cumplió totalmente: ya habrá visto que ningún periódico ha traído esta mañana su fotografía. Y ahora, permítame que le presente a la señorita Lyason, prometida mía —y como en aquel instante se acercase la otra joven de tez morena que le acompañase también en el «Great Gymnasium», la presentó—: Mi sobrina Gladys.

—Estuvo usted maravilloso —alabó entusiasta la joven rubia, cuyo vestido, ampliamente escotado y adornado con una hilera de perlas sí que podía calificarse de maravilloso.

—Gracias, señorita Lyason.

La sobrina de Kirk, la joven Gladys, ojos negros como la noche, se limitó a sonreír al estrechar la mano del púgil. La llegada de nuevos invitados obligó a Ken y a Burke a alejarse de los anfitriones y penetrar en los salones donde se charlaba, bailaba, bebía y jugaba a las cartas.

Reinaba una exagerada alegría, y las mujeres especialmente dedicaron miradas admirativas al desconocido y apuesto ganador de los dos encuentros de boxeo. Observó en seguida Morgan, mientras tomaba un

«cock-tail»

en compañía de Burke, que su subordinado Ross no había justipreciado la alcurnia social de las amistades de Nicky Kirk. Por lo que veía, abundaban más los bohemios, pintores y escritores que gente inscrita en el «Who is who?» norteamericano.

Llegó la hora de la cena, y el propio Kirk señaló a Morgan un asiento junto a su sobrina Gladys. La joven se mostró atenta, amable, mas no se borraba de sus rojos labios una curva de desdén, una mueca que mortificaba al inspector del
F. B. I.
Cuando la mayor parte de las mujeres allí presentes, hasta la misma prometida del «boss», le dirigían la palabra y lo contemplaban descaradamente, Gladys sonreía en el grado justo que marcan las reglas de urbanidad, pero nada más.

Terminó la cena, y se distribuyeron los invitados por los distintos y suntuosos salones, cuyas mesas ya estaban abarrotadas de licores, de copas y de cubos de hielo, y algunas parejas comenzaron a bailar a los sones de un quinteto escogido.

Morgan acompañó a Gladys, con tal de no quedarse solo, hasta que recibiese la llamada del jefe. Había comprobado que Gladys poseía una belleza de esas que no deslumbran a primera vista, sino que es necesario examinarla en sus detalles, habituarse al conjunto, estudiarlo, para «saborearlo con la vista» en su justo valor.

—¿Vive siempre aquí, con su tío? —le preguntó por hablar de algo, pues ella no le daba pie para iniciar una conversación prolongada.

—Sí y no. Llevo aquí tres meses. Desde hace dos años, que murió mi madre, hermana de tío Nicky, paso unas temporadas aquí y otras en Chicago, donde tengo casa propia.

—¡Ah! Se divertirá mucho, ¿no? Con tantas fiestas y reuniones…

—Yo necesito bien poco para divertirme, créame. A veces preferiría no asistir a tantas reuniones, para no tener que rozarme con cierta gente…

Morgan sabía que la «indirecta» era «directa», e, inexplicablemente, se sintió herido en su amor propio. Tuvo deseos de dar una azotaina a aquella joven presumida, de escasa experiencia mundana, que ya deliraba por «rozarse» sólo con la casta más empingorotada de los Estados Unidos.

Tal ofensa, así lo consideró él, le acicateó para intentar en el

futuro la conquista de tan frívola muchacha. Pero, de súbito, una idea penetró en su cerebro. «¿No se referirá a la gente de dudosa reputación que forzosamente tendrá contacto con Kirk?», pensó, cambiando de opinión a partir de aquel instante.

Pensó también que ella le creía un profesional del «*ring*», hombre de sentimientos primitivos, dedicado por entero al cultivo de los músculos y olvidado de «flexibilizar la masa gris». ¿Conocería ella las actividades criminales de su tío?

Estas interrogantes quedaron en el aire, se disiparon de momento, al aproximarse Burke y notificarle, con una sonrisa de disculpa a Gladys:

—Señor Carrigan, el señor Kirk está en su despacho. Le espera allí, si no es motivo de disgusto para la señorita.

Ella se apresuró a negarlo y se apartó de ellos con una sonrisa estereotipada en sus jugosos labios y una inclinación de cabeza.

Kirk esperaba a Morgan en su despacho, una estancia amplia, con tres huecos, ahora cerrados por las contraventanas, y en una mesita central varias botellas esperaban a que su contenido fuese vertido en las ventrudas copas de fino cristal.

—Pase, Carrigan —invitó el «boss», sentado en el sofá de un tresillo, con una pierna cruzada sobre la otra, y sosteniendo un «Pall Mall» humeante entre los dedos de la mano izquierda—. Echa el pestillo a la puerta, para que nadie nos moleste, Burke. ¿«Cognac»? ¿Cigarrillos? Sírvase lo que quiera y siéntese.

Su voz ya no era amable, sino que arrastraba un tono de mando, de patrón. Morgan obedeció, esperando con impaciencia la proposición que tuviera a bien hacerle.

—En cuanto llegó a mi conocimiento que usted había entrado en el gimnasio, realicé las informaciones de siempre, Carrigan, y escribí a un conocido mío en Houston. Su verdadero nombre es Peter Blackfield, pero comprendo que no le guste usarlo.

Su sonrisa irónica convenció al inspector de que no se había descubierto la suplantación. Kirk continuaba hablando:

—Usted es un magnífico boxeador, llegará lejos, de esto no cabe duda. Sin embargo, me gustaría saber si ha pensado en el fin que aguarda siempre a los boxeadores, famosos o no.

—¿El final? No, no lo he pensado —manifestó Morgan, siguiéndole el juego—. Mi única preocupación actual es ver dónde

puedo ganar unos dólares para poder comer decentemente. Mañana…, mañana, ya veremos.

—El mañana está más cerca de lo que solemos creer, Carrigan —afirmó gravemente el «boss»—. No le conozco lo suficiente y carezco de elementos de juicio suficientes. Pero su cara, su forma de llevar el «*smoking*» y su osadía al realizar lo de ayer, le avalan a mis ojos, a primera viste, y le concedo inteligencia…

—Muchas gracias —le interrumpió el inspector, burlón, encontrando seguro el terreno que pisaba.

El jefe no pareció advertir la ironía, pues prosiguió diciendo:

—¿Por qué quiere usted ser boxeador?

—Para ganar dinero rápidamente, lo más rápido que esté a mi alcance. La vida es un soplo y hay que sacarle jugo mientras nos quede aire en los pulmones.

—¿Cree usted que va a conseguirlo pronto y en cantidad, dejándose aplastar las narices contra las cuerdas del «*ring*»? ¡Poco dice eso en su favor!

—He oído hablar de boxeadores que han ganado el dinero a montones.

—Si tiene curiosidad por comprobarlo, haga una lista de los campeones mundiales de boxeo, y saque el porcentaje de los que murieron millonarios. Obtendría una cifra tan baja, que rayaría en cero. Cuando los veo a ustedes, jóvenes con ganas de alcanzar el éxito, lamento no vivir por segunda vez, con el fin de ganar más dinero y a edad más temprana. Según me han contado, el día que usted entró en el gimnasio no había comido. ¿Qué estaría usted dispuesto a hacer, con el fin de que esa amenaza se disipase para siempre?

—¿Hacer? ¡Boxear! No sé otra cosa, excepto arrastrar bultos o algo parecido. Lo poco que sé es de haber leído mucho. Tengo experiencia, eso sí; también vale algo la experiencia, ¿no?

—¡Boxear! —repitió Kirk desdeñoso—. ¿Boxeando iba usted a poder dar, el día de mañana, una reunión como la mía de esta noche?

Morgan sabía ya adonde conducirían aquellos rodeos del «boss», pero no quería ayudarle, a fin de obligarle a decirlo claramente y tener una prueba más en su contra.

—No, creo que no; lo de usted es de sueño, señor Kirk. Pero me

imagino que usted no ha ganado todo esto en el «*ring*», ¿verdad?

El jefe y su lugarteniente se echaron a reír, muy divertidos, a causa de la ingenuidad pueblerina del tejano.

—Yo empecé como usted, Carrigan. Vi en seguida que un camino así no me llevaría a buen puerto, y lo abandoné. Hay ciertos negocios que producen cuantiosos beneficios. Y no crea que se necesita entender de algo difícil; es cuestión, simplemente, de tener valor y desear riquezas. Usted ha demostrado un valor excepcional, y también una ambición descomunal. Anoche, si usted se metió a luchar contra aquel energúmeno, lo hizo por dinero, ¿no?

—¿Por qué iba a ser? Ahora que habla usted de dinero, recuerde que por mediación de Burke me prometió usted diez mil dólares si ganaba.

—Aquí están —dijo Kirk, sacando una cartera repleta de billetes grandes, y entregó varios a Ken—. Yo siempre cumplo mis promesas, sean buenas o malas. ¿Qué haría usted por dinero?

—¡Todo! —afirmó Morgan, tajante, mintiendo.

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro del «boss».

—Me alegra oírle hablar así, porque llegaremos a un entendimiento. Sepa, amigo Carrigan, que yo, con dinero, tengo como aliados a políticos influyentes y a altos jefes de la Policía; con el dinero, todo lo puedo, hago cuanto se le antoja a mi voluntad.

—¿Que tiene usted relaciones con la Policía? —interrogó Ken, fingiendo asombro, en su afán de disimular una sorpresa de distinto cariz.

—Sí. Bastaría una denuncia anónima, con pruebas, para destituir a gente de categoría, igual que el día de mañana, si usted se desviase del camino trazado, podría meterlo en la cárcel o devolverlo al sitio de donde le saqué: al arroyo, muerto de hambre —y como viese el gesto de aflicción del falso Carrigan, cambió de tono, suavizándolo—: Claro está, si usted se me desmandase. ¿Necesito explicarme más?

—No, señor Kirk; he comprendido. Dígame qué debo hacer.

—Para empezar, mañana mismo realizará usted una comisión, que, por ser la primera, no ofrecerá muchas dificultades. Mañana, hacia las once, Burke le dará instrucciones, en la pensión de usted. Espérelo. Y cúmplalas a raja tabla. ¿Sabe usted manejar armas de fuego? ¿Ha tirado alguna vez con pistola?

—Un poco, en el Ejército.

—Bien; si mañana sale usted aprobado, Burke se encargará de darle unas sesiones de tiro. Él es un as con el revólver.

Y Nicholas Kirk se puso en pie, dando por terminada la entrevista. Los tres hombres salieron del despacho y se separaron al entrar en los salones, donde los invitados continuaban divirtiéndose con arreglo a sus distintas aficiones.

Deambulando de un lado para otro, registrando en su memoria los rostros de aquella gente, Ken se tropezó de manos a boca con la señorita Lyason, la prometida de Kirk. Estaba la joven realmente fascinadora, con su belleza exótica y el vestido de líneas atrevidas. Ella le sonrió, empleando una sonrisa cautivadora que inquietó al inspector, a la vez que sentía su influencia perversa, un algo indefinible, pero que le producía malestar sin saber por qué.

—¿Tendría la gentileza de invitarme a bailar, señor Carrigan? —se ofreció ella misma, coqueta.

—A su disposición, señorita Lyason —repuso él, secamente, que no quería flirtear en ningún grado con la mujer que pertenecía al «boss», a fin de evitarse consecuencias desagradables. Ya le había referido Burke, que Nicky era muy celoso.

Pasaron al salón, donde varias parejas bailaban al son de la orquesta. Danzaba la joven con suma ligereza, y tampoco lo hacía mal el inspector del F. B. L, que, con su potente brazo derecho abarcaba por completo la estrecha cintura de la turbadora joven. Ella le acercaba el delicioso rostro, quemándole los labios con el aliento, embaucándolo con sus miradas hechiceras y diciéndole, en un susurro estremecedor:

—¡Qué fuerte es usted! ¡De buena gana, a no ser que por evitar un disgusto con Nicky, hubiese subido al «*ring*» a besarle! ¿Me permite que lo haga ahora?

—¿No tiene bastante con su prometido, señorita Lyason?

Ella pareció no recoger el tono cáustico de la frase dicha por Morgan, pues le reconvino, poniéndole un dedo en el mentón:

—No me llame señorita Lyason; eso suena demasiado serio, y nosotros seremos buenos amigos, ¿verdad? Llámeme Myrna, simplemente, Myrna, como los íntimos.

El inspector descubrió que Kirk estaba observándolos desde una de las puertas, con mirada fiera. Maniobró hábilmente, sin perder el

ritmo y condujo a su pareja hasta la proximidad del «boss», y entonces se separó de ella, diciendo a Kirk:

—Le cedo a su prometida, y si me lo permite, acompañaré a su sobrina.

El «boss», envanecido, se limitó a dar su aquiescencia con un encogimiento de hombros.

Morgan buscó a Gladys, la recatada morena, hasta hallarla aislada en un rincón, sentada en un diván, con los párpados entornados, como si estuviera soñando. Tomó asiento a su lado y pronto conversaron amigablemente. Le gustaba Gladys a Morgan; la muchacha parecía muy distinta de la misma Myrna, y el joven adivinaba, y lamentaba de antemano, el drama que se produciría en cuanto ella descubriese la doble personalidad de su tío. Se propuso conseguir su amistad, por lo menos, para ampararla en el momento oportuno.

Contemplando su tez morena y sus rasgados ojos, de miradas dulces, pasó a placer el resto de la velada.

A las once de la mañana del día siguiente, el enteco y zorruno Burke llamaba fuertemente a la puerta de su habitación en la residencia. El lugarteniente de Kirk colocó sobre la colcha un paquete de reducidas proporciones, envuelto en grueso papel, encerado, con sellos de lacre en sus bordes.

—Aquí tienes el encargo, Carrigan. Habrás de llevarlo ahora mismo, en un «taxi» a Jones Beach un bar titulado El Pescador. Allí preguntarás por Castle, y le entregarás el paquete. Kirk me ha recomendado te advierta que, bajo ningún concepto, se te ocurra ceder a la tentación de abrirlo. Tu única misión consiste en llevarle entregarlo, exigir un recibo que ya estará preparado y venir a dármelo a mí, al gimnasio. ¿Entendido?

Morcar, movió la cabeza negativamente. Bien tenía el presente que, dada su calidad de forastero sería un error afirmar que conocía el emplazamiento de la playa de Jones Beach, lugar, por cierto, de su completo conocimiento.

—Entendido, pero Jones Beach, ¿por dónde cae?

—Por el puente Manhattan pasas a Brooklyn, te metes por Flatbush Avenue y… ¡Bueno! ¿Para qué estas explicaciones? Tú dile al «taxista» que te lleve a Jones Beach, te apeas y luego pregúntale a alguien por El Pescador. Despide al «taxista» antes de pasar, ¿eh?

Una vez hecho el asunto, no será difícil encontrar por allá otro coche de alquiler. A propósito: ¿tienes algún arma de fuego?

—No, ni falta que me hace. Con mis puños… —Manifestó Ken, simulando una estupidez supina.

—Tus puños, ¿eh? —repitió Burke, sonriendo sus astutos ojos—. ¿De qué te servirán, si alguien te hace así?

Y uniendo la acción a la palabra, el insignificante hombrecillo desenfundó de la sobaquera, a velocidad de vértigo, un revólver de cachas nacaradas. Morgan reconoció en su interior, que el lugarteniente de Kirk era un «sacado» de primera clase; de ahí su influencia en la banda y el respeto que le tenían los «gorilas» del gimnasio.

—¡Cuidado, no me apuntes!

—No te preocupes, Carrigan —le aconsejó Burke, hinchado de orgullo como un pavo real, guardándose de nuevo el arma—. A mí no se me va el dedo sin querer, pero si quiero… Bueno; toma esta otra pistola, por si te encontrases en un apuro. Úsala solamente en última instancia. Guárdatela. Con apretar el gatillo, ella se encargará de barrerte los obstáculos. ¿Comprendido todo, Carrigan? Pues, entonces, hasta tu visita al gimnasio. No tardes, ¿eh? Vístete en seguida y arreando; es urgente. ¡Y cumple las instrucciones punto por punto!

Un cuarto de hora más tarde, Ken salía de la residencia donde se hospedaba, llevando el paquete en un bolsillo de su amplia gabardina gris. No se había detenido a curiosear el contenido, porque observó, con mirada de perito, la dificultad de despegar los sellos de lacre sin romperlos. Y su experimentada sagacidad le avisaba de que seguramente, Burke habría puesto tras sus huellas, vigilándolo, a alguno de su confianza.

En efecto, subido en un «taxi», y después de haberle ordenado que lo llevase a Jones Beach, al principio de trayecto descubrió, a través de la ventanilla posterior, que un «Cadillac» de color azul no se despegaba del coche de alquiler más de diez yardas.

Como su intención era hacer una escapada a los laboratorios del F. B. I.,
en Nueva York[4], se preparó y, al doblar una esquina, cuando el vehículo disminuía de velocidad, tiró al «baquet» un billete de diez dólares, diciendo al conductor:

—¡Siga usted a toda marcha hasta el próximo aparcamiento!

Y, abriendo la portezuela, se apeó de un salto y cayó con las piernas en flexión, amortiguando el choque. Importándole un comino la curiosidad de algunos transeúntes, anduvo a grandes zancadas hasta llegar a la acera y penetrar en una farmacia-droguería-bar. Por la luna del escaparate vio pasar veloz al «Cadillac» azul.

Y al momento, él salió a la calle, y en otro «taxi», se hizo conducir a su despacho, en el gran y severo edificio de la Center Street, el mismo que alberga a la Jefatura Central de la Policía Metropolitana de Nueva York.

Subió en el rápido ascensor al piso ocupado por la Sección del «Federal Bureau of Investigation», asombrando con tan repentina llegada a sus subordinados. El joven agente especial Boss, su secretario, le recibió con expresivas muestras de júbilo. Sin pérdida de tiempo, Morgan, a la vez que tomaba asiento tras su mesa de despacho, le ordenó:

—Toma este paquete, ábrelo con cuidado; a ver lo que contiene. Adopta precauciones; hay que dejarlo igual. Date prisa. Primero tráeme a la firma cuanto haya pendiente de estos días.

Mientras se hallaba examinando la correspondencia y los informes recibidos durante su ausencia, le sorprendió la visita de su amigo John Brown, el cual entró, sonriendo afectuosamente, como si hubiese olvidado sus disputas y ofensas anteriores.

—¡Hola, Ken; el policía de guardia me ha dicho que habías entrado y he subido a saludarte! ¿Qué es de tu vida? ¿Dónde has estado metido todo este tiempo?

Sabedor del recelo de Brown y su deformado concepto de la rivalidad, no quiso referirle la verdad. Mintió:

—En Nueva Jersey. Recibí órdenes de Washington de trasladarme allí, a esclarecer un asunto concerniente a falsificación de moneda. Nada de interés, y bastante engorroso. Y tú, ¿qué has aclarado del asunto Parker? ¿Habéis encontrado a la hija de la señora Walker?

—No, chico; reconozco que ha sido un verdadero fracaso, pero tampoco es para desesperarnos. Después de los dos asesinatos aquéllos y del rapto, se han amontonado otros, y nos faltan detectives. Ya sabes que si te echan algún día del

F. B. I.,
tienes un puesto como detective a mis órdenes.

De nuevo Brown le fastidiaba con sus bromas de mal gusto. Poniendo un gesto avinagrado, lo despidió:

—No lo olvidaré, John. Por ahora te agradecería que me dejases solo. Tengo mucho trabajo atrasado y he de despacharlo. Luego te veré, si dispongo de tiempo. ¡Adiós!

Al salir Brown del despacho entró Ross por la otra puerta, con muestras de excitación, llevando el paquete en la mano, exactamente igual, al parecer que se lo había llevado.

—¡Contiene una bomba, Morgan! Se me ha ocurrido, antes de intentar abrirlo, ponerlo a los rayos X, y en la pantalla aparece una bomba lo bastante potente para enviar al infierno a quien lo abra. Por los cables se deduce que, con abrir la tapa de madera, se produce el contacto.

El inspector especial del F B. I., permaneció unos segundos pensativo. Era indudable que Nicky Kirk había querido probarle de una manera definitiva. Si el supuesto Carrigan se portaba bien y dominaba su curiosidad, salvaría la vida; más si pretendía contravenir las órdenes recibidas, la explosión de la bomba lo desharía, y nadie podría descubrir nunca la verdad de lo ocurrido, ni encontrarse al culpable.

—¡Trae eso! Sin abrirlo, no hay peligro. Me marcho de nuevo, ahora mismo. Permanece aquí noche y día, Ross, por si te pidiese ayuda. En otra ocasión te contaré cómo va la investigación. Mucha prudencia, ¿eh?

A toda prisa descendió a la calle, y en un «taxis», se hizo llevar hacia Jones Beach. En Brooklyn, siguiendo a lo largo de la Fourth Avenue, alcanzaron Shore Parkway, la hermosa avenida de circunvalación, por la misma costa; un panorama encantador ofrecía el Océano con su agua azulada, de vaporosa espuma, y la cinta de la carretera entrelazada con otras, contorneando la ribera, animada de ensenadas y estanques o cruzando colinas rocosas.

Pronto se ofreció a la vista de Morgan el paraje delicioso que es Jones Beach, con sus playas limpias y recogidas, los campos de juego, los edificios de alegres coloridos y formas caprichosas, los jardines situados estratégicamente y los parques para automóviles.

Siguiendo al pie de la letra las instrucciones recibidas de Burke,

se apeó y despidió al «taxista». Unos chiquillos que jugaban con la arena, pese a que el día no era agradable, le informaron del lugar donde estaba emplazado el bar El Pescador.

Esta leyenda tenía pintada el rótulo de un «chalet» de dos pisos, aislado en un promontorio. A su interior pasó Morgan. Preguntó por Castle al hombre del largo mostrador; no había nadie más.

—Yo soy. ¿Qué desea?

—De parte de un amigo, que ya le habrá avisado de mi visita, le traigo este paquete. Ha de darme usted un recibo.

Castle, tipo obeso y de boca desdentada, asintió con un movimiento de cabeza, miró a un lado y a otro, a la puerta y a la ventana, recelando que alguien se hubiese acercado, y, por último, con mucho misterio, invitó a Morgan:

—Acompáñame a esta otra habitación.

Morgan no soltó el paquete a la primera petición, sino que exigía el recibo. Castle, gruñendo, del cajón de una mesita, sacó un papel escrito. Morgan pudo descubrir el brillo de un revólver sobre unos cuadernos.

Efectuaban el toma y daca, cuando una voz sonora, imperiosa, tronó a sus espaldas:

—¡Quietos los dos! ¡Arriba las manos y mucho cuidado con resistirse a la ley! ¡Os hemos cogido con las manos en la masa!

Morgan volvió la cabeza. Dos individuos, con ligeros abrigos y sombreros flexibles, los encañonaban, a él y a Castle, empuñando sendos revólveres.

—¡Esto es un atropello, sargento
O'Connor!
¿Qué tiene ahora contra mí? —preguntó el «barman».

—Levanten los brazos y no hablen —ordenó el aludido, el más alto de los recién llegados—. Os llevaremos a la Comisaría. Hace tiempo que te tengo echado el ojo, Castle, y al fin te he cazado. De ésta no te escaparás con menos de cinco años de presidio, por traficar con estupefacientes. Ese paquete será la prueba, si no me equivoco.

El asombro de Morgan llegó al máximum. Le preocupaba el error que los detectives iban a cometer: la bomba estallaría al deshacer el paquete. Tampoco podía advertirles nada delante de Castle, pues sus planes se vendrían abajo. Era cuestión de

conciencia. Además, pensaba en las burlas que le prodigaría Brown cuando se enterase de que había sido detenido en calidad de vendedor de drogas.

De pronto, el instinto le avisó de que allí ocurría algo raro. Estuvo más seguro cuando uno de ellos se le aproximó, a registrarlo, en busca de armas. Lo observó de cerca: aquel rostro lo había visto él en alguna parte, y no recordaba dónde exactamente. Se dejó arrebatar la pistola que le había entregado Burke.

—A ti, el Jurado te aumentará la pena, porque seguramente ni tienes licencia de armas. ¡Mal asunto! —comentó el sargento, y a Castle, que gimoteaba, asustado, le gritó—: ¡Cállate, vieja! Por negarte a lo que ya sabes, te alojara en

Sing-Sing

durante una buena temporada.

—¿Cuánto queréis por olvidar? —preguntó el dueño del bar implorando.

—Esto lo llevaremos adelante, aunque nos ofrezcas todo el oro del mundo.

—Os juro que hablaré a mi amigo el señor Nicholas Kirk, que tiene mucha influencia, y me dejarán en libertad y a vosotros os trasladarán de sector —amenazó Castle, rabioso.

Como un rayo de luz penetró en el cerebro de Morgan al oír nombrar a Kirk. ¡Sí, claro que había visto antes aquellas caras! ¡Los dos estaban sentados detrás de Nicky, en la noche que se celebró la velada de boxeo en el Great Gymnasium! ¡Eran de su escolta!

Morgan estuvo a punto de echarse a reír a carcajadas al descubrir la trampa que le habían tendido para probarlo. Aquéllos no eran detectives, sino unos criminales rematados, representando una comedia preparada de antemano por el astuto Burke. Pretendían asegurarse de que Carrigan no «cantaba» a las primeras de cambio. Y él, Ken Morgan, les demostraría que era hombre de temple, incapaz de «venderse a la Policía».

Aprovechando el diálogo del falso sargento con Castle y teniendo a unos pasos de distancia al otro, que escuchaba la conversación, el inspector fué desplazándose pulgada a pulgada, hacia la mesa, cuyo cajón guardaba un revólver. Y bajando los brazos, fingiendo creer toda la farsa, se acercó decididamente a la mesa, a la vez que decía, muy seguro de sí mismo:

—No, sargento: no le haga caso. Es un miserable mentiroso. ¡Qué va él a tener tratos con el señor Kirk, ni con nadie llamado así! Esta rata gorda es capaz de denunciar al más santo, con tal de salvar el pellejo. Yo le propongo tratar el asunto directamente. Dispongo de unos cientos de dólares. ¿Cuántos quiere por nuestra libertad? Ustedes tienen mala memoria, y se olvidarán pronto de lo ocurrido, ¿no es eso? Tú también tendrás que poner «pasta» si quieres escapar con bien, Castle; trata con ellos, que para eso tienes buen pico.

En tanto que los otros tres conversaban, representando la comedia trazada por Burke, Morgan fué deslizando disimuladamente su mano izquierda y comenzó a abrir despacio el cajón. Sentía el arma a su alcance, la tocó, y empuñándola firmemente, la levantó, apretando el gatillo repetidas veces.

Las detonaciones sonaron estrepitosamente y los proyectiles, disparados casi en ráfaga, fueron a incrustarse, «sin teatro alguno» en los falsos detectives. Éstos, heridos de muerte, con el pecho perforado, mostraron en su rostro el estupor que les causaba un final tan inesperado. Ellos habían ido a fingir, y, sin embargo, unas balas de metal, tangibles, mortíferas, les cortaban la vida después de una farsa estúpida.

Uno de ellos, en la agonía de la muerte, disparó, pero su bala se clavó, inofensiva, en la madera del piso.

—¡Quieto, Carrigan! —gritó Castle, horrorizado, demostrando ahora que estaba asustado en realidad—. ¡Que son amigos! ¿Estás loco?

Su aviso llegaba tardíamente. Ambos guardaespaldas de Kirk habían caído al suelo, desangrándose a borbotones, reflejando todavía en la cara un asombro rayano en imbecilidad. La decisión de Morgan había sido cruel, ciertamente, más su táctica era ir aniquilando a los secuaces del «boss» para arrinconar a éste en su fortaleza, desamparado, y hacerle confesar sus ocultos delitos. Recordando el asesinato de Ernestine Walker, la muerte de los dos «gangsters» quedaba dispensada, pues su final habría sido la silla eléctrica, castigo de todos los crimínales.

—Pero ¿qué has hecho? —preguntó Burke, apareciendo de improviso bajo el dintel de la puerta que comunicaba con el bar.

Horrorizado, contemplaba los cadáveres, retorcidos en posturas

dislocadas.

—Eran de la Policía y se entercaban en llevarnos detenidos, ¿verdad, Castle? —aseguró Morgan, cínicamente, aún con el revólver empuñado.

El dueño del bar, descompuestos sus nervios, se agarró a los débiles hombros de Burke, diciéndole:

—Lo decía yo, lo decía yo: estas cosas nunca salen bien… ¡Y no me equivoqué! El muchacho —señalando a Carrigan— no tiene culpa. Se ha portado como un valiente, pero fíjate… ¡Ha matado a dos amigos!…

—¿Amigos? —interrogó el inspector, fingiendo sorpresa.

Burke se hizo contar por Castle cuánto había sucedido. Al finalizar, preguntó, muy serio, a Morgan:

—¿Por qué abandonaste el «taxi» que cogiste al salir de tu casa?

—Me di cuenta de la persecución de un coche azul. Pensé que era la Policía o algún enemigo vuestro, y lo despisté dando unas vueltas, y luego me vine aquí.

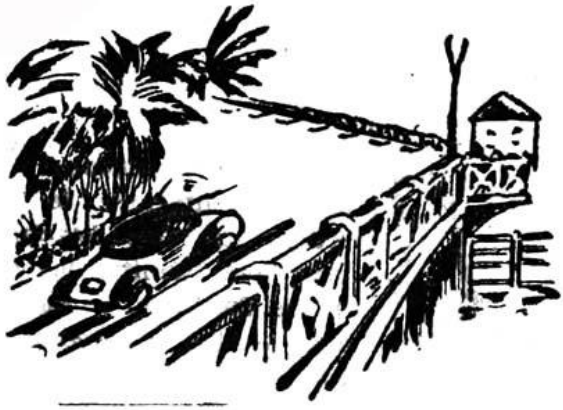
Burke, sabiendo que no había estallado la bomba —señal de no haberse abierto el paquete—, no interrogó más. Con pesar, preocupado, comentó en alta voz:

—¡Vaya un zafarrancho que ha armado el novato! ¡Veremos cómo le sienta al jefe cuando le dé la noticia! ¡Estos dos eran sus niños mimados! —Y dirigiéndose a Castle, le ordenó—: No hay nadie por los alrededores y no tienes por qué temer. Guárdalos aquí, y esta noche los tiras al mar con una piedra al cuello. No dejes rastro de sangre. ¡Vamos, Carrigan!

Afuera, uno de los «gorilas» del gimnasio, se hallaba sentado en él «baquet» del «Cadillac» azul; una pistola ametralladora descansaba a su lado.

El único comentario del lugarteniente de Kirk, al regresar a la ciudad, fué:

—Se conoce que se confiaron, no lo tomaron en serio, y por eso pudiste alcanzarlos tú antes, aunque no sepas agarrar un revólver. Mañana empezaremos a practicar en el gimnasio.



¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

¡PRESENTACION EXQUISITA!

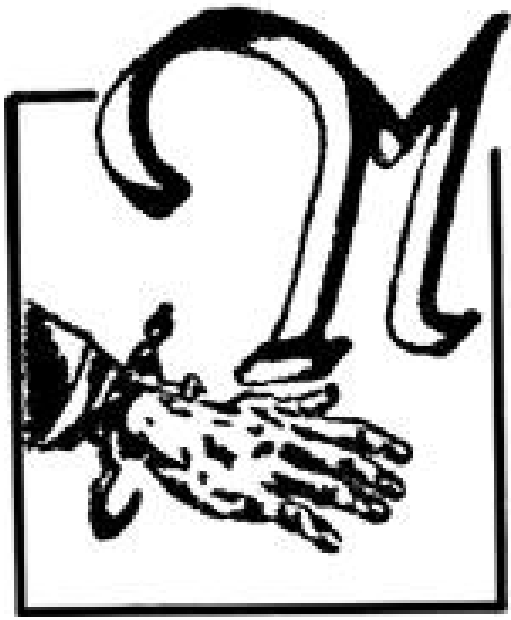
¡DIBUJOS ESTUPENDOS!

Sólo en

AVENTURAS DEL F. B. I.

VI

SE DESVELA UNO DE LOS MISTERIOS



MUCHO se disgustó Nicky Kirk al enterarse de lo sucedido en Jones Beach, más tuvo que admitir la valentía de Carrigan, y como premio, le hizo merecedor de su confianza, prometiéndole un puesto en su escolta personal. Por el contrario, Burke, cayendo en la cuenta de que la rápida ascensión del lejano podría poner en peligro su categoría, usurpándosela, comenzó a tomar las debidas posiciones defensivas, astutamente, como él solía hacerlo.

Por las mañanas, Morgan iba al gimnasio, y en una sala de gruesos muros acolchados con planchas de corcho, fingía aprender a

tirar al blanco. Burke le daba pocos consejos, y malos, a fin de no ser él mismo cuchillo de su garganta.

No le interesaba que Carrigan, a más de notable luchador, fuese un excelente tirador.

Por su parte, el inspector simulaba una constancia sobrehumana, disparando sin cesar, tratando de justificar una posible y futura exhibición, a fin de no despertar sospechas antes de tiempo. Cuando Burke lo dejaba solo, entonces se adiestraba en «sacar» y disparar en todas las posiciones, por difíciles o incómodas que fuesen, recordando sus tiempos de estudio en la Academia de Quántico.

Desde el último e importante acontecimiento había ganado puestos, indudablemente. Los «gorilas» le respetaban y hasta pretendían ganarse su amistad, adulándolo. Estaba seguro de que la vigilancia extendida sobre él, en la primera época, había sido abandonada por orden de Kirk, y esto le permitía conferenciar telefónicamente, algunas veces, con su subordinado Ross, poniéndolo al corriente de sus avances en la investigación.

Algunas veces iba al palacio de Kirk, invitado por el propio «boss». Morgan adivinaba el fin de aquellas invitaciones. Kirk deseaba tratar un poco al «tejano» para forjarse un idea de su psicología, de sus condiciones, que podrían ser o no convenientes como hombre de su escolta.

Sin embargo, Morgan, evitando dar un paso en falso, no había hecho preguntas a ninguno de sus compañeros respecto a los asesinatos de Parker, de la Walker y al rapto de su hija. «Carrigan el tejano», no tenía por qué estar enterado de aquellos sucesos. El confiaba en que la suerte, tan criticada por Brown, acudiese en su ayuda.

En sus visitas al palacio de Kirk había tratado más a las dos jóvenes. La sobrina del jefe, Gladys, continuaba poseyendo para el inspector el encanto de las almas puras. Sus conversaciones se desarrollaban siempre plácidas, sin indirectas atrevidas; todo lo contrario que con la atractiva y seductora Myrna Lyason. Ésta era una mujer fatal, en el sentido popular de la calificación, que con todos coqueteaba a espaldas de Kirk.

Morgan no llegaba a compararlas siquiera, porque eran, respectivamente, anverso y reverso. En compañía de Myrna estaba violento, temiendo verse envuelto en un enredo contra su voluntad.

Con Gladys disfrutaba sencilla y castamente, y poco a poco, en su corazón fué grabándola, amoroso, considerándola muy distinta de las mujeres que él había tratado en otros tiempos. En más de una ocasión estuvo a punto de decirle quién era, a fin de tener autoridad para sacarla de allí y alejarla del desastre que aguardaba a su tío. Se contenía, recordando que una de las máximas del
F. B. I.,
era no dejarse arrastrar por los sentimentalismos; la voz del cerebro debía acallar la del corazón.

Estando una mañana en el gimnasio, en la sala de tiro, Joe entró con ganas de charla, acompañado de su inseparable cigarro habano entre los dientes. Joe estimaba al tejano, y se enorgullecía de sus adelantos. Morgan le escuchaba pacientemente, mientras recargaba el arma, olvidándole en cuanto comenzaba a disparar contra el blanco.

—Eso va mejor, Carrigan —le notificó Joe, despidiendo una columna de humo por la boca—. Tú llegarás a ser algo, muchacho. En cuanto te eché el ojo encima, aquel día que viniste hambriento, me dije: «Aquí hay madera, y de la buena». Bueno; voy a cumplir la tarea diaria. Oye: si viniese Burke, dile que estoy arriba, en el tercero. Que me dé una voz por el hueco de la escalera.

Joe salió de la sala, y Morgan se quedó extrañado, meditabundo. «¡En el tercero! ¡Voy a cumplir la tarea!». El inspector, desde que fué admitido como púgil, había realizado incursiones en el piso segundo del edificio, habitado por el propio Joe, en su calidad de encargado del gimnasio. Pero al tercero nadie subía nunca, nadie hablaba de él, excepto Burke, que en cierta ocasión, ya no recordaba Morgan por qué motivo, dijo que el tercero se hallaba totalmente vacío.

Recordaba el inspector su propia desconfianza y el día en que, aprovechando una ocasión favorable, había subido hasta la puerta del tercero. Una cerradura doble, de último modelo, rebelde a las ganzúas, la convertía en obstáculo infranqueable, pero, por una rendija abierta en la madera, había podido atisbar y descubrir que en la habitación interior, no había un solo mueble y sí mucho polvo, de local desalojado.

Una de las corazonadas que solían iluminar al audaz Inspector del

F. B. I.;
en realidad, el instinto de curiosidad exacerbado por su profesión, le incitaron a seguir los pasos de Joe. Con la pistola de tiro en la mano, tomó escaleras arriba, no sin antes comprobar que los «gorilas» llenaban con sus voces y ejercicios el ámbito del gimnasio.

Llegó a la puerta del tercero, comprobando decepcionado que estaba cerrada. Miró por la rendija, y sólo vio parte de la desnuda habitación. Mas, al estar con la frente pegada a la madera, creyó percibir unas palabras en el interior. Aplicó el oído, y entonces, escuchó, ininteligiblemente una voz infantil, llorosa.

Morgan sintió que el pulso se le aceleraba. ¡Aquella voz sólo podía ser de Peggy Walker, la niña de los bucles dorados!

Dispuesto a salvarla, optó por esperar a que Joe saliese…

Éste tardó unos minutos y sus descomunales orejas se le distendieron al sentir que el cañón de un arma se le hundía en las costillas, y el cigarro habano se le desprendió de la boca al descubrir al agresor.

—¿Qué pasa?… ¿Por qué?… ¡Carrigan!…

—Adentro otra vez, o me obligarás a dejarte en el sitio, Joe.

Obedeció sumiso el gigante, hombre poco acostumbrado a enfrentarse con armas de fuego. El siempre luchaba a puñetazos.

Contigua a la habitación desierta, en otra más amplia y sin ninguna ventana, alguien había preparado una alcoba provisional, consistente en un colchón tirado en el suelo, y una palangana en un rincón, junto a unos platos y vasos sucios, con restos de alimentos. Sentada en el colchón, llorando. Peggy Walker, que abrió los ojos desmesuradamente al ver al hombre que en cierta ocasión le había dado dinero para comprar bombones.

Encañonando a Joe, Morgan buscaba la forma de sacar a la niña de allí, sin que los del gimnasio la viesen. Comprendió que necesitaba la ayuda de Joe, y conociéndolo como ya lo conocía, tuvo la esperanza de convencerlo, pues el gigante era un bruto de no muy malos sentimientos. Intento convencerle:

—¿Quién es esta niña? ¿Es de la que hablaron los periódicos? ¿Cuándo la habéis traído?

Aturdido, desconcertado, Joe repuso:

—La trajeron los de confianza de Kirk, haca tres días. La tuvieron escondida en el yate.

—¿No te da pena, Joe, de una muchacha tan desgraciada? Está bien que nos «carguemos» a quien sea, pero no a una chiquilla indefensa, huérfana por añadidura. Tú sabes que te aprecio, y te «calo» lo bastante para pedirte un favor: ayúdame a sacarla de aquí, encargándote tú de distraer a los de abajo. La pondremos en libertad, y nosotros haremos como que no sabemos nada. ¿Te parece? ¡No es de hombres martirizar a los niños! ¡Eso es de cobardes!

—¡Bonito discurso, pero inútil, Carrigan! —Se oyó la voz de Burke, el lugarteniente—. ¡Suelta la pistola! ¡Estoy apuntándote!

Morgan permaneció un instante en suspenso, sorprendido. Dado su experiencia en tales casos, y razonando que le sería difícil justificarse, dio un salto adelante, encorvado, y se escudó tras el cuerpo voluminoso del confuso Joe, al que agarró del cuello con la mano izquierda, para que no se distanciase.

Y en estas posiciones, el inspector tras el gigante, y Burke amparado en el quicio de la puerta y asomando el cañón de su revólver, se desarrolló el siguiente diálogo:

—Es inútil cuánto hagas, Carrigan; llevas las de perder —advirtió el lugarteniente.

—No sé por qué. He descubierto lo que estáis haciendo con esa niña y es una canallada que no consentiré. Hablaré a Kirk de este asunto y me oirá o le pesará.

—Esa muchacha sabe demasiado. No te metas en lo que no te importa, Carrigan; te aviso por última vez. Estoy protegido y te acribillaré a mansalva.

—No, Burke; que estoy aquí y me darás a mi primero —gritó Joe, asustado, intentando zafarse de la mano que le sujetaba el cuello.

—Quieto, Joe, o te mataré yo mismo —le previno Morgan, haciéndole notar la dureza del acero.

El gigante, a merced de los dos hombres armados, sudaba de pavor, y las piernas le temblaban. De un momento a otro comenzarla el tiroteo, pensaba, y él encajaría lo de uno y lo del otro.

—Lárgate, Burke; ya tendrás tiempo de ajustarle las cuentas a éste. O ¿quieres que me mate? —suplicaba Joe, inmovilizado ahora por el terror.

Creyendo Burke que la puntería del «tejanos» era mala comparada con la suya, y seguro detrás del tabique, quiso demostrar al «tejanos» su superioridad en el manejo de las armas de fuego. Asomando únicamente la parte imprescindible de cara, ver el blanco humano, y centrando el cañón de su revólver, apretó el gatillo.

No contó con la destreza del inspector, que precaviéndose a tiempo, puso a Joe por delante, con un empujón lateral, y el gigante fué quien recibió el balazo, en el vientre. Su grito de dolor engañó al lugarteniente, pues se asomó de nuevo a comprobar el efecto de su disparo.

El error lo pagó caro: un proyectil se le incrustó en la muñeca visible, haciéndole soltar el revólver. Rabioso al ver tambaleante a su compinche, e ileso a Carrigan, se llevó la mano izquierda al bolsillo posterior del pantalón, sacando una pistola de calibre medio.

Tres balas silbaron como abejorros alrededor de la cabeza de Morgan, que había quedado al descubierto al encogerse herido Joe, y le obligaron a contestar afinando la puntería. Un disparo hirió a Burke en el hombro izquierdo, y a continuación, aprovechándose del respingo que dio, le apuntó a la frente y en ella le marcó dos orificios mortales.

El hombrecillo, como seca hoja sacudida por la violencia del huracán, perdió el equilibrio y se desplomó hecho un ovillo, sin vida, sabiendo demasiado tarde que su alumno había aprendido «demasiado» rápidamente.

Entre tanto, Joe se desangraba, tumbado boca abajo, y su razón empezaba a delirar. Con una convulsión de bestia, dada su exagerada corpulencia, entró en el período agónico. Entonces le descubrió Morgan una mancha roja en el pecho, obra de otra bala de Burke. Joe no tenía salvación posible.

Volvió el inspector a la realidad, al oír unos pasos menudos en el piso. Tuvo tiempo de ver que la niña, aprovechando su distracción, corría como loca, huyendo de su cárcel. Consideró inadecuado el momento para perseguirla, pues se imponía como más importante, desechar la culpabilidad de sí. Cuando descubriesen los cadáveres, que pensasen…

Y en un santiamén preparó las falsas pruebas, quitándole al

difunto Burke la pistola sacada últimamente, y colocándole entre los dedos aún tibios de Joe. Cada cadáver con un arma, haría suponer una pelea a causa de alguna disputa por siempre desconocida.

Se disponía a descender a la sala de tiro, cuando por el hueco de la escalera, desde abajo, le llegaron murmullos y pisadas recias y repetidas. ¡Los del gimnasio habrían oído las detonaciones, o visto huir a la niña, y subían a enterarse de lo ocurrido! Le cortaban la retirada.

Se le ofreció como único camino de salida, la ventana de la habitación sin muebles, que daba a un pequeño patio interior del propio edificio.

Al asomase descubrió un tubo de desagüe, pero al que no llegaba desde el alféizar.

Demostrando su agilidad de atleta, Morgan se cogió al canelón del tejado, y colgando en el vacío, llegó hasta el tubo de bajada. Destrozándose las manos descendió a cuanta velocidad podía. De un momento a otro, alguien podría asomarse por la ventana y descubrirle, y dispararle a placer.

La suerte que le achacaba Brown, le protegió.

Nadie dio la alarma, y él, penetrando en el gimnasio por otra ventana, se halló en la primera planta desde donde pasó a la sala de tiro. Con su pistola, la usada en el duelo con Burke, después de recargarla, continuó disparando contra el inmóvil blanco, aprovechando los intervalos para limpiarse el polvo, las manos y la ropa.

Tardaron uno minutos en avisarle. Entró uno de los boxeadores, pálido, descompuesto, gritando enronquecido:

—¡Están asertos!

—¿Qué dices? ¿Es que te has vuelto tonto? —preguntó Morgan, haciéndose de nuevas.

—Burke y Joe. Están arriba, en el tercer piso. Se conoce que riñeron.

—Qué, ¿otra broma de las vuestras? ¡En el último no hay nada! Aquello está siempre cerrado. Claro, me habréis preparado una trampa en lo alto de la escalera. ¡A otro perro con ese hueso!

Y como riéndose del engaño que pretendían hacerle sus compañeros, Morgan continuó tirando al blanco.

—No lo crees, ¿eh? Pues ya te convencerás cuando vengan ésos.

—Vete con ellos.

—No. Yo estoy aquí esperando a los dos que han salido detrás de la muchacha por la calle. No tardarán. Seguro que la han atrapado antes de llegar a la esquina. ¡Alguno tenemos que vigilar la puerta!

Morgan simuló creer la historia.

—Por si es o no es, vete tú arriba, si es cierto lo que dices, y yo cuidaré de la puerta. No te preocupes.

En cuanto el otro le hizo caso, el inspector salió al pasillo de la oficina, y entró en ésta. Vigilaba la puerta que daba a la calle Setenta Este.

Un lloro desgarrado le avisó de la proximidad de los perseguidores de Peggy. En efecto, entre los dos traían a la chiquilla, riendo fuertemente, fingiendo por la calle que se trataba de una vulgar escaramuza familiar.

La justicia de Morgan volvió a ser inexorable. Él tenía que salvar a la niña, sin que nadie pudiera acusarle luego ante Kirk. Muy a su pesar, apretó el gatillo por dos veces, certeramente. Un ahogo especial le subió a la garganta, al ver desplomarse a los boxeadores, como fulminados por el rayo.

Y a continuación, con una sangre fría extraordinaria, cogió a la fuerza a la asustada niña y la sacó a la calle, dejándola en medio de la calzada. Disparó al aire, hasta descargar el arma.

Instantáneamente, la Setenta Este cambió de aspecto. Los vecinos atisbaron cautamente por las ventanas. De los comercios asomaron algunas cabezas con ojos curiosos, y el policía del barrio dobló la esquina a todo correr, tocando el silbato de alarma y empuñando una pistola de reglamento. Su primera meta sería pedir refuerzo al cuartelillo.

Morgan se fué al gimnasio, después de comprobar que la niña iba al encuentro del policía, y entró en la sala de tiro, a reponer su cargador y apoderarse de una caja de cápsulas por la «tormenta» que pudiera desencadenarse si alguien sospechaba de él.

El alarido de una sirena anunció el acercamiento de un coche de la Patrulla Móvil. El cerco se establecería en seguida, alrededor de la casa de tres plantas.

Morgan se asomó a la escalera y gritó a sus compañeros:

—Muchachos, ¡la Policía! ¡Huid!

Lo que él pretendía era provocar el desconcierto general, única forma de que aquellos desesperados no formasen un bloque y resistiesen hasta morir, matando a su vez. Pero como por arriba, según creían ellos, no había escapatoria, bajaron cual manada loca, atropellándose y resbalando de escalón en escalón.

Al llegar a la puerta de la calle la abrieron para huir, más una voz conminatoria avisó:

—¡Daos presos! ¡Entregaos a la Policía!

Las maldiciones formaron coro y caída uno de los boxeadores, que tenían en su conciencia delitos graves. Irrumpieron a una en la sala de tiro y se apoderaron de armas cortas y largas. Otro dilema se planteó a Morgan ante la resistencia que comenzaba. Podría atacarles por detrás, ayudando así a los policías del exterior, pero al ponerse en peligro se desmoronarla la investigación que estaba a punto de ser culminada. Pensó, y bien, que los servidores de la ley emplearían bombas lacrimógenas, no exponiéndose a las balas de los «gangsters». Por tanto, le convenía fugarse de alguna manera, y a ser posible, acompañado por uno de aquéllos, con el propósito de convencer mejor de su inocencia a Kirk.

Vio a Barden más rezagado, y arrastrándose hasta él, cuando los proyectiles enemigos zumbaban siniestros, le comunicó al oído:

—Escucha: aquí no hay nada por hacer. Terminarán ellos ganando. ¿Te parece bien dejarnos matar mientras Kirk está tan cómodo en su palacio? ¡Acompáñame! ¡Yo conozco una salida! Deja a éstos que nos guarden la retirada.

Barden no lo dudó un instante. Si disparaba, era de miedo, al verse acorralado.

Juntos subieron al tercer piso. Rodearon los cadáveres de Burke y de Joe, y se encaramaron al alféizar. No les resultó difícil izarse al tejado, por su profesión de atletas, acostumbrados a los aparatos del gimnasio.

Arrastrándose, bordearon aquel ángulo del patio interior, y llegaron hasta una claraboya de la casa contigua cuyo boquete les permitía el paso del cuerpo. De un pisotón rompieron el grueso cristal, y el propio Morgan fué el primero en deslizarse. Se halló en un comedor, y en aquel instante, seguramente atraída por el estrépito de vidrios rotos, apareció una mujer.

Lamentándolo, Morgan se le abalanzó, reduciéndola de dos

golpes no muy fuertes. Tras comprobar que nadie más había en el cuarto, con la ayuda de Barden la dejaron amordazada y maniatada. En el cuarto de aseo se cepillaron la ropa y se peinaron rápidamente, y con mejor presencia, adoptando la expresión del vecino ávido de saber lo que sucede —el tiroteo continuaba—, descendieron hasta el vestíbulo, donde se mezclaron con el grupo alborotado de gente que comentaba entusiasmada la actuación de la Policía, haciendo cábalas acerca de los resultados.

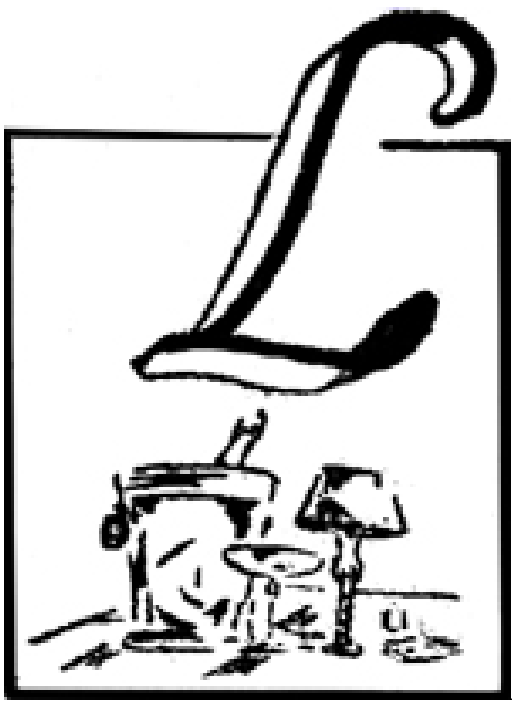
Morgan y Barden pasaron inadvertidos y se asomaron a la calle. La Policía, desde sus coches blindados estacionados frente al gimnasio, hacía fuego y disparaba los esféricos proyectiles cargados de gases lacrimógenos.

La libertad estaba al alcance de los púgiles y la aprovecharon.

MADRE:
Ha salido una publicación infantil, de dibujos
moral y amena:
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡ENCANTARA A TUS HIJOS!

VII

LA RED SE VA CERRANDO

 AS noticias de que fueron portadores el falso Carrigan y el púgil Barden despojaron a Kirk de parte de su «pose» de hombre impertérrito. Le temblaba ligeramente el labio inferior al ordenar que ambos hombres se quedasen a vivir en el palacio. El marinero encargado de pilotar el yate de recreo amarrado al embarcadero particular, recibió instrucciones para zarpar en cualquier momento.

Y el nerviosismo del «boss» se incrementó al leer en la Prensa,

con grandes titulares, lo sucedido en el Great Gymnasium. Un «reporter» acusaba veladamente al todopoderoso «mister» Nicholas Kirk de que, según él, dicho millonario era el dueño oculto del gimnasio, y, por tanto, era imposible que ignorase la existencia de la secuestrada niña Peggy Walker, el arsenal, y la calidad de forajidos de sus boxeadores.

La lectura de tal reportaje provocó una reunión general de los moradores del palacio, siendo llamadas también las dos jóvenes, Gladys y Myrna, con gran extrañeza del inspector del
F. B. I.
A la consulta del vacilante jefe, que perdía la serenidad al saberse ya atacado directamente, la opinión de cada uno se destacó nítida.

—No debes huir, Nicky. Sospecharían de ti y terminarían apresándote —aconsejaba su cautivadora prometida.

—Conviene que esta misma noche salgamos de aquí, tío. Has de salvarte, y nosotros contigo. Nos iremos en el yate, y nos dirigiremos a alguna nación sudamericana. Dinero hay suficiente para… —opinaba Gladys, perdiendo parte de su habitual timidez.

—Yo, en su puesto, permanecería aquí, a dar la cara —se atrevió a manifestar Ken—. ¿Qué podrá contra usted la Prensa? ¡Nada! Llame a sus amigos, esos altos jefes de la Policía, y ellos se encargarán de defenderle y acallar los rumores. ¿No comprende que ellos se verían metidos también en el lió?

Kirk cedió a las sugestiones de su prometida, que por una casualidad coincidían con las del inspector, y decidió quedarse y luchar.

—Exigiré, a cuántos han vivido a costa mía, que me defiendan ahora. Tendrán que hacerlo —aseguró.

La reunión se deshizo; cada uno se dirigió a sus habitaciones respectivas, para vestirse de etiqueta —por exigencia del jefe—, excepto Morgan, que fingió contemplar distraído una pintura colgada en el pasillo, al notar que Kirk y su prometida se rezagaban en el despacho, con la puerta entreabierta.

Desde el pasillo podía escuchar su conversación. Decía el «boss»:

—¿De verdad quieres que nos quedemos, Myrna? ¿No te gustaría venir conmigo a un país extranjero, lejos de estas intrigas?

Se oyó a la joven responder, con una serenidad desconcertante:

—No, Nicky. Tu deber es permanecer aquí; ser un hombre.

Entonces te querré más.

—Eso estás diciendo desde que nos conocimos, Myrna; pero el caso es que sólo he conseguido de ti unos besos, y ni siquiera accedes a casarte conmigo. Sabes que estoy dispuesto —y la siguiente frase terminó de asombrar a Morgan—: Si la gente que habla mal de ti, supiese la realidad de nuestra situación, que sigues siendo para mí una extraña, sería blanco de sus burlas.

—Yo soy así, Nicky. Aunque lo crean los demás, no me entrego al primer hombre que me presentan, sino que he de conocerlo y amarlo.

—Por eso has llegado a encadenarme —dijo la voz, ronca, de Kirk—. Te resistes a mis deseos y te haces más apetecible. ¡Casémonos, Myrna!

Morgan no pudo seguir escuchando la interesante conversación, que levantaba otro pico del misterio; uno de los guardaespaldas bajaba ya el vestíbulo, vestido de «*smoking*».

El temor del inspector del
F. B. I.,
radicaba en la posibilidad de que el «boss» cambiase repentinamente de opinión por cualquier otro artículo periodístico y zarpase de la noche a la mañana, después de destruir cuántos documentos guardase y le comprometiesen en sus relaciones con políticos corruptos y policías sobornados.

V siguiendo su premeditado plan, el inspector, en cuanto terminaron de cenar se levantó, poniendo un pretexto, y con el propósito de subir furtivamente al primer piso, donde estaban las habitaciones particulares del «boss». En algún sitio tendría escondidos los importantes y reveladores documentos.

Se lo impidió la entrada de uno de los «gorilas» de la escolta, llevando delante de si, a empujones y encañonándolo con un revólver, a un joven esquelético, con aspecto de tuberculoso y lentes de gruesos cristales de miope, que llevaba al brazo, pendiente de una correa, una cámara fotográfica.

—He «pescado» a este «arenque» en el jardín.

Se conoce que saltó por encima de la verja. Quiso revolverse, pero le he sacudido bien.

El semblante del jefe palideció notablemente.

Morgan adivinó lo que estaba pensando. Ya se veía rodeado de

enemigos al acecho.

El interrogatorio al extraño individuo se deslizó por derroteros bruscos, violentos, con amenazas y golpes. Y el de los lentes, asustado, aclaraba, una y otra vez, que él era un «reporter» del «Morning News» —el periódico que denunciase a Kirk—, fracasado en su intento de obtener unas instantáneas del millonario y de sus amistades.

—Estás mintiendo —repetía el «boss»—. Dime la verdad o tendrás que sentirlo.

—Mire mí «carnet» de periodista, señor Kirk. Admito mi indiscreción, pero yo no soy un ladrón.

—Eso ya lo averiguaremos; el «carnet» puede ser falso —y mandó a uno de sus hombres que lo llevase a encerrar en el pabellón aislado que se hallaba detrás del palacio, en el amplio y circular jardín.

Los comentarios de unos y otros fueron acallados por el «boss», que había perdido, a marchas forzadas, su peculiar serenidad. Cuando los hombres, menos Morgan, le aconsejaron que matase al intruso, al espía, disculpándose luego diciendo que lo había creído un ladrón, la hermosa Myrna se opuso, razonando:

—No te manches las manos de sangre, Nicky. Hasta ahora nadie puede presentar pruebas concretas contra ti; pero si ordenas su muerte, aquí hay demasiados testigos y más de uno se lo confesaría a la Policía, en cuanto les aplicasen el «tercer grado».

Ken, a quien interesaba salvar de momento la vida del entremetido periodista, para buscar después la ocasión de facilitarle la fuga, apoyó de nuevo a Myrna, aconsejando:

—No se le ocurra matarlo, jefe. Tenga cabeza y escúcheme: yo, en su lugar, trataría bien a ése, que, sin duda, es un «reporter», le pediría disculpas por haberle creído un ladrón, lo invitaría a unas copas, le facilitaría información, quejándome, a la vez, de las infundadas acusaciones de su periódico y lo pondría en libertad. Creo que tal actitud haría desvanecer por completo cuantas sospechas haya sobre usted, porque este mismo «pájaro», engañado y agradecido, se apresuraría a publicarlo en un artículo sensacional. ¿Le parece?

La dialéctica astuta del falso Carrigan hizo mella en el ánimo del «boss». Su entrecejo estaba fruncido, de hombre que medita

intensamente. Al fin, con gran alivio de Morgan, determinó:

—Hay que pensarlo más despacio. No está mal tu idea, Carrigan, pero tendremos tiempo de llevarla a la práctica mañana por la mañana, si en verdad interesa. Que pase la noche en el pabellón, y así aprenderá a no ser demasiado curioso.

Cuando los guardaespaldas se retiraban a dormir en sus respectivas alcobas, situadas en la planta baja, Barden, envidioso, dijo a Morgan:

—A este paso, terminarás metiéndotelo en el bolsillo, Carrigan. Dentro de poco te veo hecho su segundo de a bordo.

El joven inspector especial del
F. B. I.,
se encogió de hombros, aparentando indiferencia, y entró en su dormitorio, echándose vestido sobre la colcha, después de cerrar la puerta por dentro.

Y en tal postura dejó que el tiempo transcurriera durante cerca de dos horas, fumando y pensando. Su plan inmediato era poner en libertad al «reporter», en cuanto todos los moradores del palacio hubiesen dejado de andar arriba y abajo.

Llegó el momento esperado y se puso en pie. Ocultóse el rostro con un pañuelo rojo, a modo de antifaz y, con una pistola en el bolsillo, salió al espacioso «*hall*». La visión de la puerta abierta de la entrada, le inquietó, obligándole a extremar las precauciones en su excursión nocturna.

Se asomó al exterior. El jardín aparecía en calma, plateado por la luz de la luna. Los árboles gemían quejumbrosamente al soplo del viento, y el agua de las fuentes en surtidor, con su perenne canto, hacía más frío el relente de la noche.

Audazmente franqueó el umbral y se alejó de los escalones del pórtico, sumergiéndose, con la destreza de un piel roja, en la espesura de los macizos de plantas y de la arboleda. Paso a paso, procurando no hacer ruido al pisar la grava, rodeó el palacio.

A su vista quedaron las líneas armoniosas y helénicas del pabellón, usualmente destinado a cenador en verano. Sentado a la puerta, distinguió al «gorila» de guardia, inmóvil, como si el sueño le hubiese rendido. Aquello facilitaría el ataque por sorpresa.

La sorpresa se la llevó él cuando observó que una mujer se acercaba al pabellón. Por el reflejo del cabello descubrió que se

trataba de la pervertida Myrna. ¿Qué podría hacer allí, a tales horas?

La respuesta la tuvo Morgan en seguida. El vigilante, como impulsado por un resorte, se levantó de un salto, arrojándose encima de la joven y derribándola al suelo. Llegaron hasta los oídos del inspector las siguientes frases:

—¡Tira esa pistola, maldita! ¿A qué venías? ¿A matarme? Si me descuido un poco me deshaces la cabeza. Arriba y vamos a ver al jefe. Él sabrá qué hacer contigo. ¿Es que te has vuelto loca?

Ken Morgan creyó estar soñando, al no encontrar explicación lógica a tan absurdo suceso. ¡La delicada Myrna atacando a un atleta, con un arma! El misterio se desvaneció, en parte, al escuchar la respuesta sofocada de la mujer:

Suéltame y no digas nada a nadie, y te ganarás mil dólares, Fredy. Diez mil si pones en libertad al prisionero. ¡Es un favor especial! Además, hablaré a Nicky para que seas su lugarteniente. ¡Esto será un secreto entre nosotros!

—Yo no me fío de ninguna mujer, y menos de una tan soberbia como tú, que siempre nos has pisado el cuello a tu gusto. Le contaré todo al jefe. ¡Andando o te llevaré a rastras!

Postergando para mejor ocasión el esclarecimiento de la intrigante actitud de la joven rubia, pues le urgía liberar al periodista, fué avanzando, con la pistola asida, a lo largo del límite del jardín con el paseo enarenado. Y se agazapó tras el tronco de un árbol, esperando el paso de la pareja.

Los veía acercarse, Myrna delante, con aspecto de derrotada, más hermosa que nunca; detrás, el «gángster». Fue un solo salto y un solo golpe. Sonó el cráneo de Fredy igual que una cáscara de nuez a un martillazo. La muerte instantánea evitó que lanzase algún gemido, y Morgan tuvo la precaución de extender los brazos, recogiendo el cadáver antes de que tocase tierra.

Dirigiéndose a la joven, valiéndose de tener el rostro oculto por el pañuelo rojo, la aconsejó:

—¡Váyase a dormir y no lo cuente a nadie! ¡De hacer desaparecer a éste me encargo yo, y pondré en libertad al periodista! ¡Vaya! ¡Ande! ¡Entre en la casa! —Se vio obligado a repetir, pues ella parecía idiotizada, aún no repuesta de su asombro por tan inesperados y opuestos acontecimientos. Al fin se alejó,

desapareciendo por la entrada del palacio.

Abierta se hallaba, entornada, la puerta del pabellón, y en su interior, atado, el «reporter» de los lentes de miope. Unas cuerdas lo ligaban a unos postes de hierro. A tientas lo desató, tras intentos prolongados, a la vez que le decía:

—Escúcheme y no olvide que ha estado a punto de morir asesinado. ¡Voy a facilitarle la fuga, apréndase esto bien! Soy el inspector especial del

F. B. I.

Ken Morgan, en misión de servicio. Usted deberá callarse y no publicar nada acerca de Nick Kirk. Le concederé la exclusiva de la información en el momento oportuno. Si echa a rodar mis planes, escribiendo en su periódico, sin mi permiso, cuánto ha sucedido aquí, le juro que no escapará usted con vida porque le trituraré los huesos. Ahora acompáñeme y échese al hombro ese cadáver. Cogerá un bote en el embarcadero y remará por el río hasta donde le convenga. Nada a nadie, ¿eh? Ni siquiera a la Policía. Únicamente, mañana, hacia las ocho y media, preséntese en Center Street, en las oficinas del

F. B. I.,

y pregunte por mi secretario, el agente especial Ross. Cuéntele lo sucedido, a solas; descríbale este lugar y avísele de mi parte que no se separe del teléfono ni un minuto y de órdenes a los muchachos de estar preparados, pero sin notificarles la causa. ¿Me lo jura por Dios? Tenga en cuenta que están en juego muchas vidas.

—Lo juro —repuso solemnemente el periodista, convencido por completo.

Juntos salieron, cargados con el cadáver de Fredy, y se encaminaron con el máximo sigilo hacia el embarcadero. En el East River se balanceaba muellemente el yate de recreo del millonario y criminal Nicky Kirk. Morgan sabía que el piloto dormía también en el palacio. Ató una pesa de hierro al cuello del muerto y luego lo echó en un bote de remos.

—Suba aquí, reme a lo vivo, y cuando llegue al centro del rió, tire «eso» al agua. Y no lo olvide: excepto al agente Ross, a nadie ni una palabra. Sepa que Fred Morgan es capaz de cumplir sus amenazas, aunque le cueste la carrera y la vida.

Volvió el inspector rápidamente a su alcoba, sin haberse

tropezado con nadie —aún faltaba una hora para el relevo de guardia— y se desnudó, durmiéndose con la tranquilidad de los hombres duchos en lides aventureras y sangrientas, y más estando al servicio de la Justicia, batallando incansable contra los transgresores de la ley.

Fué despertado por un zarandeo. Al abrir los ojos, la luz de su lamparita estaba encendida y los moradores de la casa, en pijama y batines, rodeaban su lecho, mirándole. Comprendió que ya se había descubierto la desaparición del periodista y de Fredy. Nicky Kirk, pálido como la cera, le clavaba su vista escrutadora.

—¿Qué pasa? ¿Hay incendio? —preguntó, bostezando—. O ¿es que vamos a dar un baile y venís todos a vestirme?

—Déjate de bromas y responde si has oído algo raro esta noche. ¡El prisionero y Fredy se han fugado!

Simulando gran sorpresa, Morgan se incorporó en el lecho, quedándose sentado y con los ojos muy abiertos.

—¡Vaya un negocio! ¡Cómo habrá sido posible! ¿Y se han ido los dos? Entonces, ya está claro. El periodista logró sobornar o convencer a Fredy, ni más ni menos.

Su simple razonamiento, apoyado en la carencia de huellas de la agresión a Fredy, no fué desechado por Kirk, que comentó en voz alta:

—¡Traidores por todas partes! Mañana aparecerá en los periódicos y no tardarán en…

—No se excite, jefe —le interrumpió Ken, muy seguro de sí mismo—. M parecer es que llame usted en seguida a sus amigos policías, les hinque bien las espuelas, y ellos se encargarán de arrestar al «reporter», acusándolo de escalador y ladrón. En cuanto lo metan en el calabozo, no podrá ladrar. Siga mi consejo y utilice a las amistades de influencia. Ahora, menos que nunca, es conveniente la fuga. Recuerdo que, en cierta ocasión, usted me dijo que todo puede arreglarse con dinero. ¡Ha llegado el momento!

Kirk salió de la alcoba, precediendo a los demás. Ken Morgan había logrado engañarlo, conforme a los planes trazados.

VIII

ODIO A MUERTE

media mañana, luciendo el sol por entre los jirones de nubes blanquecinas, el «gángster» vigilante del jardín dio paso a un automóvil cerrado, de cuatro asientos, con un solo ocupante. Se apeó el inspector de la Metropolitana, John Brown, que llevaba alzado el cuello de la gabardina, el sombrero calado hasta las orejas, y la cabeza gacha, como pretendiendo ocultar el rostro en lo posible.

—El señor Kirk me espera.

El «gorila» ya había recibido órdenes al respecto y acompañó al detective al despacho del «boss». Éste, que le había visto entrar, a

través de los cristales de un ventanal, le recibió afectuosamente, invitándole a sentarse. En pocas palabras contó a Brown cuánto sucedía y le exigió que detuviese al periodista del «Morning News», acusándolo de ladrón.

El planteamiento de la situación fué oscureciendo el semblante taciturno del inspector de detectives. Venteaba el fracaso, y en su mente ruin fraguó una treta a usar a Kirk, para sacarle un buen puñado de dólares. Brown, en el fondo, no consideraba tan grave la situación. Lo del «Morning News» carena de importancia. Y él no sabía, y lo habría debido saber, por su elevado cargo, que el comisar jefe de la Metropolitana hubiese tomado alguna medida contra el millonario Nicky Kirk.

—¿Cuántos hombres tienes a tu alrededor, que te conozcan personalmente en este aspecto, Kirk?

—Cinco. Los otros cayeren en el Great Gymnasium.

—Pues te interesa burlarles, eliminarlos, lo que sea, con el fin de que nunca puedan delatarte —y poniéndose en pie, Brown se acercó hasta uno de los ventanales, fingiendo intensa preocupación—. Mi consejo es que huyas en seguida, esta misma noche. En el yate te será fácil. Con cien mil dólares al contado, yo taponaré las brechas que se abran, ¿me entiendes? Y cuando haya pasado la tormenta, te pondré un cablegrama para que regreses, si quieres.

—Es mucho dinero. John.

—Más perderás si te llevan a la silla eléctrica o a Sing-Sing.

Tú has jugado con todo y con todos, a tu antojo y capricho. Lo mismo has negociado, de manera sucia, con patentes de armas, que engañado a políticos, que ordenado matar a los financieros rebeldes a tus deseos. Has violado las leyes federales y estatales en miles de veces; de ahí tu inmensa fortuna. Si quieres salvarte, dame cien mil, todavía puedes retirar dinero del Banco, y yo me encargaré del resto.

Conforme hablaba, Brown tenía puesta la mirada en un hombre de chaqueta «*sport*», que andaba por el jardín y cuya figura y modales le resultaban familiares, muy conocidos. Volviéndose al millonario le llamó:

—Nicky: ven aquí. ¿Quién es aquel tipo que está de espaldas, encendiendo un cigarrillo?

—Uno de mis hombres. Un tejano llamado Carrigan. Un gran luchador y un valiente.

En el jardín, Ken Morgan, ignorante del desastre que se le avecinaba, acababa de regresar de una visita al embarcadero, pues le había quedado el temor de que el periodista no hubiese echado a Fredy a lo más profundo de las aguas. Comprobó que el cadáver no se veía. Terminó de encender el cigarrillo, aspirando el humo con placer, y se encaminó hacia el pórtico del palacio, deseoso de charlar un rato con la recatada y atrayente sobrina del millonario.

En el despacho, Brown y Kirk continuaban observándolo, y el primero gritó, histéricamente:

—¡Ése es del
F. B. I.!
¡Morgan! ¿Qué hace aquí?

—¿Qué disparates estás diciendo? Ése es Carrigan, hombre. Un boxeador de primera categoría. Tengo en él gran confianza.

Brown ya no pudo escuchar más sandeces respecto a la identidad de su íntimo amigo Ken, al que había conocido desde niños, y estalló, colérico y asustado a la vez:

—¡Qué diablos va a ser Carrigan! ¿Tú sabes quién es? ¿Sabes quién es? Nada menos que Ken Morgan, inspector especial del
F. B. I.,
jefe de la Sección de Nueva York. ¡Lo conozco como si fuera hermano mío! Pero, Kirk, ¿qué has hecho?… ¿Cómo es posible?… ¡Estamos perdidos! Y me has hecho venir, teniendo aquí a un
«G-men».
¡Me dan ganas de machacarte la cabeza!

El terror a que sus fechorías fuesen descubiertas por el
F. B. I.,
había echado a perder los nervios de John Brown; agravándose la situación por tratarse, justamente, de su amigo Morgan.

Kirk, todavía incrédulo, tuvo arrestos para exigir al inspector que reprimiese sus amenazas.

—¡Contén la lengua, no me insultes, y no delires! ¡Ése es Carrigan y conozco su historia entera!

—Carrigan, ¿verdad? —Y Brown sintió ganas de estrangular al millonario—. Escucha: te voy a convencer de una manera muy sencilla. Llámalo, yo me esconderé, para oír la conversación sin que

él me oiga, y nómbralo por su apellido verdadero: Morgan. Atácale a fondo y lo desarmarás a la primera acusación, No se te ocurra descubrirme. A mí me interesa permanecer fuera de éste lió, pues me conoce hasta los tuétanos.

Brown fué a esconderse tras las cortinas de terciopelo del balcón central, mientras Kirk encargaba a su «gorila» Barden:

—Me temo que Carrigan sea un traidor. Hazle venir y lo probaremos. Por si acaso, prepara una porra de goma y plomo. ¡Anda!

Barden era el boxeador del Great Gymnasium que se enfrentó al supuesto Carrigan en su primer combate de prueba, sufriendo un «k. o.» que nunca olvidó; ahora se le ofrecería la revancha.

Ken Morgan no había visto el automóvil de Brown, por haber sido estacionado en la parte de la entrada, tras un bosquecillo de pinos, y escuchó indiferente, sólo con algo de curiosidad, el aviso de Barden. Seguido de éste, llegó a presencia de Kirk, quien le aguardaba en pie, con la mano diestra metida en el bolsillo del mismo lado de la chaqueta.

—¡Hola, Morgan! ¿Qué tal va el
F. B. I.?

Ken se quedó petrificado, sin respiración, y hasta sintió como paralizado su corazón. ¡Lo habían descubierto! Necesitó de toda su experiencia y de lo aprendido en la Clase de Arte de Fingimiento en la Academia de Quántico, para dominarse, relajar los músculos y exclamar, entre sonriente y confuso:

—¿Es a mí, Kirk? ¿Cómo ha dicho?

—Tú eres Ken Morgan, inspector especial del
F. B. I.,
jefe de la Sección de Nueva York. Me lo acaba de telefonear un amigo mío que te conoce bien. No disimules.

—Pero ¿qué me está contando, jefe? ¿Yo inspector del F. B. I? ¡Qué más quisiera! ¿Le hace desvariar el miedo de estos días?

—Tengo pruebas de que eres Morgan, del
F. B. I.
Confiesa la verdad y es posible que salgas ganando.

Ken pensó, durante una fracción de segundo, abalanzarse sobre el «boss», más adivinaba un arma de fuego en su mano derecha.

—¡Presénteme esas pruebas! Deseo verlas, y al tipo que ha

mentido de forma tan estúpida. ¡Vengan las pruebas a mí no se me tacha de traidor así porque…!

Su tono sonaba a sincero y su indignación no podía parecer más real que el millonario comenzó a dudar qué Brown se había equivocado de cabo a rabo. Impaciente por aclararlo de una vez dio unos pasos hasta las cortinas y descubrió al de la Metropolitana.

Ken abrió los ojos estupefacto, sin ganas ya de fingir más. ¡John Brown delatándolo a un enemigo de la Justicia! Era algo que no comprendía, que le acorchaba el cerebro, impidiéndole razonar. Solicitó una explicación.

—¡John! ¿Qué es esto? Temo es que…

El inspector avanzó, lentamente, transfigurado su rostro con una mueca de odio infrahumano, considerando a Morgan su peor enemigo. En Brown se amalgamaban el miedo, el pánico a ser descubierto en su doble vida de latrocinios, y el odio al amigo que siempre le había aventajado por gracia de la «suerte». Y en un instante le brotaron de los labios dos palabras que resumían una existencia entera de envidia recóndita:

—¡Te odio!

Morgan tenía la sensación de estar soñando, de flotar ingrávido en una zona de nebulosas… Y al percatarse de la horrible verdad, se conmovió su espíritu y su cuerpo vaciló como edificio que se derrumba. ¡John Brown le…!

El instinto de conservación, el conocimiento del grave peligro, la desesperación de la persona engañada, lo animaron a resistir y a luchar contra quien fuese. Se llevó la mano diestra a la sobaquera, en busca de su pistola. Pero había olvidado que Barden lo vigilaba a su espalda, y una porra de plomo forrada se abatió sobre su cráneo, con violencia suficiente para derribarlo al suelo cual toro apuntillado.

De la nada resurgió el espíritu de Ken Morgan, y cuando su visión fué esclareciéndose distinguió las paredes del despacho y los rostros de Brown, Kirk, Myrna, Gladys, Barden y los otros «gángsters». Le habían medio echado en un butacón y le rodeaban.

Observó que la cara de Brown aparecía demudada, crispada la del millonario, inexpresiva la de su sobrina Gladys y pálido como la misma muerte el delicado rostro de Myrna, la prometida del «boss». Las faces bestiales de los «gorilas» exudaban ansia de asesinar.

Una bofetada de Brown le dolió menos que sus palabras:

—Reanímate, perro. Vas a contestarme por lo derecho, si no quieres que te pisotee ahora mismo. Intentabas jugármela, ¿eh? Buscabas pruebas contra mí, ¿no? Pues ya las posees, pero de poco te servirán… Siempre, desde pequeños, has sido mi perdición. Con tu egoísmo, todo lo bueno lo acaparabas: para ti era siempre lo mejor y a mí me echabas los huesos, igual que si fuese tu perro. ¡Ya se acabó! Tu deseo de destituirme de la Policía, descubriendo mis asuntos, va a resultarte fatal. ¡Maldito seas!

Y espumeándole los labios de una baba repugnante, enloquecido, Brown le escupió su saliva y su odio mortal, contenido hasta entonces por los diques resquebrajados del fingimiento. Y no satisfecho, comenzó a descargar una lluvia de bofetadas, aporreándolo, haciéndolo sangrar por boca y nariz, aprovechándose de su debilidad.

Morgan pugnaba por resistir el dolor; quiso levantarse, y los miembros no le obedecieron. El corazón se le encogió. A un paso de la meta, su amigo, al que él había querido siempre, era la causa de su fracaso y seria su perdición.

—¡Basta, Brown! —oyó ordenar a Kirk—. No nos interesa ahora que te cebes con él por antiguas rencillas particulares. Hay que interrogarlo y sacarle sus propósitos y lo que ha hecho por hundirnos. Carrigan, o Morgan, o como te llames, perro «G-man»:

Te doy una probabilidad de escapar con vida, si nos cuentas la verdad. ¿Has venido tú solo, o hay más de los tuyos entre la banda? ¿Quién sabe lo que soy yo? ¡Habla!

Jadeante, absorbiendo el aire con ansia febril. Morgan fué serenándose, sobreponiéndose al sufrimiento, y el pensamiento empezó a esclarecérsele.

—Lo saben mis hombres del F. B. I.—mintió, tratando de intimidar a los forajidos—. Estáis vigilados estrechamente, y en cuanto intentéis huir, os atraparán con las ametralladoras ligeras. No tenéis escapatoria. Y nada ganaréis con matarme, sin agravar vuestra situación. Ya sabéis que el F. B. I., no perdona a los asesinos de sus agentes especiales, y yo soy Ken

Morgan, inspector especial, jefe de la Sección de Nueva York. Aunque os escondáis en lo más intrincado de las Rocosas, mis compañeros os buscarán y me vengarán. De momento, los hombres de mi Sección están rodeando la quinta y tienen ya bloqueado el río.

—¡Eso es mentira! —gritó Brown—. Acabo yo de venir directamente de Center Street y no he visto ninguna animación extraordinaria en el piso del
F. B. I.
Quiere asustarnos con sus bravatas. ¡No le hagáis caso! ¿Cómo no voy a estar yo enterado?

—Traidor —le llamó Ken en tono despreciativo, pero sintiendo una tristeza desgarradora—: Tú no sabes nada de nada. ¿Queréis comprobar si digo verdad?

Y paseó su mirada, hasta posarla fijamente en los ojos de la morena Gladys, la sobrina de Kirk. La joven con quien él había intimado extraordinariamente. Con lentitud deliberada, para que ella le comprendiese su oculta intención, dijo:

—Llamad a la centralilla del
F. B. I.,
en Center Street. Cuanto antes, mejor para todos. Preguntad por mi secretario, el agente Ross, y notificadle que su jefe, el inspector Morgan, está en vuestro poder. Pedidle garantías de libertad a cambio de mi vida. Es el único camino que os resta para salvaros. Ross se llama mi secretario. Y él vendrá en seguida a salvarme.

Observó que Gladys no pestañeó siquiera, y tuvo que admirar su entereza. No tardaría ella, a la primera ocasión que se le presentase, en llamar al
F. B. I.,
explicando lo que ocurría.

Kirk había atendido nerviosamente, y su característico fruncimiento del entrecejo denotaba sus vacilaciones. En su juventud, tal vez fuese un hombre de lucha; más la buena vida y los éxitos continuados y conseguidos gracias a las armas ajenas lo habían debilitado.

—¿No crees, Brown, que sería conveniente llegar a un acuerdo? Si pactásemos, posiblemente lograríamos huir de los Estados Unidos…

—¿Qué hablas? —le preguntó el inspector de detectives, fuera de sí—. ¡Tú no conoces a los del
F. B. I.!
Ellos, óyelo bien, no repararían en sacrificar al mismo Edgar Hoover con tal de apresar a un delincuente. ¡No perdonan ni pactan nunca, caiga el que caiga! ¡Sabré yo cómo las gastan! A éste hay que «liquidarlo» ahora mismo, y nos quitaremos de en medio un engorro.

Quedó confuso Kirk, sin atreverse a discutir tal opinión con Brown, por considerarlo más enterado del funcionamiento y código de la famosa organización norteamericana. Fué la rubia Myrna Lyason quien aconsejó:

—¿No sería lo más conveniente dar una ojeada a los alrededores, comprobar si hay gente sospechosa? Luego, el inspector Brown, en el caso de no descubrirse nada, podría regresar a Center Street y allí enterarse de los preparativos del
F. B. I.,
si es que existen. Mientras tanto, el prisionero, que tenga vida. Después… No conviene jugarse todo a una baza.

Por una vez más, Nicky Kirk hizo caso de los consejos de su prometida.

—Barden: Llevaos a éste a la habitación que hay junto a mi alcoba, la que no tiene ventanas. Atádmelo bien de brazos y piernas. Luego, salid fuera a echar un vistazo.

A rastras y sacudido como un pelele, fué transportado el inspector del
F. B. I.,
al calabozo provisional, en tanto el inspector de la Metropolitana, el renegado y criminal policía, le gritaba insultos mezclados con risas de burla. Daba la impresión de haberse vuelto loco; en realidad, era la explosión de miles de resentimientos mezquinos y retorcidos, guardados durante muchos años.

Con las cuerdas ciñéndole muñecas y tobillos, Ken Morgan permaneció a oscuras, tirado en el suelo de una estancia del primer piso del palacio. La soledad le ayudó a poner orden en sus pensamientos. Le atenazaba la mente el comportamiento ingrato de su antiguo amigo. Juntos se habían criado y, siempre en unión, trabajaron por hacerse hombres dignos, elevándose a costa de

sacrificios sin igual. El final había sido catastrófico. Una amistad de tanto tiempo, rota en un segundo. Pronto se convenció el joven de su error. Nunca existió tal amistad, desde que lograron situarse en sus respectivos Cuerpos de Policía. A partir de entonces, comenzaron las ironías de Brown, producto de una envidia reprobable.

Debió pasar una hora, sin que nadie penetrase en la habitación. Sus esfuerzos por romper las ligaduras resultaron estériles. Barden y el otro le habían atado a conciencia, segándole la carne.

Con sobresalto, creyendo llegado el momento fatal, oyó girar la puerta sobre sus goznes, una respiración agitada y unos pasos leves. ¿Quién sería? ¿Por qué entrarían de una manera tan sigilosa? ¡Gladys, la sobrina del criminal millonario, que acudía en su ayuda!

En efecto, unos dedos de piel suave le tantearon las manos, y algo duro, metálico, comenzó a rozar las cuerdas.

—¡Gladys! —musitó él—. Gracias por tu ayuda. ¿Me comprendiste? ¿Llamaste a Ross, diciéndole el peligro en que me encuentro?

—No soy Gladys; soy Myrna —repuso la voz musical de la joven prometida de Kirk—. Llamé a su secretario, notificándole cuanto pasaba y rogándole urgencia en venir.

A los oídos del confuso y aturdido Morgan llegaron los estampidos de un tiroteo en el exterior. ¡La lucha había comenzado! ¡El
F. B. I.,
atacaba! Pero el pensamiento de Ken estaba fijo en un solo nombre de mujer.

—¡Myrna! —exclamó—. ¿Por qué…?

—Ya le explicaré, más tarde, si salimos con bien de esta casa. Haga fuerza, separando los brazos, y ayúdeme. En cuanto tenga libres las manos, cójame el cuchillo y corte las otras cuerdas. ¡Aprisa! Si Kirk se ve acorralado, vendrá aquí, a rematar su obra.

No hizo el inspector más preguntas, ociosas en aquellos instantes de máximo peligro. Afuera seguían sonando cadenas de detonaciones; las ametralladoras entonaban su canción, vomitando ráfagas exterminadoras.

Tenía el cuchillo ya en la mano, terminando de cortarse las ligaduras de los tobillos, cuando en el corredor se oyeron pasos, la

puerta fué empujada violentamente, de un puntapié, y la luz se hizo apareciendo bajo el dintel Nicky Kirk, con las pupilas dilatadas por el terror y empuñando una pistola.

Apretó las mandíbulas, sacudiendo la desmelenada cabeza, al ver libre al inspector del
F. B. I.,
y a su lado, como prueba de complicidad, a Myrna.

—¿Tú? ¿También tú una traidora? —preguntó, gritando, enfurecido, y levantando el cañón de su arma contra el pecho de la joven.

No vaciló Morgan. Desde el suelo, demostrando un perfecto dominio de la lucha libre, se arrojó en un «plongeon» maravilloso contra el bajo vientre del millonario, en una trayectoria de altura inferior al arma.

Como sacudido por una coz, así fué despedido el «boss», saltándole de las manos el arma de fuego.

Y a continuación, ante la atónita y asustada Myrna, se efectuó una lucha feroz. Kirk, con la desesperación de la fiera acosada, se defendía bravamente, apelando a toda clase de trucos y golpes bajos, recordando sus antiguos tiempos de púgil, mientras una sarta de blasfemias se escapaba de sus labios sanguinolentos.

Por su parte, Morgan, débil aún a causa de la paliza recibida anteriormente, no tenía en sus puños la acostumbrada contundencia. Atacaba en un cuerpo a cuerpo demoledor, descargando directos con su derecha, mientras mantenía dispuesta la izquierda para tirar el gancho que tan feliz resultado le dio en sus últimos combates.

Sus piernas, algo torpes, no le respondían debidamente, y no lograba esquivar algunos de los puñetazos que buscaban su vientre. Gracias a la consistencia de sus músculos, muy desarrollados y endurecidos en el periodo de entrenamiento, se salvaba de un «knock-down» o de un «knock-out» aún más peligroso.

Por el contrario, el gran cuerpo de Kirk, debilitado durante muchos años de buena vida y de bajos placeres, no resistía los derechazos bestiales, quebrantándole hasta las raíces de su ser.

Se descuidó en la guardia, y la potente izquierda de Morgan le alcanzó en plena mandíbula inferior, partiéndosela en dos y enviándole a las remotas regiones de la inconsciencia. El criminal

Nicky Kirk se derrumbó pesadamente, arrastrando un jarrón en su calda, con gran estrépito.

Con la ropa desgarrada y manchada de sangre, Morgan miró a la bella Myrna, que había presenciado, angustiada, el combate, tapándose los ojos cuando un puñetazo del «boss» lograba hallar el cuerpo del inspector.

—¿Dónde está Brown? —La interrogó Ken, a la vez que se agachaba a recoger la pistola del vencido.

—Se marchó en seguida. Dijo que iba a la Jefatura.

Los disparos sonaban mucho más cerca, y se oían gritos, lamentos y carreras ya en el interior del palacio, en la primera planta. ¡El
F. B. I.,
conquistaba posiciones!

Giró Morgan sobre sus talones al oír unos pasos de mujer. Por el pasillo se acercaba, corriendo, la morena y sencilla Gladys, empuñando un revólver. Se detuvo al ver el cuerpo yacente de su tío; luego, con la vista extraviada, de demente, examinó a Myrna y al falso Carrigan.

—¡Gladys! ¡Ven! ¡No te preocupes en absoluto! ¡Estamos a salvo! —le dijo el inspector, sallándole al encuentro, cariñoso, y animándola.

Ella mantuvo su mirada de obsesión. Un brillo especial en sus ojos desmesuradamente abiertos reveló a Morgan el peligro que…

Se curvó el delgado dedo sobre el gatillo del revólver, y la detonación sonó fragorosamente en el corredor. El proyectil silbó por encima del inspector, que se había arrojado al suelo, veloz. De sus desafíos con los forajidos, conocía el reflejo revelador de que el contrario va a disparar, y lo había distinguido en las pupilas de Gladys…

Un segundo balazo, que se incrustó en la madera, a un palmo de su cabeza, le corroboró en su creencia de la enemistad súbita e inexplicable cíe la morena joven. Con la puntería de los antiguos
«gun-men»
del Oeste, hizo fuego.

Su proyectil arrancó limpiamente de las manos de Gladys el revólver que asía, dejándola desarmada.

—¡Gladys! ¿Qué te pasa?

Pero, en vez de contestarle, la joven no le hizo caso y corrió a arrodillarse junto al cuerpo yacente de Kirk. Llorando sobre él, besándole los labios con pasión impropia de una sobrina, sollozaba, rabiosa:

—¡Lo has matado! ¡Has matado a mi hombre! ¡Maldito seas, Carrigan! ¡Lo has matado! ¡Era mío, aunque ninguno lo supieseis! ¡Os engañábamos a todos, porque nos convenía! ¡Su sobrina! —Y Gladys se echó a reír con carcajadas estentóreas—. ¡Su sobrina! ¡Él era mi hombre, mío!

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Morgan, cogiéndola por los hombros y levantándola a su altura—. ¿No eras su sobrina? ¿Eras su…? ¿Por qué esa mentira? ¿Cómo es que tú consentías entonces que Myrna te usurpase el puesto?

La muchacha, fuera de sí, continuaba riendo.

—Buscábamos el dinero de Myrna. Ella es millonaria, y en cuanto él la «desplumase» nos iríamos de los Estados Unidos.

Morgan la dejó caer al ver que Ross, el agente especial a sus órdenes directas, se aproximaba a grandes zancadas.

—¿Estás bien, Ken?

—Sí. ¿Qué ha pasado abajo?

—Tocios reducidos, muertos, menos uno, que está prisionero.

—Hazte cargo de Kirk; sólo está desvanecido. Y cuida de estas dos mujeres. He de interrogarlas a su debido tiempo, porque ellas saben…

Y Morgan se alejó, corriendo, hacia la escalera. Se le oyó gritar:

—¡Pronto! ¡El coche más veloz y el mejor conductor, a mi disposición! ¡A Center Street!

IX

EL FINAL QUE MERECEN LOS TRAIDORES

N el salón de actos de la Policía Metropolitana se hallaban veinte de los principales jefes, reunidos con el comisario jefe, a fin de tratar sobre una campaña firme contra la ola de «gangsterismo» que asolaba la ciudad. Entre ellos se encontraba el inspector de la División de Homicidios John Brown, discurseando a los demás, propugnando, falsamente, una batalla dura y cruel contra los forajidos.

Todos los presentes se volvieron al oír un portazo. En el umbral, el inspector especial del
F. B. I.,

Ken Morgan, con la ropa destrozada, desgreñado, escupiendo sangre, pero erguido y amenazador, concentró todas las miradas. Y los jefes de la Policía se sintieron electrizados al escucharle con su voz más fría y siniestra:

—¡En nombre del Gobierno federal de los Estados Unidos, quedas arrestado, John Brown, por traidor al juramento que prestaste a la Patria!

Brown se puso en pie de un salto, aterrorizado, desquiciado, y retrocedió conforme Morgan avanzaba, sin armas en las manos, paso a paso, con la precisión de una máquina. ¡Era la espada de la Justicia!

En la sala sonaban lúgubremente las pisadas: tan grande era el silencio. El comisario jefe fué a levantarse, a pedir una explicación al del

F. B. I.,

pero algo, una fuerza extraña, lo paralizó en el asiento. Todos creían estar presenciando la escena más dramática de un «film» emocionante.

La espalda de Brown tocó con la pared, cortándole la retirada. Y Morgan seguía avanzando, acercándosele, con los dedos engarfiados, prestos a hacer presa.

—¡Maldito! —masculló el inspector de la Metropolitana, acobardado, echando ojeadas a un lado y a otro, buscando una salida.

—¡Entrégate! —Le intimó Ken, aproximándose temerariamente.

—¡Nunca! ¡Antes te llevaré conmigo a los infiernos! —afirmó Brown, sacando una «*browning*» del bolsillo posterior de su pantalón y apuntando al pecho de su antiguo amigo.

Le centelleaban los ojos, animados del venenoso odio que siempre profesó al hombre que nunca le había hecho daño, pero al que envidiaba por sus cualidades superiores.

Morgan proseguía aproximándose, impávido, haciendo caso omiso del orificio negro del arma. No quería matar a su amigo; no podía atreverse a disparar contra él. Morgan recordaba su vida entera, y… no podía matarlo. Si llegaba en su busca, era por deber, en cumplimiento del sagrado deber que le imponía su fidelidad al «Federal Bureau oí Investigation».

—¡Quieto ahí, Ken! ¡Te mataré!

Funcionó el gatillo, salió el disparo, y el inspector especial se tambaleó bajo el impacto, herido en el pecho. Ni un músculo de su rostro se contrajo. Parecía ser de hierro, pues continuó avanzando, ahora con los brazos extendidos.

—¡Quieto, Ken! ¡Te voy a matar! —aulló Brown, enloquecido.

Y cuando, en su desesperación, quiso remachar su crimen, estalló una detonación en la sala y una bala se incrustó en la frente del traidor. Uno de los altos jefes de la Policía empuñaba una pistola de gran calibre, aún humeante.

El cráneo de Brown chocó contra la pared y su cuerpo cayó desmadejado, cortada una vida ignominiosa de latrocinio y traiciones.

El comisario jefe tuvo que incorporarse, a recibir en sus brazos a Morgan, herido gravemente por su propio amigo.

X

EL PREMIO A UN HOMBRE VALIENTE Y NOBLE

L recobrar Ken el conocimiento necesitó de unos minutos para ver, turbiamente, a su secretario, Ross, y a la bella joven Myrna Lyason. Oyó sus exclamaciones de alegría. Y apenas si pudo sonreír, recordando la tragedia últimamente ocurrida, no sabía cuándo.

—¡Vamos, Ken; no te hagas el interesante! —le dijo Ross, borrándose de su imberbe cara el gesto de preocupación que antes tenía.

—¡Carrigan! —le llamó Myrna, por su falso nombre y tuteándole —. ¡Háblanos, por lo que más quieras! ¿Cómo estás? La transfusión te ha sentado bien, y ya te sacaron la bala.

Morgan supo la causa de su mareo y del sabor pesado y dulzón que le acorchaba el paladar. ¡Lo habían cloroformizado y operado!

—¡No voy mal, Myrna! Ross: cuéntame. Murió él, ¿verdad? Casi no lo veía…

—Sí, Morgan. Mejor ha sido así, por ti. Hubieses sufrido hasta que lo sentasen en la silla eléctrica. El final que espera a Kirk. Ha confesado de plano; recogimos cuánto documento había en su casa, y sobran pruebas. Será condenado a muerte.

—¿Gladys?… ¿Qué?…

—Le caerán unos años de prisión. Ella era su cómplice. Fue Kirk quien mató a Karl, el boxeador, ¿sabes? Lo hizo porque Karl le exigía demasiado dinero; un «chantaje». El disco no ha aparecido; dicen que lo rompieron en cuanto se lo entregó Brown, a cambio de unos miles. Brown estaba aliado a ellos desde hacía tiempo. La niña huérfana ha sido recogida por el Estado.

Girando lentamente la cabeza, el herido miró a la joven rubia:

—Tú, Myrna, ¿qué hacías allí? ¿Lo querías?…

Ross contestó por ella, entusiasmado:

—Ella estaba allí en cumplimiento de un deber. El comisario jefe de la Metropolitana, pariente suyo, deseoso de descubrir las raíces del contubernio de sus policías con Kirk, la convenció a que se arriesgase, fingiendo amor a Kirk. El cayó en la trampa, y la lucha de ella ha sido épica por no dejarse conquistar. Fué un juego de listo a listo, y Myrna ha ganado. Sin tener por qué, sólo por su concepto de ciudadanía, se sacrificó, exponiéndose a ser descubierta y a morir. Ella me avisó a tiempo del peligro en que estabas. ¡Es una mujer admirable, que se interesa mucho por ti!

Y Ross se retiró, saliendo del cuarto. Vio Morgan que la joven enrojecía hasta las raíces de su blondo y sedoso cabello. Él extendió un brazo, hasta alcanzar la delgada y suave mano femenina, apretándosela, agradecido. Recordó la conversación escuchada en el palacio, cuando Kirk le reprochaba no haber conseguido de ella más que algunos besos… ¡Besos vendidos por algo mucho más valioso que el dinero, por la Patria!…

—¡Myrna! ¡Qué equivocado estaba yo! Creí que Gladys… ¿Me

perdonas?…

Las lágrimas que afluyeron a los bonitos ojos de Myrna fueron señal de asentimiento y de amor. Porque ella, desde el principio, hablase sentido atraída por el valiente y apuesto «boxeador» Carrigan, aumentando su cariño al saberle inspector del F. B. I.

Era pronto aún para afirmar que allí estaba naciendo un matrimonio feliz y duradero hasta la muerte, y hasta el Más Allá; pero podría profetizarse…

El audaz y temerario Ken Morgan recibía el premio a su labor peligrosa: la satisfacción del deber cumplido, una mujer joven, bella y millonaria, por añadidura.

Tal vez el infame Brown había vislumbrado la «suerte» de Morgan…

FIN

CONCURSO
de
VACACIONES 1951"

PREMIOS

1.°	2.000	ptas.
2.°	1.500	"
3.°	1.000	"
4.°	500	"
Total.....	**5.000**	**ptas.**

EDITORIAL ROLLAN, agradecida siempre al público, bre un Concurso y ofrece a sus lectores unas espléndidas acaciones gratuitas con arreglo a las siguientes bases:

1.ª En la última hoja de nuestras publicaciones (Selec- iones NEVADA, EXTRAORDINARIA DEL OESTE y . B. L.) se repetirá el texto de estas dos páginas, a par- r de hoy.

2.ª El concursante escribirá sobre las líneas de puntos al dorso) una frase con sentido, extrayendo del texto en ursiva ciertas palabras cuyo número de letras se ajuste xactamente al número de puntos comprendidos entre los spacios en blanco.

3.ª Los premios se repartirán de la manera que a ontinuación se expresan:

Se sorteará el PRIMER PREMIO entre los acertantes le la frase exigida, frase que a partir de hoy ha sido scrita a D. FLORENCIO PORPETA, Notario en esta apital. Los restantes premios se sortearán seguidamente ntre los demás acertantes, exceptuados los que hayan ido agraciados en el primer o primeros sorteos de este ismo Concurso.

4.ª Los concursantes habrán de remitir la *hoja completa* a esta EDITORIAL ROLLAN (San Bernardo, 68, Madrid), indicando en el sobre: «Para el CONCURSO DE VACACIONES», bien cerrado, franqueado con cincuenta céntimos.

El plazo de admisión se cerrará el día 15 de septiembre próximo, a las doce horas de su noche.

5.ª La apertura de sobres recibidos y el sorteo se celebrará en los locales de esta Editorial, a la vista del público, y ante la presencia del citado señor Notario, en la última quincena de: referido mes, y en el día que se anunciará a su tiempo.

Madrid, 15 de junio de 1951.

EDITORIAL ROLLAN

TEXTO

«*Los lectores gozan de las aventuras de los agentes del F. B. I., que es el nombre, también la denominación de una excelente serie de novelas, de un grupo de norteamericanos; hombres que luchan sin miedo y reúnen, infatigables, astutos, inigualables, cualidades y valores como nadie; recuerdan a los famosos vikingos porque son audaces; mosqueteros y "quijotes" que vencen los peligros y la intriga, y, a veces, como los hombres de calidad, sacrifican su vida en emoción continua; y así, eso es lo que se dice y se prueba al hablar del F. B. I.: el "gangster" que crea tener éxito, que esté al borde de la fuga, ha de pensar en los servidores de la Ley, que siempre consiguen la victoria.*»

PUNTOS A OCUPAR

F. B. I. . . . . .

. . . . . como

. . . . . .

. . . . . .

DIRECCION DEL CONCURSANTE

Nombre y apellidos: Antonio Bonnelle Maestre.

Domicilio: Calle Salado ..... núm. 47

Ciudad: Denia ..... Provincia: Valencia

Antonio Bonnelle

Cita de madrugada

por

FRANK MCFAIR

El genial autor de PALESTINA EN LLAMAS sigue una trayectoria triunfal presentándonos su nueva creación

Cita de madrugada

En una noche, en el breve espacio de unas horas, la tragedia señala con su dedo a uno, a otro.. Una mano oculta descarga golpe tras golpe mortalmente

FRANK MCFAIR

dejará imborrable huella en la memoria de los lectores con su obra

Cita de madrugada

PROXIMO NUMERO DE ESTA COLECCION

JOVEN:

¿Quieres llevar en la solapa una insignia de Agente especial del F. B. I.?

COMPRA LOS CUADERNOS INFANTILES

Aventuras del F. B. I.

En todos los buenos quioscos y librerías

5 PESETAS

NOTAS

[1] En español en el original. Así se titula uno de los mejores *cabarets* de Nueva York. (Nota del Editor.). < <

[2] Léase «¡Culpable!», obra maestra de Alf Manz, y primer número de ésta magnificó, Colección. (Nota del Editor.). < <

[3] Recuerde que en América para expresar su entusiasmo, silba, y si es desagrado, patalea. (N. del E.). < <

[4] El F. B. L, en su Sección de cada Estado, posee un laboratorio para casos urgentes, aparte de los complicados e inigualables de Washington. (N. del E.). < <